

Septiembre 2006 8

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO EMÉRITO

- Homilía del Sr. Cardenal-Arzobispo en las exequias del Cardenal Suquía 610
- Un pastor de la Iglesia inolvidable. (Palabras del Sr. Cardenal-Arzobispo D. Antonio María Rouco Varela) 615
- Telegrama de pésame del Papa Benedicto XVI 618
- Datos biográficos 620
- Acta de exequias 621

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- La acogida renovada de la verdad del matrimonio y de la familia: una necesidad pastoral urgente e inaplazable 623
- Santiago Apóstol, Patrón de España. Una fiesta sumamente actual 626

VICARÍA GENERAL

- Nota del Arzobispado de Madrid sobre el acto legal de la unión de dos personas del mismo sexo presidido por el Alcalde de Madrid 629

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Decreto de aprobación de la tabla de "Litisexpensas" 631
- Tabla de "Litisexpensas", honorarios a profesionales y cuotas vigentes a partir del 1 de septiembre de 2006 633
- Nombramientos 636
- Defunciones 640
- Actividades del Sr. Cardenal. Julio y Agosto 2006 643

COMISIÓN TÉCNICO FINANCIERA

- Realización presupuesto Curia diocesana año 2005. Ingresos 645
- Realización presupuesto Curia diocesana año 2005. Gastos 647
- Orígen y aplicación de fondos en las parroquias de la Archidiócesis de Madrid 650

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Solemnidad de los Santos Niños Justo y Pastor. Patronos de la diócesis 653
- Celebración del bautismo y confirmaciones. Parroquia de Allerheiligen-Frankfurt ... 659
- Colaboración entre la Parroquia de Allerheiligen y la Comunidad Hispana 663
- Celebración de las primeras comuniones. Parroquia de Allerheiligen-Frankfurt 666

VICARÍA GENERAL

- Actos jubilares en la Catedral de Alcalá y en la Parroquia de Tielmes 669

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 674
- Decretos 675
- Actividades del Sr. Obispo. Julio y Agosto 2006 677

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Evangelización de la cultura 679
- Carta a los Jóvenes con motivo de la Misión Juvenil diocesana 703

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 717
- Defunciones 720
- Informaciones 722

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

- Discurso en el Aeropuerto de Manises 725
- Mensaje a los Obispos españoles 727
- Ángelus en la Plaza de la Virgen 730

• Mensaje en el Encuentro con las Familias	732
• Homilía en la Misa	737
• Palabras antes del Ángelus	742
• Palabras de despedida en el Aeropuerto de Manises	745
• Telegrama de agradecimiento a S.M. el Rey	747

Conferencia Episcopal Española

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

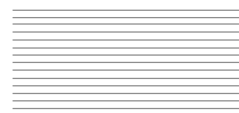
Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXIV - Núm. 2781 - D. Legal: M-5697-1958



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

LLEVAR A CRISTO A LOS JÓVENES EL NUEVO CURSO QUE COMIENZA

3 de septiembre de 2006

Mis queridos hermanos y amigos:

Comienza un nuevo curso en la vida y en la acción pastoral diocesana con un objetivo central que ha ido madurando, desde la clausura de la asamblea sinodal de nuestro III Sínodo Diocesano en la vigilia de Pentecostés del año 2005, cada vez más intensa y lucidamente como una de sus interpelaciones más urgentes. El objetivo de lo que hemos ido llamando la Misión Joven de Madrid.

El Sínodo había sido convocado para dar una respuesta fiel y generosa a la voz del Espíritu que removía nuestras conciencias, -nuestra conciencia personal y eclesial- ante la necesidad inapelable de la transmisión de la fe a nuestros hermanos de esa, cada vez más amplia y compleja comunidad humana que es Madrid, en la que las propuestas de vida al margen de Dios y sus proyecciones culturales, sociales y políticas, se presentan como más fascinantes y dignas de crédito que el propio Evangelio recibido a lo largo de una historia más que milenaria de cultura cristiana. Propuestas que se cruzan en la vida pública con las derivadas de otras experiencias religiosas, no cristianas o no católicas, en gran parte consecuencia del proceso de la emigración cada vez más numerosa y plural. ¿Cómo no ver y constatar que este contexto ideológico y social de la realidad madrileña, es decir, el de los factores

más importantes para su existir y devenir inmediatos, condiciona a los niños y a los jóvenes de forma grave y decisiva a la hora de configurar su futuro propio y, en definitiva, el futuro de todos positiva y fructíferamente? Su suerte y nuestra suerte, temporal y eterna, están en juego.

Hay, pues, que llevar de nuevo a Cristo a los jóvenes. Que lo conozcan, que lo amen, que lo sigan. Que vivan con Él, por Él y para Él... ¡Que vivan Su propia Vida! Sólo de este modo encontrarán salvación en el sentido más íntegro y total de la expresión. Es evidente que urge un nuevo impulso misionero, en el que quede comprometida toda la comunidad diocesana, para hacerles llegar la noticia de Jesucristo, más aún, su misma presencia, la presencia del Señor que les llama, que les quiere, que les ama... ¡Que les ama para que le amen! La Palabra en la Iglesia, y nuestras palabras en ella, no deben de tener otro centro ni otro significado último más que Él, Jesucristo, el Señor. Y la fe, como nos lo recordaba tan bellamente Benedicto XVI tampoco tiene otro corazón ni otro centro que no sea Jesús mismo. O, dicho con las mismas palabras del Papa: el corazón de la fe cristiana consiste en conocer creyendo, y en creer conociendo, que Dios nos ha mostrado y donado su Amor –el Amor que es Dios mismo–, dándonos a su Hijo hasta ese punto máximo del sacrificio y la ofrenda, de su Cuerpo y Sangre sacratísimos en la Cruz por el perdón de nuestros pecados y nuestra redención. Romano Guardini podía afirmar, hace muchas décadas, en 1940, el primer año de la segunda guerra mundial, cuando las victorias militares embriagaban el alma de muchos jóvenes de su pueblo con falaces y seductoras apariencias de triunfos y logros humanos, comentando el texto del Evangelio de San Mateo sobre el juicio final (Mt 25 31-46) en un sugerente y profundísimo tratado sobre los novísimos titulado “Las últimas cosas”, y que no ha perdido un ápice de su actualidad, que la verdad y la bondad de la vida de cada uno de nosotros y de toda la humanidad se harán manifiestas y se decidirán ante Él, Jesucristo, respondiendo a la pregunta si le hemos o no reconocido como la norma del Amor. Por tanto, no sólo como aquel que ha proclamado el Amor como la norma más grande que vincula a todos –y cumpliéndola puede salvar nuestra vida– y que le vincula incluso a Él mismo, sino como aquel que es la misma norma viviente del Amor: “la norma del Amor es Él mismo. Comienza por él y existe por él. Esta norma no existe sin Él”.

En el curso que comienza toda la comunidad diocesana debe hacerse misionera respecto a la juventud madrileña con un compromiso pastoral vivido espiritual y apostólicamente como la acogida de una llamada extraordinaria del Señor

que nos afecta a todos: a los pastores, en primer lugar, y a todos los fieles. Una llamada, sin embargo, que atañe especialmente a todos aquellos que por vocación o misión se encuentran inmersos en el mundo juvenil madrileño: los jóvenes sacerdotes y seminaristas, los religiosos y religiosas jóvenes, los educadores, los padres de familia... y, sobre todo, los propios jóvenes católicos que han recibido y acogido ya en sus vidas la gracia de la amistad con Jesucristo. Todos, pues, estamos llamados a hacer caer en la cuenta de cada uno de los jóvenes de Madrid que el Señor está a la puerta de sus corazones y quiere entrar ¡ayudemosles a que le abran las puertas de sus corazones de par en par!

El próximo viernes día 8, Natividad de Nuestra Señora, celebraremos la Eucaristía del inicio del curso pastoral de nuestra curia diocesana en la catedral de la Almudena. Lo habremos de hacer como una plegaria de acción de gracias y, a la vez, de súplica por la Misión Joven de Madrid que confiamos al cuidado maternal de Nuestra Señora. Se trata de un don nuevo de la gracia de su Hijo, gracia que nace para nosotros en este curso 2006-2007 en el interior mismo de nuestra iglesia diocesana. Con la Virgen sintiéndonos cuidados e impulsados por su amor materno estoy seguro que la noticia de su Hijo Jesucristo llegará a los jóvenes madrileños con renovada frescura espiritual y humana, como la convincente noticia de que Él es el Camino, la Verdad y la Vida: ¡Su camino, Su verdad y Su vida! Con Ella, la noticia resonará por todas partes cálida, valiente y atractiva por todas partes: en primer lugar, en las parroquias y arciprestazgos, los colegios y la universidad, en los hospitales, y en aquellos lugares donde se encuentran los jóvenes más necesitados y dolientes de alma y cuerpo... ¡En la calle!

Nos disponemos, pues, para dar los pasos necesarios e inmediatos en orden a la preparación, lo más cuidadosa posible, de la Misión: preparación espiritual y apostólica, en primer lugar, en la que han de participar los jóvenes misioneros en días de oración intensa y recogida, al modo de unos ejercicios espirituales; preparación doctrinal y pastoral en “la Escuela de la Misión”.

La oración de toda la Iglesia diocesana, pidiendo por los frutos de la misión, urge más que nunca. La fidelidad inquebrantable, y más que probada, de las comunidades de vida contemplativa, especialmente de las femeninas, no nos faltará en ningún momento de la acción misionera. Ellas, desde su clausura, acompañarán con la eficacia propia e infalible de la comunión de los santos el camino misionero que abrimos este curso para los jóvenes madrileños. Camino que iniciaremos ya al final de este mes de septiembre con la gran peregrinación de oración y

penitencia al Santuario de Guadalupe, la Virgen misionera por excelencia en la historia de España.

¡Se trata de ganar a la juventud madrileña para Cristo! Con Él lo ganarán todo: todo lo verdadero, todo lo bueno, todo lo bello ¡la vida y la felicidad misma en el tiempo y en la eternidad! Y nosotros, todos nosotros, ganaremos toda esa riqueza inefable con ellos.

Con todo afecto y bendición,

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

TESTIGO Y SERVIDOR DE LA VERDAD Y DE LA PAZ

A propósito de la lección académica del Santo Padre
en la Universidad de Ratisbona

Madrid, 23 de Septiembre de 2006

Mis queridos hermanos y amigos:

En un encuentro memorable con un numerosísimo grupo de universitarios de Baviera en el Aula Magna de la Universidad de Ratisbona el pasado 12 de septiembre, el Papa, Benedicto XVI, visiblemente emocionado, pronunciaba una lección magistral sobre el tema “Fe, Razón y Universidad. Reflexiones y Recuerdos”. El que había sido durante casi una década de docencia universitaria catedrático de Teología Dogmática de aquella entonces joven Facultad de Teología, al filo de los años sesenta y setenta del pasado siglo –los más creativos y fecundos científica, espiritual y eclesialmente de su rica labor teológica–, retornaba a la cátedra de la Universidad para desarrollar “académicamente” una espléndida reflexión teológica sobre un tema de candente actualidad. Con la extraordinaria viveza intelectual y con la luminosa percepción de “los signos de los tiempos, impregnada de espíritu de fe y de riguroso pensamiento, que le había caracterizado siempre, Benedicto XVI sitúa a su auditorio ante lo que podía ser considerada como la cuestión de la que, en definitiva, está pendiendo el futuro no sólo de Europa y de las

culturas, enraizadas en la tradición cristiana, sino de de toda la humanidad; y que no es otra que el problema del recto planteamiento de la relación entre la fe y la razón. El Papa lo plantea y dilucida brillantemente y precisa las bases intelectuales necesarias para su solución, teórica y práctica.

¿Le es imposible a la razón llegar hasta el conocimiento de Dios? ¿Puede la razón humana arrogarse la posibilidad de demostrar que Dios no existe, encerrándose a sí misma, orgullosamente, en un conocimiento de la realidad puramente empírica y materialista?

O, colocándose en la perspectiva de la experiencia religiosa, ¿es posible creer en Dios ignorando y despreciando el discurso y conocimiento racional del hombre? Aún más ¿es posible transmitir la fe en Dios al margen y hasta en contra de la razón y de la libertad de la persona humana; recurriendo, incluso, si interesa, al uso de la violencia?

Benedicto XVI responde a estas preguntas, que se han convertido en cruciales para toda la familia humana, con la claridad de ideas y el estilo dialogante, propios del testigo y servidor de la verdad y de la paz, y no solamente como un extraordinario pensador y eminente universitario ;uno de los más excelentes de nuestro tiempo! sino como Papa, como Sucesor de Pedro y Vicario de Cristo, llamado a confesar que el Verbo de Dios “el Logos” –que “significa tanto razón como palabra”– se hizo hombre y habitó entre nosotros. “Dios –el Creador y Redentor– actúa con logos”, recuerda luminosamente el Papa. Es decir, Dios “ha actuado y actúa lleno de amor por nosotros. Ciertamente, el amor sobre-pasa el conocimiento, y es por esto capaz de percibir más que el simple pensamiento; sin embargo, permanece como amor del “Dios-Logos”. Dios no actúa amándonos irracionalmente, aunque sí amándonos mucho más allá de lo que la razón pudiera alcanzar o dar de sí; mucho más allá de lo que nuestra libertad y nuestro corazón, heridos por el pecado, pudieran sospechar y soñar. “No actuar razonablemente (no actuar de acuerdo con el Logos) es contrario a la naturaleza de Dios”.

El Occidente, otrora cristiano, no tendrá futuro si se cierra “a este gran logos” y a “esta amplitud de la razón”, a la gran verdad de Dios, que apremiantemente busca y necesita el mundo tanto en la vida privada como en la pública. Las consecuencias de su negación vendrán en forma de disolución ética y de desintegración social, cultural y jurídico-política. Y, por supuesto, con una razón que ha expulsado la verdad de Dios de su horizonte intelectual y vital, el mundo Occidental no será

capaz de articular con el Islam un diálogo que pueda preservar los mínimos internacionales de la paz: un diálogo en que el respeto a “lo sagrado” quede fuera de toda duda. Tampoco habrá un futuro de solidaridad, de progreso, de libertad y de paz para nuestros hermanos del Islam si se oponen al diálogo de la verdad y de la caridad: la verdad y la caridad de Dios.

A nuestro Santo Padre le debemos en esta hora histórica de la humanidad, gratitud filial y un empeño creciente en la oración por El: por su persona y su ministerio. ¡Le debemos afecto y amor obediente e incondicional de hijos!

Lo encomendamos, especialmente hoy, al amor maternal de la Virgen María, Virgen de La Almudena, para que lo sostenga y reconforte a él que es para la Iglesia eminentemente el Vicario de su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

LA FINANCIACIÓN DE LA IGLESIA

Un reto y una tarea para los católicos de hoy

Madrid, 30 de septiembre de 2006

Mis queridos hermanos y amigos:

El sostenimiento material de la Iglesia para que pueda realizar su servicio de la Palabra, de los Sacramentos y del testimonio de la caridad es, ha sido y será siempre una responsabilidad de sus hijos y una obligación nacida de las exigencias del mandamiento del amor que les vincula y une con su Señor y Salvador. Las necesidades materiales –o económicas– de la Iglesia, inherentes intrínsecamente a la posibilidad del recto ejercicio de su misión, han sido siempre cubiertas por la generosidad de sus fieles, desde los mismos días de la comunidad de discípulos de Jesús y de la primitiva comunidad cristiana hasta el día de hoy. Las formas en las que se ha prestado dicha ayuda ha variado mucho a lo largo de las distintas etapas de su historia. Pero el principio de la contribución de los fieles ha permanecido inalterable como signo e instrumento obligado de su comunión con la Iglesia y sus Pastores.

La intervención del Estado y de la sociedad civil con sus leyes y el ordenamiento jurídico de la propiedad y de la economía han condicionado, por otra parte, en todas las épocas no sólo las formas técnicas de las aportaciones de

los fieles a la Iglesia, sino incluso su misma viabilidad. En primer lugar, cerrando o abriendo el espacio de libertad personal e institucional para que los ciudadanos pudieran aplicar los recursos económicos, de los que disponían, a este fin y, luego, valorando positivamente o no el papel de la religión en la existencia personal del hombre y en la vida de la sociedad, como un factor de extraordinaria importancia para el bien de cada persona –siempre en busca de una felicidad que trasciende lo que el mundo ofrece y puede ofrecer– y de la sociedad misma, que no puede subsistir sin valores morales compartidos y fundados en principios no cuestionables por el poder humano: los de la justicia, de la solidaridad, de la libertad, del amor y de la paz.

El condicionamiento mayor, sufrido por y en la autofinanciación de la Iglesia –como hoy acostumbramos a denominar su sustentación a cargo de sus fieles o de sus bienhechores– a causa del Estado, ocurrió con las leyes de desamortización de principios del s. XIX que la despojaron de sus bienes, fruto de las donaciones generosas de generaciones y generaciones de cristianos a lo largo de muchos siglos. Esta masiva acción expropiadora del Estado cercenó decisivamente las posibilidades económicas del mantenimiento de la vida y el servicio pastoral de la Iglesia en sí mismas y, sobre todo, como resultado de la generosa aportación de sus miembros. Coincidían estas drásticas medidas desamortizadoras, impuestas a la Iglesia, con el comienzo de la creciente tendencia del Estado moderno a asumir y ordenar todos los aspectos de la vida social de sus ciudadanos con una consecuencia: la de fijar y dominar por la vía del sistema fiscal sus recursos económicos, estrechando crecientemente su capacidad de disponer libre y responsablemente de los mismos, más allá de los intereses y objetivos determinados e impuestos por la autoridad política. Los Estados democráticos subvencionan en la actualidad las más variadas actividades que los ciudadanos puedan desarrollar en el terreno del deporte, de las artes, de la cultura, etc., a fin de que puedan ser sencillamente viables. ¿Por qué no las actividades relacionadas con la vida y actividad religiosa? El derecho a la libertad religiosa es intrínseco a la persona humana y anterior a las leyes positivas civiles, sea cual sea su rango. O, dicho con otras palabras, teniendo en cuenta la situación española: el Estado, en su autocomprensión contemporánea, ha de posibilitar eficazmente que también sus ciudadanos –los católicos y otros ciudadanos que coinciden con ellos– puedan contribuir efectivamente a un digno y suficiente sostenimiento de la Iglesia católica. Una de las fórmulas, por directa y expresa, de las más estimadas en la Europa de hoy –con antecedentes muy evidentes en el siglo XX– es la de que puedan destinar para este fin un tanto por ciento de los tributos que pagan al fisco. De ella se ha

hecho uso en el Acuerdo firmado por la Santa Sede y el Gobierno Español sobre asuntos económicos después de aprobada la Constitución de 1978 y que está a punto de ser actualizada.

El Gobierno y la Conferencia Episcopal Española, actuando ésta con mandato de la Santa Sede, acaban de ponerse de acuerdo en que el porcentaje de deducción del impuesto, que se paga en concepto de la renta de las personas físicas, a favor de la Iglesia Católica, pase del 0'52 al 0'70 %, dejando el Estado de aportar cualquier complemento presupuestario propio a lo recaudado y exigiendo a la Iglesia el pago del impuesto conocido por el IVA cuando adquiriera bienes que pertenezcan al ámbito de las actividades propias de su Magisterio, del Culto o la Liturgia y de la Caridad. Queda así eliminada la inseguridad jurídica que había ido creciendo en los últimos tiempos en torno a la forma de la actuación del Estado en relación con su responsabilidad de posibilitar la autofinanciación de la Iglesia y la participación libre de los ciudadanos en la misma.

Con ello no se resuelve, sin embargo, en su totalidad —¡ni mucho menos!— el problema de lo que significan las necesidades reales de la financiación de la Iglesia en España. Así lo hemos venido explicando los Obispos Españoles con insistencia en las dos últimas décadas y lo debemos seguir haciendo en esta nueva coyuntura. Lo que se recauda por esta vía de autofinanciación de la Iglesia, facilitada por el Estado, no sobrepasa el 30% de lo que implican sus necesidades pastorales, entendidas y vividas con una gran sobriedad, tanto en lo personal como en lo funcional y estructural. En nuestra Archidiócesis de Madrid apenas supera el 10%. La solidaridad activa de los católicos con la Iglesia en España y en Madrid continúa siendo vitalmente imprescindible y no debe decaer ni en su volumen material, ni en su intensidad espiritual. Al lado de la colaboración por la vía de la deducción del impuesto sobre la renta, propiciada por el Estado, y que no cuesta nada al contribuyente, es preciso seguir ofreciendo la generosa aportación ordinaria y perseverante de todos los fieles en la medida de sus posibilidades —¡ésta sí cuesta!—, como fruto de la caridad eclesial y del amor fraterno que nos une en la Comunión de la Iglesia, cuya Cabeza es Cristo, el Señor, y nosotros sus miembros.

A María, la Virgen de la Almudena, Madre de la Iglesia, pedimos en esta hora de nuevos retos para sus hijos, que nos mantenga en aquella disposición de espíritu que animaba a los primeros cristianos en sus relaciones con la comunidad

eclesial naciente: nadie consideraba lo suyo como exclusivamente suyo sino como bienes que habrían de ser compartidos fraternalmente por amor.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

CANCELLERÍA-SECRETARÍA

CALENDARIO PROPIO DE LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

MATRITENSIS

Instante Eminentissimo Domino Antonio M. Rouco Varela, Archiepiscopo Matritensi, litteris die 15 mensis februarii 2006 datis, vigore facultatum huic Congregationi a Summo Pontifice BENEDICTO XVI tributarum, Calendarium proprium eiusdem Archidioecesis, prout in adiecto exstat exemplari, perlibenter confirmamus, ita ut ab omnibus, qui eo tenentur, in posterum servetur.

In Calendario imprimendo mentio fiat de confirmatione ab Apostolica Sede concessa.

Contrariis quibuslibet minime obstantibus.

Ex aedibus Congregationis de Cultu Divino et Disciplina Sacramentorum,
die 7 mensis augusti 2006.

† Malcolmus Ranjith
Archiepiscopus a Secretis

D.nus Marius Marini
Subsecretarius

ENERO

10	<i>Beata María Dolores Rodríguez Ortega Sopena, virgen</i>	Memoria libre
23	SANILDEFONSO, OBISPO	FIESTA

ABRIL

17	<i>Beata Mariana de Jesús Navarro, virgen</i>	Memoria libre
24	<i>San Benito Menni, presbítero</i>	Memoria libre

MAYO

4	San José María Rubio, presbítero	Memoria
15	SANISIDRO, LABRADOR	SOLEMNIDAD
25	<i>Santa Vicenta López Vicuña, virgen</i>	Memoria libre

JUNIO

15	DEDICACIÓN DE LA IGLESIA CATEDRAL	FIESTA
	En la Iglesia Catedral:	SOLEMNIDAD
16	Santa Micaela del Santísimo Sacramento, virgen	Memoria
26	San Josemaría Escrivá de Balaguer, presbítero	Memoria

JULIO

6	<i>Beata Nazaria Ignacia March, virgen</i>	Memoria libre
10	<i>Beatos Nicanor Ascanio y Nicolás Alberca, mártires</i>	Memoria libre
20	<i>Beatas Rita Dolores Pujalde Sánchez y Francisca del Sagrado Corazón de Jesús, Aldea Araujo, vírgenes y mártires</i>	Memoria libre
24	<i>Beatas María de los Ángeles de s. José y compañeras, vírgenes y mártires</i>	Memoria libre
27	<i>Beata María del Pilar Izquierdo, virgen</i>	Memoria libre

28	San Pedro Poveda, presbítero y mártir	Memoria
30	<i>Beato Jesús Gesta y compañeros, mártires</i>	Memoria libre

AGOSTO

7	Santos Justo y Pastor, mártires	Memoria
16	<i>Beata María Sagrario de S. Luis Gonzaga, virgen y mártir</i>	Memoria libre
18	<i>Beato Nicolás Factor, presbítero</i>	Memoria libre
30	<i>Beata María de los Ángeles Ginard Marti, virgen y mártir</i>	Memoria libre

SEPTIEMBRE

9	Santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro, Labrador	Memoria
10	<i>Beatos José Salvanés de san Jacinto, Francisco Morales Sedeño y compañeros mártires</i>	Memoria libre
	<i>San Pedro Claver, presbítero</i>	Memoria libre
18	<i>San Genaro, obispo y mártir</i>	Memoria libre
19	San Alonso Orozco, presbítero	Memoria
28	<i>San Simón de Rojas, presbítero</i>	Memoria libre

OCTUBRE

6	<i>Beata María Ana Mogas Fontcuberta, virgen</i>	Memoria libre
11	Santa Soledad Torres Acosta, virgen	Memoria

NOVIEMBRE

8	DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRÁN	FIESTA
9	NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDENA	SOLEMNIDAD
13	<i>San Diego de Alcalá, religioso</i>	Memoria libre
18	<i>Beatas María Gabriela Hinojosa y compañeras vírgenes y mártires</i>	Memoria libre

DICIEMBRE

6	<i>Beata Carmen Sallés, virgen</i>	Memoria libre
11	SANTAMARAVILLAS DE JESÚS, VIRGEN	FIESTA
12	<i>Santa María Virgen de Guadalupe</i>	Memoria libre
	<i>San Dámaso, papa</i>	Memoria libre
18	NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA Recuerdo del título de la B. Virgen María.	

Todo de la liturgia del día: ferias especiales del tiempo de Adviento, 18 de diciembre.

ESTATUTOS DEL CONSEJO DIOCESANO DE LAICOS

*NOS, Dr. D. ANTONIO MARÍA, del título de S. Lorenzo in
Dámaso, Cardenal ROUCO VARELA, Arzobispo de Madrid*

El Consejo de Laicos de la Archidiócesis de Madrid es un órgano representativo de los fieles laicos que participan responsable y activamente en la misión de la Iglesia en Madrid.

Una vez concluido el proceso de revisión de los Estatutos por los que se venía regiendo este Consejo, su Presidenta, D^a Lourdes Fernández de Bulnes, solicita al Cardenal-Arzobispo de Madrid, mediante escrito de fecha 18 de abril de 2006, la aprobación de los nuevos Estatutos.

Por ello, vistos los informes favorables sobre los mismos,

APRUEBO LOS NUEVOS ESTATUTOS DEL CONSEJO DE LAICOS DE LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

Consérvese un ejemplar de todos los instrumentos jurídicos mencionados así como también del presente Decreto en nuestra Curia y otro en el Archivo del Consejo de Laicos.

Dado en Madrid, a doce de mayo de dos mil seis.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Por mandato de su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez

CAPÍTULO I - NATURALEZA, FUNDAMENTO, CAPACIDAD Y DOMICILIO

Artículo 1

El Consejo de Laicos de la Archidiócesis de Madrid es un órgano colegiado del que forman parte representantes de Vicarías, Asociaciones y Movimientos seculares de la Archidiócesis de Madrid, que participan responsable y activamente en la misión de la Iglesia.

Artículo 2

El Consejo de Laicos de la Archidiócesis de Madrid, que se denominará abreviadamente Consejo de Laicos (CdL), se constituye primordialmente como órgano ordenado a promover y garantizar la presencia y participación de los laicos en la vida pública, proponiendo soluciones y orientaciones para los problemas que puedan presentarse, desde una visión cristiana de la sociedad.

Artículo 3

El Consejo de Laicos participa también en la acción pastoral de la Archidiócesis, colaborando con las Delegaciones Diocesanas afines.

La participación de los laicos en esta acción pastoral se apoya en su condición de miembros del Pueblo de Dios, con plenitud de derechos y obligaciones conferidos por los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, y por tanto, en el reconocimiento de la misión activa que deben ejercer en el seno de la Iglesia.

Artículo 4

El Consejo de Laicos goza de autonomía en el ejercicio de sus actividades de acuerdo con los presentes Estatutos.

Artículo 5

El domicilio del Consejo de Laicos se establece en las dependencias del Arzobispado.

CAPÍTULO II - FINES

Artículo 6.

Los fines del Consejo de Laicos son:

- a) Asesorar directamente al Obispo Diocesano en su condición de miembros del Pueblo de Dios.
- b) Promover, impulsar, canalizar y revisar la presencia activa de los laicos católicos en la sociedad y en la Iglesia.
- c) Participar en el Consejo Diocesano de Pastoral de acuerdo con sus respectivos Estatutos y colaborar con las Vicarías.
- d) Estudiar y promover formas concretas de colaboración y corresponsabilidad de los laicos en orden a hacer presente el Evangelio en el mundo.
- e) Fomentar las relaciones con los distintos Movimientos, Asociaciones y Vicarías de la Archidiócesis así como con las Delegaciones Diocesanas afines, todo ello con vistas a acciones relativas al orden social.
- f) Fomentar las relaciones con los Consejos de Laicos de otras diócesis así como con el Foro de Laicos de la Conferencia Episcopal Española.

CAPÍTULO III - MIEMBROS Y ÓRGANOS DE GOBIERNO

Artículo 7

Podrán ser miembros del Consejo de Laicos.

- a) Las diversas Asociaciones y Movimientos católicos de la Archidiócesis de Madrid, a través de los representantes nombrados a este fin por cada uno de ellos.

b) Las Vicarías Territoriales de la Archidiócesis, a través de los representantes nombrados a este fin por los respectivos Vicarios.

La incorporación al Consejo de Laicos supone la aceptación de los presentes Estatutos. En el caso de las Asociaciones y Movimientos, la Comisión Permanente del Consejo de Laicos establecerá las normas a seguir para aprobar en su caso esta incorporación.

Artículo 8

Los órganos de gobierno del Consejo de Laicos son la Asamblea y la Comisión Permanente.

Artículo 9

La Asamblea del Consejo de Laicos estará formada por:

- a) Un representante de cada Asociación o Movimiento aprobados canónicamente y establecidos en Madrid.
- b) Un representante de cada Vicaría Territorial de la Archidiócesis de Madrid.

La Asamblea del Consejo de Laicos elegirá de entre sus miembros un Presidente, un Secretario y un Tesorero, por un período de 4 años, renovables otros 4 como máximo.

El Presidente elegido designará de entre los miembros de la Asamblea, dos Vicepresidentes (de Asociaciones/Movimientos y Vicarías).

Artículo 10

A la Asamblea del Consejo de Laicos podrán asistir, en calidad de invitados con voz pero sin voto, representantes de Asociaciones civiles o personas individuales que trabajen activamente en sectores socio-culturales de especial interés para el Consejo de Laicos (p. ej. medios de comunicación social, familia, APAS de colegios, inmigración, trabajo, etc).

Artículo 11

La Comisión Permanente del Consejo de Laicos estará formada por:

- a) Presidente, Secretario y Tesorero.
- b) Vicepresidente de Asociaciones/Movimientos y Vicepresidente de Vicarías.
- c) Cinco Vocales elegidos por los representantes de Asociaciones/Movimientos en la Asamblea.
- d) Dos Vocales elegido por los representantes de Vicarías en la Asamblea.

Los Vocales elegidos deberán pertenecer a Asociaciones/Movimientos y Vicarías diferentes.

Artículo 12

Todos los cargos elegidos de la Comisión Permanente del Consejo de Laicos tendrán una duración de 4 años, renovables otros 4 como máximo, al igual que el cargo de Presidente.

Artículo 13

La Asamblea se reunirá por lo menos una vez al año, en sesión ordinaria, y cuando lo solicite el Presidente o un tercio de sus miembros, en sesión extraordinaria.

La Comisión Permanente establecerá el orden del día de la Asamblea y lo hará llegar junto con su convocatoria con un plazo de al menos, 30 días naturales de antelación.

Artículo 14

La Comisión Permanente se reunirá cuantas veces sea necesario. Con carácter ordinario una vez al mes y, con carácter extraordinario, cuando así lo disponga el Presidente o lo soliciten cuatro de sus miembros.

El orden del día de las reuniones de la Comisión Permanente será fijado por el Presidente del Consejo de Laicos. En el mismo deberá incluirse obligatoriamente

te, aparte de los temas que el Presidente considere oportunos, los que sean propuestos por los miembros de dicha Comisión Permanente.

Artículo 15

Para la toma de decisiones y acuerdos en cada uno de estos órganos será necesaria la presencia de la mayoría de sus miembros en primera convocatoria o cualquier número inferior en segunda convocatoria. La decisión o acuerdo se considerarán aprobados cuando reúnan la mayoría absoluta de los votos emitidos, excepto en aquellos casos en que los Estatutos establezcan una mayoría superior.

Artículo 16

Cualquier Asociación o Movimiento de los mencionados en el art. 7 podrán ser dados de baja en el Consejo de Laicos por la voluntad propia o cuando su comportamiento se oponga a los fines y actividades del Consejo de Laicos.

CAPÍTULO IV - ACTIVIDADES Y FUNCIONAMIENTO

Artículo 17

Es competencia de la Asamblea:

- a) Elegir al Presidente, Secretario, Tesorero y Vocales de la Comisión Permanente, de acuerdo con los art. 9 y 11.
- b) Conocer y aprobar el plan anual de actividades desarrolladas por el Consejo de Laicos.
- c) Señalar a la Comisión Permanente las directrices que considere oportunas para el cumplimiento de su misión, de acuerdo con los fines del Consejo de Laicos, según el art. 6.
- d) Aprobar las Actas de las Asambleas anteriores.

Artículo 18

La elección del Presidente del Consejo de laicos se realizará del siguiente modo:

a) Las Asociaciones/Movimientos y las Vicarías harán llegar los nombres de sus candidatos a la Secretaría del Consejo de Laicos, adjuntando conformidad escrita de los mismos y un breve "curriculum vitae", para que el Obispo Diocesano presente una terna de ellos a la Asamblea para su votación.

b) La elección del Presidente se llevará a cabo en una Asamblea convocada a tal efecto. Tras una breve presentación personal de los candidatos de la terna se irán llamando uno a uno a cada uno de los miembros presentes para que depositen su voto, que será secreto. No son admisibles los votos por correo o delegación.

c) Si en la primera votación alguno de los candidatos obtiene más de 2/3 de los votos emitidos, será nombrado Presidente del Consejo de Laicos.

d) Si ninguno de los candidatos obtiene los 2/3, se repetirá la votación de la misma manera, eligiendo presidente al que supere los 2/3 de los votos emitidos.

e) Si tras la segunda votación siguen sin conseguirse los 2/3 por ningún candidato, se realizará una tercera votación, entre los dos candidatos más votados en la segunda votación. Si hubiere empate entre los candidatos en segundo y tercer lugar de dicha segunda votación, se repetirá la misma cuantas veces sean necesarias hasta deshacer el empate.

f) El candidato que obtenga mayoría absoluta en la tercera votación será nombrado Presidente del Consejo de Laicos. En caso de empate, seguirá la votación hasta que uno de los candidatos obtenga dicha mayoría absoluta.

El nombramiento del Presidente del Consejo de Laicos será válido y eficaz a partir del momento en que lo confirme el Obispo Diocesano.

Artículo 19

El Presidente del Consejo de Laicos, podrá ser cesado en su cargo antes de la finalización de su mandato:

a) Por decisión del Obispo Diocesano, que puede, si lo desea, oír previamente a la Asamblea del Consejo de Laicos, en sesión extraordinaria convocada a tal efecto por él mismo.

b) Por decisión de la Asamblea General cuando haya una justa causa para su cese, y así se vote en una asamblea por mayoría de 2/3 de los miembros presentes. La decisión de la Asamblea se comunicará inmediatamente al Obispo Diocesano.

Son justas causas para la cesación del Presidente la enfermedad grave del mismo que le impida ejercer el cargo con la debida dedicación o incurrir en conductas sancionables según el Código de Derecho Canónico.

A menos que el Obispo Diocesano decida lo contrario, los Vicepresidentes asumirán de forma colegiada la dirección del Consejo de Laicos desde el momento del cese hasta la elección de un nuevo Presidente.

Artículo 20

La elección de Secretario, Tesorero y Vocales se llevará a cabo en la misma Asamblea mencionada en el art. 18, inmediatamente después de la del Presidente, entre los candidatos que se hayan presentado para dichos puestos antes de la celebración de la misma. El candidato elegido deberá conseguir la mayoría absoluta de los votos emitidos. En caso de empate entre dos o más candidatos, se repetirá la votación hasta que uno de ellos consiga dicha mayoría absoluta.

Artículo 21

Es competencia de la Comisión Permanente:

- a) Desarrollar y llevar a cabo el cumplimiento de las directrices emanadas en la Asamblea.
- b) Deliberar sobre las cuestiones que plantea la realidad cotidiana, adoptando las resoluciones pertinentes para hacer más fecunda la implicación de los laicos en el mundo conforme al Evangelio y al Magisterio de la Iglesia.
- c) Convocar las reuniones ordinarias y extraordinarias de la Asamblea y fijar el orden del día.
- d) Aprobar las peticiones de ingreso y bajas de Asociaciones/Movimientos en el Consejo de Laicos.
- e) Fijar, en caso de ser conveniente, la aportación económica de las Asociaciones y Movimientos para sostener las actividades del Consejo.
- f) Rendir cuentas anualmente de su gestión a la Asamblea del Consejo de Laicos.
- g) Revisar y aprobar los presupuestos y balances confeccionados por el Tesorero.
- h) Aprobar las Actas de las reuniones anteriores.
- i) Crear las Comisiones de Trabajo y nombrar su Responsable (art. 27).

j) Cualesquiera otras funciones que le pudieran ser encomendadas de conformidad con estos Estatutos.

CAPÍTULO V - COMPETENCIAS DE LOS MIEMBROS DE LA COMISIÓN PERMANENTE

Artículo 22

Es competencia del Presidente del Consejo de Laicos:

- a) Mantener informado al Obispo Diocesano sobre las actividades del Consejo de Laicos.
- b) Representar legalmente al Consejo de Laicos ante toda clase de organismos públicos y privados.
- c) Convocar, presidir y levantar las sesiones de la Asamblea y la Comisión Permanente así como dirigir sus deliberaciones.
- d) Ordenar pagos y autorizar con su firma los documentos, actas y correspondencia del Consejo de Laicos.
- e) Proponer a la Comisión Permanente para su conformidad el ingreso o baja de miembros en el Consejo de Laicos así como la constitución de Comisiones de Trabajo y nombramiento de sus responsables.
- f) Adoptar cualquier medida urgente que aconseje la buena marcha del Consejo de Laicos o resulte necesaria o conveniente para el desarrollo de sus actividades, sin perjuicio de dar cuenta posteriormente a la Comisión Permanente.

Artículo 23

Es competencia del Vicepresidente de Asociaciones/Movimientos, colegiadamente con el Vicepresidente de Vicarías:

- a) Sustituir al Presidente en ausencia de éste motivada por enfermedad o cualquier otra causa, con las mismas atribuciones que él durante dicha ausencia. Dicha sustitución se hará colegiadamente con el Vicepresidente de Vicarías.
- b) Ser enlace entre las Asociaciones/Movimientos y la Comisión Permanente.
- c) Organizar al menos dos veces al año un Encuentro de Trabajo conjunto de las Asociaciones/Movimientos y Vicarías en las que los asistentes tengan la oportunidad de debatir un tema puntual de interés para los laicos.

d) Informar a la Comisión Permanente sobre las Asociaciones/Movimientos que adoptan una postura activa ante el Consejo de Laicos y cuales se conforman con estar informados de su marcha.

e) Desarrollar campañas de difusión de noticias o acciones conjuntas entre las Asociaciones/Movimientos cuando la Comisión Permanente así lo acuerde.

f) Cuantas otras le sean encomendadas por la Comisión Permanente.

Artículo 24

Es competencia del Vicepresidente de Vicarías, colegiadamente con el Vicepresidente de Asociaciones/Movimientos:

a) Sustituir al Presidente en ausencia de éste motivada por enfermedad o cualquier otra causa, con las mismas atribuciones que ellos durante dicha ausencia. Dicha sustitución se hará colegiadamente con el Vicepresidente de Asociaciones/Movimientos.

b) Ser enlace entre las Vicarías y la Comisión Permanente.

c) Organizar al menos dos veces al año un Encuentro de Trabajo conjunto de las Asociaciones/Movimientos y Vicarías en las que los asistentes tengan la oportunidad de debatir un tema puntual de interés para los laicos.

d) Informar a la Comisión Permanente sobre las Vicarías que adoptan una postura activa ante el Consejo de Laicos y cuáles se conforman con estar informadas de su marcha.

e) Desarrollar campañas de difusión de noticias o acciones conjuntas entre las Vicarías cuando la Comisión Permanente así lo acuerde.

f) Cuantas otras le sean encomendadas por la Comisión Permanente.

Artículo 25

Es competencia del Secretariado:

a) Redactar las Actas de las sesiones de la Comisión y la Asamblea para su posterior aprobación por las mismas.

b) Coordinar los trabajos puramente administrativos y velar por el cumplimiento de las obligaciones documentales en los términos que correspondan.

c) Mantener actualizada la base de datos informática de las Asociaciones y Movimientos miembros del Consejo.

d) Desarrollar la comunicación del Consejo de Laicos con los restantes Organismos Diocesanos y los miembros del propio Consejo.

- e) Difundir el conocimiento del Boletín del Consejo de Laicos procediendo a su reparto sobre papel o por correo electrónico.
- f) Cuantas otras le sean encomendadas por la Comisión Permanente.

Artículo 26

Es competencia del Tesorero:

- a) Cuatodiar los fondos económicos del Consejo de Laicos.
- b) Dar cumplimiento a las órdenes de pago autorizadas por el Presidente.
- c) Llevar al día el Balance de gastos producidos y vigilar su evolución a la vista del Presupuesto autorizado.
- d) Confeccionar el Presupuesto y Balance Anuales de gastos del Consejo de Laicos para su aprobación por la Comisión Permanente y posterior presentación al Obispo Diocesano.

CAPÍTULO VI - ORGANISMOS AUXILIARES

Artículo 27

La Comisión Permanente creará las Comisiones de Trabajo que considere oportunas para el desarrollo de su labor, nombrando un Responsable para las mismas.

Nombrará asimismo un representante del Consejo de Laicos ante cada una de las Delegaciones Diocesanas que estime convenientes, en particular:

- Apostolado Seglar
- Familia
- Enseñanza
- MCS
- Inmigración y Trabajo
- Pastoral Sanitaria
- Infancia y Juventud
- Pastoral Universitaria, etc.

CAPÍTULO VII - RÉGIMEN ECONÓMICO

Artículo 28

Los recursos económicos del Consejo de Laicos serán los siguientes:

- a) Las aportaciones de los organismos de la Archidiócesis.
- b) Las aportaciones de las Asociaciones y Movimientos miembros del Consejo.
- c) Las donaciones y subvenciones que reciba.
- d) Cualesquiera otros que, siendo en derecho procedentes, pudiera allegar.

Las donaciones y subvenciones, cuando rebasen una cierta cuantía determinada por la Comisión Permanente o lleven aneja una carga para el Consejo de Laicos, deberán someterse a la aprobación de la Asamblea. En el caso de que la mencionada carga signifique un acto de administración extraordinaria, será necesaria la licencia del Obispo Diocesano para la validez de su aceptación.

CAPÍTULO VIII - MODIFICACIÓN DE LOS ESTATUTOS

Artículo 29

Los presentes Estatutos podrán ser modificados, total o parcialmente, por la Asamblea del Consejo de Laicos convocada al efecto, la cual decidirá por mayoría de los 2/3 de los miembros presentes.

Artículo 30

Cualquier modificación de los presentes Estatutos decidida en la Asamblea, entrará en vigor una vez sea aprobada por el Obispo Diocesano.

NOMBRAMIENTOS

CURIA DIOCESANA

Notario-Actuario del Tribunal Eclesiástico de Madrid: D. Sergio Hernández Andrino (25-09-2006)

PÁRROCOS

De Nuestra Señora del Rosario de Filipinas: P. Julio Saavedra Alonso (PP. Dominicos) (14-09-2006).

De San Cristóbal: D. Gonzalo Colastra Miranda (14-09-2006).

De Canencia de la Sierra, Pinilla de Buitrago, Gargantilla del Lozoya y Oteruelo del Valle: D. José Eugenio Laguna García (14-09-2006).

De Rascafría, Pinilla del Valle, Lozoya y Alameda del Valle: D. Jorge Pablo Langley Flores (14-09-2006).

De Nuestra Señora de la Asunción de Valdemorillo: D. Ricardo Spuch Redondo (14-09-2006).

De Santa María de la Esperanza: P. Jesús Martín Palacios, O.S.A. (19-09-2006)

De Nuestra Señora del Sagrario: D. José Andrés Sánchez Herrán (19-09-2006)

De Nuestra Señora de Belén: D. Leopoldo Enrique Sánchez Martín (29-9-2006).

De Santo Cristo del Olivar: P. Carlos Robles Candanedo, O.P. (29-9-2006).

De Nuestra Señora del Pino: D. Juan Jesús Candela García (29-9-2006).
De Beato Manuel Domingo y Sol, de Majadahonda: D. Esteban Díaz Merchán (29-9-2006).

VICARIOS PARROQUIALES

De San Lorenzo del Escorial: D. Rafael Márquez Morato (14/09/2006).
De San Juan Bautista de la Concepción:
P. Juan Pablo García Maestro (Orden de la Santísima Trinidad) (14-09-2006).
P. Salvador Egido Vicente (Orden de la Santísima Trinidad) (14-09-2006).
De Santo Niño de Cebú: P. David Edmundo Castro Mayurí (PP. Franciscanos). (14-09-2006).
De Santa María de la Esperanza: P. José María Martín Sánchez, O.S.A (19-9-2006)
De Ntra. Sra. de los Ángeles: D. Ignacio Javier Gallego Sanmiguel (19-9-2006)
De Ntra. Sra. de los Desamparados: D. José Galera Gómez (19-9-2006)
De Santa Catalina Labouré: D. Carlos Bolívar Quesada Pérez (19-9-2006)
De Santa Ángela de la Cruz: P. Manuel García Artiga, O.S.A. (19-9-2006)
De Santa María de Vervellón:
P. Leoncio Pérez Casillas, O. de M (29-9-2006).
P. Fernando Pazos Santamaría, O. de M. (29-9-2006).
De Santo Domingo Savio: P. José Bragado Gómez, S.D.B. (29-9-2006).
De Jesús de Medinaceli: P. Inocencio Egido Vicente, OFM Cap.
De San Pedro Advíncula: D. Ricardo Ezpeleta Ezpeleta (29-9-2006).
De Santo Cristo del Olivar: P. Xavier Gómez García, O.P. (29-9-2006).
De San Juan de Ávila: D. César del Ama Atalaya (29-9-2006).
De Beato Manuel Domingo y Sol, de Majadahonda: D. Salvador Conde Torres (29-9-2006).
De Nuestra Señora del Perpetuo Socorro:
P. Manuel Sánchez García, C.SS.R. (29-9-2006).
P. Pedro López Calvo, C.SS.R. (29-9-2006).
De Basílica Hispanoamericana de la Merced: P. Alejandro Fernández Barra (29-9-2006).

ADSCRITO:

De Santos Inocentes: D. Víctor González Fernández (14-09-2006).

De Santa Beatriz: P. José Antonio Sanz del Hoyo (Pequeña Obra de la Divina Misericordia). (14-09-2006).

De Santo Domingo de Guzmán: D. Gastón Ouedraogo. Diócesis de Ouahigouya. Burkina Faso. (14-09-2006).

A San Bruno: D. Roberto Peralta Escobar (19-09-2006).

A San Pedro Regalado: D. Guillermo Gómez (29-9-2006).

OTROS:

Consiliario de los Sagrados Corazones de Jesús y de María: D. Ignacio Rubio López (19-09-2006)

CAPELLÁN:

Del Tanatorio M-30: D. Ignacio Jordán Domlo (14-09-2006).

De la Residencia “Goya”: D. César Gil Cantero (19-09-2006).

Profesores Catedráticos de la Facultad de Teología “San Dámaso”:

De Derecho Canónico: Dr. Roberto Serres López de Guereñu (25-09-2006)

De Teología Moral Fundamental y Vida Cristiana: Dr. D Juan José Pérez-Soba Díez del Corral (25-09-2006)

Director de programas diocesanos de radio y televisión, D. Francisco Javier Alonso Sandoica (20-09-2006).

DEFUNCIONES

- El día 3 de julio de 2006, falleció Doña PETRA MATEO, falleció el 13 de julio de 2006, a los 97 años de edad. Madre del sacerdote diocesano D. Jesús Barbero Mateo, misionero en la diócesis de Chimbote (Perú).
- El día 27 de julio de 2006, falleció Doña M^a DEL CARMEN CANO CORNEJO. Hermana del sacerdote diocesano de Madrid, D. Luis María Cano Cornejo, capellán castrense retirado.
- El día 4 de septiembre de 2006, falleció el sacerdote D. JOSÉ LUIS MERINO HERNANDO. Nació en Navafría (Segovia), el 5-4-1929. Ordenado en Segovia el 30-5-1952. Incardinado en Madrid, el 19-5-1976. Fue Coadjutor de la Parroquia de San Miguel Arcángel (1972-1981), Capellán del Cementerio Sur de Madrid (1987).
- El día 5 de septiembre de 2006, falleció el sacerdote diocesano de Madrid, D. MODESTO RUIZ DE CASTROVIEJO SERRANO. Ha sido Capellán del Colegio Mayor 'José Antonio', profesor del Seminario de Madrid, Vice-Rector de la Iglesia de Nuestra Señora de la Paz. Prelado de Honor de Su Santidad. Y se le concedió la jubilación canónica en 2002.
- El día 5 de septiembre de 2006, falleció D. FRANCISCO LORAN GIMENO, cuñado de la Hna. María Urbón, colaboradora en la Secretaría General del Arzobispado.

- El día 7 de septiembre de 2006 ha fallecido, DOÑA JUANA LÓPEZ HERRANZ, a los 79 años de edad, hermana del sacerdote D. Salvador López Herranz, diocesano de Madrid, jubilado.

- El día 10 de septiembre de 2006, en el Monasterio de San Plácido, a los 82 años de edad.

- El día 27 de septiembre de 2006 ha fallecido, D. GERARDO GALLEGO CALVO, a los 90 años de edad, hermano de D. Alejandro Gallego Calvo, sacerdote diocesano de Madrid, jubilado. Fue Vicario Parroquial de San Germán y actualmente celebra la eucaristía en la Parroquia de Santa Teresa Benedicta de la Cruz.

- El día 27 de septiembre de 2006, a los 92 años de edad ha fallecido, D. MARIANO GIL CUESTA, padre del sacerdote D. Anastasio Gil García, director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias de la Conferencia Episcopal Española.

- El día 5 de octubre de 2006, a los 78 años de edad y 53 de vida consagrada, falleció SOR MARÍA CONSOLACIÓN ZABALLOS SÁNCHEZ, religiosa de la Orden de San Jerónimo (Carboneras), del Monasterio del Corpus Christi.

- Doña SUSANA DE LA RICA, falleció a los 84 años de edad, madre del sacerdote D. Luis Miguel Mota de la Rica, vicario parroquial de María Inmaculada y Santa Vicenta de Madrid.

- D. JESÚS GARCÍA, falleció a los 93 años y era padre del sacerdote D. Jesús García Herrero, párroco de la Parroquia 'La Cena del Señor', de Madrid.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. SEPTIEMBRE 2006

Día 7: Consejo Episcopal, a las 10,30 de la mañana.

Día 8: Misa de apertura de curso, a las 12,30 de la mañana, en la Catedral.

Del 9 al 13: Viaje a Alemania, con el Papa.

Día 14: Comité Ejecutivo de la CEE.

Día 15: Reunión de la Provincia Eclesiástica, a.m..

Misa con motivo de la fiesta de la parroquia de Nuestra Señora de las Angustias.

Día 16: Consejo Pastoral, a las 10,30 de la mañana.

19,30 p.m.: Bendición de la restauración de las obras de la parroquia de Santa María de la Alameda.

Día 18: Reunión de formadores del Seminario

Consejo Episcopal,

Reunión del Museo Cerralbo

Día 21: Encuentro con sacerdotes de la Vicaría I.

Día 23: Asamblea del Consejo de Laicos (c/ La Pasa, 3).

Día 24: Confirmaciones en la parroquia de San Clemente Romano.

Del 26 al 28: Permanente de la CEE.

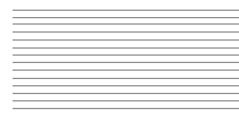
Día 28: Conferencia en el Foro Juan Pablo II, en la parroquia de La Concepción.

Día 29: Consejo Episcopal.

Misa en la Catedral para los directores generales de Popular TV reunidos en Madrid.

Misa en las Carboneras la Misa dentro del tríduo en honor a San Jerónimo, y en el marco de las celebraciones del IV Centenario del Monasterio.

Día 30: Peregrinación a Guadalupe.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

RESTAURACIÓN DEL TEMPLO PARROQUIAL

(Parroquia de N^aS^a Asunción - Algete, 8 Septiembre 2006)

Lecturas: *Nm* 21, 4-9; *Sal* 77; *Flp* 2, 6-11; *Jn* 3, 13-17.

1. Queridos hijos de Algete, el Cristo de la Esperanza nos invita a reflexionar sobre la salvación del hombre. Hemos escuchado en la lectura del libro del *Deuteronomio*, que el pueblo de Israel vive la presencia salvadora de Dios en medio del desierto. Cuando alguien del pueblo experimenta la enfermedad mortal, provocada por la mordedura de serpiente venenosa, puede mirar al estandarte que Moisés había confeccionado por orden del Señor y quedar curado: «*Hizo Moisés una serpiente de bronce y la puso en un mástil. Y si una serpiente mordía a un hombre y éste miraba la serpiente de bronce, quedaba con vida*» (*Dt* 21, 9).

En el desierto de nuestro mundo actual existen también muchas serpientes venenosas, cuya mordedura es mortal para el hombre, porque lo aparta del camino de la Vida, es decir, lo aparta de Dios, lo aparta de la vida eterna. Están envenenados mortalmente quienes viven como si Dios no existiese; quienes rechazan el verdadero amor, confundiéndolo con el sólo placer; quienes sólo aceptan la vida terrena, prescindiendo del Absoluto y de la eternidad; quienes pretenden erigirse en dueños absolutos de su destino; quienes realizan el plan de sus vidas como si fueran pequeños ‘diosecullos’; quienes manipulan, maltratan o matan a otros seres humanos, en

provecho propio. Podríamos continuar con otros ejemplos, pues existen muchas mordeduras mortales de serpientes en nuestra sociedad.

2. Cristo fue predicado, en los orígenes de la Iglesia, en un mundo pagano; hoy nos encontramos en una sociedad medio-pagana, donde existe gran necesidad de predicar a Cristo. Hemos de anunciar a Cristo como «única esperanza» para todo hombre. A los hombres de hoy, tentados de prescindir de Cristo, hay que repetir el grito de que Él es la única esperanza del mundo.

Nuestra sociedad presenta muchas ofertas de bienestar y de felicidad, que no proporcionan la verdadera y auténtica felicidad; en realidad ofrece sucedáneos, pero la gente cae en la trampa. Cuando se da cuenta de lo vacío que se siente después, se encuentra peor y queda más desesperanzado. A ellos hemos de proclamarles la esperanza en Cristo.

Sólo Cristo es la verdadera y única esperanza para todo hombre: La esperanza cristiana va más allá de lo humanamente posible: «*Esperando contra toda esperanza*» (Rm 4, 18).

La salvación en Cristo debe ser una realidad experimentada en la vida; y no sólo una verdad teórica, creída.

Tenemos necesidad de renovar la fe en la divinidad de Cristo y la experiencia personal de la salvación que Cristo nos ha traído.

3. Hoy celebra esta comunidad cristiana parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Algete la Fiesta del Santísimo Cristo de la Esperanza.

Al igual que el pueblo de Israel sanaba al mirar a la serpiente de bronce, la comunidad cristiana de Algete es salvada al contemplar al Cristo de la Esperanza, clavado en la cruz pero resucitado y glorioso. Contemplemos, queridos hermanos, a quien es la fuente de nuestra salvación; a quien nos ha ofrecido la salud de todos nuestros males; a quien nos perdona de todos nuestros pecados.

Él es nuestra vida y nuestra salvación. Como hemos escuchado en el Evangelio de San Juan: «*Lo mismo que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna*» (Jn 3, 14-15).

La experiencia de la salvación en Cristo va más allá del tiempo y resuelve el gran enigma de la muerte temporal del hombre. Éste es, estimados hijos, el gran anuncio cristiano: Jesús no murió sólo para sí, sino que experimentó la muerte por el bien de todos, liberando a los hombres de la misma muerte. Con la fe en la resurrección de Cristo el creyente experimenta, ya ahora, la victoria sobre la muerte; tenemos un anticipo de la vida eterna en esta fe en el Cristo de la Esperanza.

4. La salvación obrada por Cristo consiste en la liberación del pecado y de las fuerzas del mal; en la donación de la vida nueva; en gozar de la libertad de los hijos de Dios; en la recepción del Espíritu Santo y en la esperanza de la vida eterna. No se trata sólo de una simple esperanza en obtener bienes efímeros; se trata de la esperanza cristiana en el más allá, en la participación definitiva en la vida de Dios, en la esperanza de la vida eterna, como nos ha recordado el evangelista Juan: «*Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna*» (Jn 3, 16).

Fuera de la fe cristiana, en muchas de las nuevas religiones y otros movimientos esotéricos, la salvación no viene de fuera, sino que está potencialmente en el hombre mismo y no hay necesidad de un salvador. Según estas filosofías e ideologías tan sólo son necesarios maestros que enseñen el camino de la auto-salvación.

5. Pero el cristianismo no es una filosofía ni una ideología, sino una religión que predica la salvación en el Cristo de la Esperanza; quien salva es una Persona, que es Dios y hombre a la vez; por eso salva. Hemos escuchado la carta a los Filipenses, refiriéndose a Cristo de la Esperanza: «*El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre*» (Flp 2, 6-7). Esa es la Persona que salva, el Dios-hombre.

La fe en Cristo nos libera, nos reconcilia con nosotros mismos y nos da la posibilidad de realizarnos plenamente y ser felices, allí donde nos encontremos y sea cual sea nuestra vida.

Pero, estimados hermanos, no es suficiente reconocer a Cristo como salvador del mundo en general, sino que es necesario reconocerle como a mi Salvador personal. Él está siempre a mi lado para sanarme, para sacarme del cieno, para perdonarme, para salvarme, para darme fuerza y ánimo. En cada momento en que

podamos hundirnos Cristo nos tiende su mano salvadora y nosotros sólo tenemos que aceptarla y estrecharla entre nuestras manos.

6. La comunidad parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Algete se ha vestido hoy de fiesta para celebrar la salvación del Cristo de la Esperanza y para dar gracias a Dios por un acontecimiento singular en la historia de esta comunidad cristiana.

Después de más de cinco años, en que este templo parroquial ha estado cerrado al culto para poder acometer las obras de restauración, por fin el templo restaurado abre hoy sus puertas.

Podemos contemplar la hermosura del edificio, las sólidas y esbeltas columnas; como dice el Salmo: «*Sean nuestras hijas como columnas angulares, esculpidas como las de un palacio*» (Sal 144, 12). ¡Que los hijos de Israel y las hijas de la Iglesia sean como columnas talladas, estructuras de un templo! ¡Que nosotros seamos también piedras vivas, al igual que aquí hay piedras bellas que forman este templo.

Podemos contemplar también el bello entramado y entrelazado del artesonado, que no se veía antes y la cálida acogida que nos proporciona al contemplarlo. La mirada del techo ha cambiado ahora radicalmente respecto a como estaba antes. Este artesonado es muy acogedor; esas vigas, que son materia viva, porque han formado parte de árboles vivos, también nos invitan a ser como trabas vivas para sostener el peso, para acoger a quienes llegan a la parroquia, como el artesonado nos acoge a nosotros; para protegernos y proteger a los más débiles. Podemos sacar muchas enseñanzas, contemplando este hermoso templo restaurado.

La humilde y sencilla firmeza del pavimento, que ahora todos pisamos, nos invita a entrar en el templo y a permanecer en este lugar sagrado, para dar gracias a Dios y para alabarle; para agradecer los dones que el Señor nos regala y recibir las gracias sacramentales. ¡Que esa misma humildad y sencillez del suelo nos invite a una acción callada y humilde en la parroquia, sin pretensiones! A veces tendremos que ser pisados y hollados por la gente al hacer nuestro servicio.

Y tantos otros detalles, que podríamos comentar, dignos de ser admirados y contemplados. A partir de hoy, cada uno de nosotros, al entrar en este hermoso templo, podemos reflexionar sobre lo que nos dice para ser mejores piedras vivas

y para ser mejores fieles discípulos del Crucificado-Resucitado, el Cristo de la Esperanza.

7. Quiero agradecer a las Instituciones que han colaborado para que este sueño fuera realidad. En primer lugar, a la Comunidad Autónoma de Madrid, que nos honra hoy con la presencia del Vice-Presidente, Ilmo. Sr. D. Alfredo Prada, cuyo diálogo cordial con los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid, a quienes tengo el honor de representar en ese diálogo, está produciendo muy buenos frutos en las tres Diócesis; el que vemos hoy es uno de ellos. Esta obra ha sido, pues, fruto de un diálogo y colaboración entre la Comunidad Autónoma y el Obispado de Alcalá de Henares. Representa hoy aquí a la Provincia Eclesiástica la Hna. María-Rosa De la Cierva, secretaria de la misma; ella tiene mucho que ver en todo este diálogo entre ambas Instituciones.

Agradecer también al Excmo. Ayuntamiento de Algete por su colaboración; a la Hermandad de Agricultores por su inestimable ayuda, al ofrecer el local, que ha servido de templo durante estos años. También deseo felicitar a los técnicos y profesionales, que han realizado el trabajo material y se encuentran hoy entre nosotros: arquitecto y aparejadora del Obispado y personal de la empresa constructora que lo ha realizado. A todos los que han colaborado de una forma generosa y servicial, quiero expresarles mi agradecimiento.

Y, finalmente, quiero agradecer la fiel y fraternal colaboración de mi Vicario general, Mons. Florentino Rueda, aquí presente, quien ha sido el punto de encuentro y de coordinación de todas las Instituciones y personas que han hecho realidad este difícil y largo trabajo.

Damos gracias a Dios por este regalo, que nos ha ofrecido. Ahora tan sólo nos toca utilizarlo para el fin, para el que fue construido y que ha sido restaurado.

8. El cristiano, que vive de la esperanza en Cristo, no necesita ya otras cosas, bienes ni dones: *«Ya no os falta ningún don de gracia a los que esperáis la Revelación de Nuestro Señor Jesucristo» (1 Co 1, 7)*. Ya lo tenéis todo; ya tenéis al Cristo de la Esperanza, ¿qué más queréis?

Hemos de poner sólo en Cristo nuestra esperanza: *«La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5,5)*.

¡Que el Cristo de la esperanza nos ayude a recorrer con alegría el camino de la vida, sabiendo que lo encontraremos al final de nuestra jornada! Allí estará y nos examinará en el Amor, como dice el San Juan de la Cruz.

¡Que la Virgen María, cuya fiesta de la Natividad celebra hoy toda la Iglesia y es llamada “Aurora de la salvación”, nos lleve de su mano maternal a Cristo Jesús, verdadero sol de justicia y única esperanza del género humano. ¡Así sea!

DEDICACIÓN DEL NUEVO TEMPLO PARROQUIAL DE SANTIAGO APÓSTOL

(Torrejón, 9 Septiembre 2006)

Lecturas: *Is* 35, 4-7; *Sal* 145, 6-10; *St* 2, 1-5; *Mt* 7, 21-29.

1. La parroquia, lugar de encuentro con Dios

1. El texto de Isaías, que hemos escuchado, es un bello canto de alegría por la bendición que el Señor dará a su pueblo; es un himno de marcha, que acompaña el regreso a casa de los rescatados: «*Decid a los cobardes de corazón: ¡Sed fuertes, no temáis! Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite; viene en persona, resarcirá y os salvará*» (*Is* 35, 4). Esa es la invitación que hoy nos hace el Señor a la comunidad cristiana.

Podemos entonar este himno de marcha, que acompaña a los fieles al regreso a su nueva casa. Según Isaías, nace una humanidad nueva, no envilecida por las enfermedades: «*Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará el cojo como un ciervo, la lengua del mudo cantará*» (*Is* 35, 5-6).

Aquí, estimados fieles, en el nuevo templo parroquial de Santiago de Torrejón, a muchos se les abrirán los ojos y reconocerán al Dios verdadero; se les abrirán los

oídos a muchos sordos, que podrán escuchar la Palabra salvadora de Dios; y las lenguas enmudecidas antes por la increencia cantarán himnos de gloria y alabanza a la Trinidad santa, adorando al verdadero Dios, movidos por la fe aceptada y vivida.

2. Este templo parroquial es un lugar de encuentro con Dios, que salva, cura y da la vida. Pediremos en la oración consecratoria que este templo sea el lugar de la íntima comunión y paz contigo con el Señor; Él quiere habitar en medio de su pueblo; quiere estar a su lado y acompañarle en sus vicisitudes humanas. El Señor quiere estar junto a vosotros.

Este nuevo templo será un manantial de agua fresca, que da vida. Sucederá aquí como lo narrado por el profeta Isaías en el desierto: «*Porque han brotado aguas en el desierto, torrentes en la estepa*» (Is 35, 6). Aquí nacerán muchos a la vida de la fe, gracias a las aguas bautismales, que son fuente de vida y manantial de gracias divinas. Torrejón, tierra árida en muchos aspectos religiosos, como ya dije en la Visita pastoral, se tornará un vergel; «*el páramo será un estanque, lo reseco un manantial*» (Is 35, 7). Pedimos al Señor que este nuevo templo sea un manantial de aguas que riegue y fecunde el desierto espiritual.

La acción de Dios en medio de su pueblo es fuerza que transforma, vida que crece, amor que se difunde. ¡Dejémonos transformar por el Señor! ¡Acojamos su presencia con amor!

3. En este templo se celebrará diariamente la Eucaristía, banquete de amor y pan para el camino del hombre. En la oración consecratoria al ungir el altar con óleo el celebrante dice: “*Sea también la mesa del Señor, donde tu pueblo se alimente en el convite sagrado*”; una mesa donde se ofrece el banquete gozoso.

Se nos invita a tomar el pan de vida (cf. Jn 6, 35), el alimento que fortalece y perdura hasta la vida eterna (cf. Jn 6, 51).

La Eucaristía “*hace vivir y crecer a la Iglesia*” (*Lumen gentium*, 26). La celebración eucarística es el centro y cumbre de toda la vida cristiana (cf. *Christus Dominus*, 30).

2. La parroquia, ámbito de fraternidad y de comunión

4. En la lectura de la carta de Santiago, que acabamos de escuchar, el Apóstol nos invita a vivir la fraternidad, sin hacer acepción de personas: «*Herma-*

nos míos, no entre la acepción de personas en la fe que tenéis en nuestro Señor Jesucristo glorificado» (St 2, 1).

El Apóstol comenta que agasajar a un hombre rico y despreciar a un pobre con un vestido raído, *«¿no sería esto hacer distinciones entre vosotros y ser jueces con criterios malos?» (St 2, 4).* Por eso se nos amonesta a vivir la fraternidad entre todos los hombres.

En toda comunidad parroquial los miembros que la componen son verdaderos hermanos, que participan en la misma mesa y toman el mismo pan. Ese gesto fraternal les conduce a tratar a todos los hombres con respeto y amor, reconociendo su dignidad de hijos de Dios y hermanos en el Hijo Jesucristo: *“Especialmente por la sagrada Eucaristía, se comunica y se nutre aquel amor hacia Dios y hacia los hombres, que es el alma de todo apostolado” (Lumen gentium, 33).*

En la oración consecratoria pediremos al Señor que el altar *“sea fuente de unidad y de concordia para todos los que formamos tu Iglesia santa; fuente a la que tus hijos acudan hermanados para beber en ella el espíritu de mutua caridad”.*

Es propio de todas las comunidades cristianas la acogida a los más necesitados: a transeúntes, a menesterosos, a emigrantes. Es un signo propio de la Iglesia, conocido de todos con el nombre de “caritas”, sea parroquia, diocesana, nacional o internacional. En todo el mundo se conoce la acción amor desinteresado y de acogida que hace “Caritas”. Esto ya lo estaba realizando la parroquia de Santiago en Torrejón, desde su fundación, en una barriada con gente necesitada.

3. Jesucristo, fundamento de nuestra vida

5. La parroquia como ámbito de fraternidad y de comunión no se sostiene si no está fundamentada en Jesucristo.

El Evangelio, que hemos escuchado, nos exhorta a fundamentar nuestra vida en Jesucristo, que es la roca donde se asienta todo edificio espiritual bien construido: *«Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca» (Mt 7, 24-25).*

Quien pretenda ser, sin embargo, el dueño de su vida y poner sus esperanzas en sí mismo, será, como dice el Evangelio, como aquel que construyó sobre arena: *«Todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y se hundió»* (Mt 7, 26-27), porque no estaba edificada sobre roca.

Queridos hijos de Torrejón y feligreses de Santiago, si fundáis vuestras esperanzas en las capacidades humanas: el dinamismo del párroco, la preparación de los catequistas, los medios técnicos,... el fracaso será rotundo; pero si ponéis vuestra confianza en Dios y os ponéis en sus manos, el éxito está asegurado. Hemos de buscar la voluntad de Dios, dejando a un lado nuestros propios planes: *«No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial»* (Mt 7, 21).

6. Os invito ahora a contemplar el nuevo templo. Esta obra ha sido tarea conjunta de muchas personas; entre ellas están el vicario general, el párroco, el arquitecto y la aparejadora, el maestro vidriero, los responsables de obra y todos vosotros, que habéis colaborado en esta hermosa tarea de levantar un nuevo templo. El Señor nos ha regalado la oportunidad, en la misma construcción, de hacer una obra de fraternidad y de comunión. Hemos de estar contentos con el Señor, que nos ha permitido trabajar fraternalmente y en equipo.

El templo sugiere la imagen de una barca, figura de la Iglesia, con dos velas desplegadas y unidas a un gran mástil, que es Jesucristo, representado en el gran crucifijo. Quiere ser la presencia permanente de la Iglesia, barca de Pedro, en medio de los hombres. La cruz pectoral, que llevo puesta en esta ocasión, presenta la figura de una barca.

Contemplando el templo, nos viene a la mente aplicar a esta parroquia lo que significa la Iglesia, la barca de Pedro, como “*sacramento universal de salvación*” (*Ad gentes*, 1). Aquí pueden subir muchos náufragos, muchos que necesitan ayuda y quieren salvar su vida de los abismos del mal.

Es muy importante en la liturgia la centralidad del altar, visible desde cualquier parte y centro de toda la actividad litúrgica.

Los luminosos ventanales nos ayudan a armonizar el espacio exterior con el interior y a jugar con la luz del sol, signo de Jesucristo resucitado, que ilumina nuestras vidas.

Las vidrieras, dentro de su estilo moderno y abstracto, tienen su significado: tamizan la luz que llega desde fuera, para crear un ambiente propicio para la oración; sugieren elementos eclesiales y teológicos, que enriquecen el conjunto. La vidriera del altar mayor nos recuerda la Trinidad; la presencia de la Virgen María, Madre de la Iglesia; la titularidad del Patrón, Santiago Apóstol y la mediación de la Iglesia particular representada con la fachada de nuestra Catedral. Las vidrieras laterales nos sugieren el camino de Santiago de Compostela y el camino de la vida, que todo cristiano debe recorrer; y la mediación eclesial del Sucesor de Pedro, Benedicto XVI, y del Obispo complutense. Y muchas más cosas, que cada uno pueda contemplar.

Todo el edificio nos invita a elevar la mirada hacia Dios, para alabarle, darle gracias y cantarle himnos de bendición y gloria.

7. Damos gracias a Dios en este día de la Dedicación de este templo parroquial de Santiago Apóstol en Torrejón. ¡Que este lugar sea verdaderamente sagrado! Desde hoy y para siempre se consagra al Señor. Aquí escucharemos la Palabra de Dios, ofreceremos el sacrificio de Jesucristo, pediremos perdón de nuestros pecados y recibiremos a raudales las gracias que Dios quiera dispensarnos, como un manantial de agua viva, que salta hasta la vida eterna (cf. *Jn* 4, 14).

Pedimos la intercesión de la Virgen María, Madre de la Iglesia, y la del Apóstol Santiago, Patrono de España y de esta parroquia. Amén.

FIESTA DE LA VIRGEN DEL VAL PATRONA DE ALCALÁ DE HENARES

(Ermita – Alcalá, 17 Septiembre 2006)

Lecturas: *Is* 50, 5-10; *Sal* 114, 1-9; *St* 2, 14-18; *Jn* 19, 25-27.

1. El testimonio de María y de los Santos Niños

1. El pasado día seis de agosto, en la Solemnidad de los Santos Niños Justo y Pastor, celebramos en la Catedral de Alcalá la solemne clausura del Año Jubilar, convocado en toda la Diócesis con motivo del 1700 Aniversario del martirio de los Patronos de nuestra Diócesis. Este Año Jubilar ha supuesto para toda la iglesia diocesana de Alcalá un tiempo de gracia, en el que el Señor ha querido impulsarnos, a través del testimonio de los Santos Niños mártires, a renovar nuestra fe, nuestro seguimiento a Cristo y nuestro testimonio como cristianos.

La Virgen del Val nos ha reunido hoy aquí, estimados hermanos, con la misma finalidad. Ella nos anima a creer confiadamente en Cristo y a seguirle fielmente; Ella nos ayuda a ser mejores cristianos cada día y a dar testimonio de nuestra fe con valentía. Hoy, celebrando esta Eucaristía en la Fiesta de la Virgen del Val, Patrona de nuestra querida Ciudad de Alcalá de Henares, Ella nos invita a mirar al Señor y a hacer lo que Él nos diga (cf. *Jn* 2, 5), teniéndola a Ella como modelo y ejemplo de fe en Dios y de fiel y obediente aceptación de su voluntad.

En esta su fiesta, Ella nos anima a recoger el testigo de aquellos Santos Niños, que dieron su vida por Cristo en estas mismas tierras, que hoy pisamos nosotros. María, modelo de fe y de entrega a Dios, nos exhorta a nosotros en nuestro tiempo a hacer como Justo y Pastor hicieron en su tiempo: a poner nuestra vida en manos de Dios, convencidos de que solamente en Él encontramos el sentido de la misma, y de que el mensaje del Evangelio será siempre actual y necesario para una sociedad, que no puede encontrar la verdad si no mira a Cristo.

2. La Virgen María, asociada a Cristo en su Pasión

2. Pero la Virgen María, nuestra Madre, no nos da simplemente un consejo, limitándose a mirar desde fuera lo que hacemos, sino que está con nosotros; nos ayuda e intercede ante Dios por nosotros; y nos cuida como buena Madre nuestra, de tal modo que, si pudiera, nos lo daría todo ya hecho a sus hijos queridos. Y lo hace con el testimonio de su propia vida, entregada por completo al Señor.

María, que es proclamada toda santa y llena de gracia por la Iglesia, es toda de Dios; es en sí misma oblación pura de amor para Dios. Si bien Ella no murió cruentamente, como su Hijo en la cruz ni como los Santos Niños y tantos mártires cristianos de todos los tiempos, sin embargo, sí que padeció en su alma el martirio de Cristo. María no sufrió en su carne los tormentos físicos de la Pasión del Señor; pero los sufrió ciertamente junto con su Hijo, en su corazón.

San Bernardo nos habla del martirio de la Virgen, sosteniendo que queda atestiguado por la profecía de Simeón y por la misma historia de la pasión del Señor: *“En verdad, Madre santa, una espada traspasó tu alma. Por lo demás, esta espada no hubiera penetrado en la carne de tu Hijo sin atravesar tu alma”* (Sermón en el domingo infraoctava de la Asunción, 14).

La Virgen María, por su fe y su obediencia a Dios, es modelo de santidad en la entrega de su vida y está vinculada de modo especial a Cristo en su Pasión y en sus sufrimientos por la salvación del mundo.

3. No es casual ni trivial, queridos fieles, que el Evangelio señale con toda claridad que: *«Junto a la cruz de Jesús, estaba su Madre»* (Jn 19, 25). Por especial deseo de Dios, para llevar adelante su plan amoroso de salvación, María está unida a Cristo desde su concepción hasta su muerte en cruz, colaborando con Él en la Redención; a lo largo de toda la vida de su Hijo, Ella le acompaña y se

compadece con Él de la humanidad; se compadece de cada uno de nosotros. En el momento culminante al pie de la cruz, Ella comparte el dolor de su Hijo, que ofrece su vida por amor a los hombres.

La presencia de María y su acción maternal no provienen de su propia voluntad, sino porque así lo ha querido Dios. Son los méritos de su Jesucristo, único Redentor, los que salvan al hombre; pero María comparte y se compadece con Él al pie de la cruz.

Cuando Cristo se entrega por nosotros, Ella está en plena comunión con Él, llevando en su alma los sufrimientos del Hijo y compartiendo plenamente su amor y su intercesión ante el Padre por todos los hombres. El Señor, desde la cruz, le dijo al discípulo Juan que acogiera en su casa a María; hoy a nosotros nos dice también que la acojamos en nuestro corazón y que la tratemos como a Madre nuestra.

4. María, por su obediencia, por su fe, su esperanza y caridad, coopera realmente con amor en nuestra salvación: *“Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras El moría en la Cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad en la restauración de la vida sobrenatural de las almas; por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia” (Lumen gentium, 61).*

En el impresionante momento del Calvario, que recoge san Juan en el Evangelio, que hoy se ha proclamado, Cristo sacerdote se ofrece al Padre en la cruz por la Salvación del mundo; y María, Madre sacerdotal, al pie de la cruz, ofrece a su vez a su Hijo al Padre y a todos los hombres y se ofrece a sí misma por ellos (cf. *Jn* 19, 25-27).

Ella es la Madre del Buen Consejo, nuestra Abogada, nuestra Auxiliadora, nuestra Mediadora, asociada a Cristo, único Mediador y Redentor del hombre. Ella coopera participando en la Pasión de su Hijo y en su oblación, de tal modo que al pie de la cruz se manifiesta con mayor claridad que Ella es la perfecta discípula: la que comenzó su camino en Nazaret, dando su “sí” al plan de Dios y trayéndonos al Salvador; y la que después completó su camino al pie de la cruz, sufriendo en su corazón el mismo martirio de su Hijo, según lo había predicho el anciano Simeón en el templo: *«A ti misma, una espada de dolor te traspasará el alma» (Lc 2, 35).*

Como dice San Bernardo: “¿*Por ventura no fueron peores que una espada aquellas palabras que atravesaron verdaderamente tu alma y penetraron hasta la separación del alma y del espíritu: ‘Mujer, ahí tienes a tu hijo’?*” (Sermón en el domingo infraoctava de la Asunción, 14). Con estas palabras María recibe un cambio drástico: le cambian al Hijo de Dios por un simple hijo de hombre, al Maestro por el discípulo.

3. Los Corazones de Jesús y de María

5. La Virgen María ha respondido con fidelidad a la pregunta que el Señor dirigió a los Zebedeos, para animarles a llegar hasta el fin en la entrega de sí mismos por amor a Dios: «¿*Podéis beber el cáliz que yo he de beber?*» (Mt 20, 22). Ella ha apurado con Cristo el cáliz de su Pasión, compartiendo en su corazón los sentimientos de su Hijo; y no solamente en lo que se refiere a los tormentos y sufrimientos corporales, sino sobre todo en cuanto al dolor moral del corazón de Cristo por el rechazo de los hombres.

El amor misericordioso de Jesús le lleva a perdonar y a humillarse, a pesar de nuestra ingratitud, dando por nosotros la vida, muriendo para que podamos resucitar con Él, recreando nuestra condición humana, salvándola y llevándonos de nuevo a la comunión con Él.

6. De este modo, en el Calvario, María une su corazón al de Cristo. Una comunión entre los dos, que existía ya desde el primer momento en que María engendró a Cristo en sus entrañas. Según la carta a los *Hebreos*, al entrar en el mundo Cristo por su encarnación, se dirige al Padre con abandono confiado: «*Tu no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo: aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad*» (Hb 10, 5-7).

Ahora en el Calvario, Jesús se vuelve a entregar con docilidad y confianza a su Padre para salvarnos, como hemos escuchado en el tercer Cántico del Siervo de Yahveh: «*El Señor me ha abierto el oído. Y yo no me resistí, ni me eché atrás. Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos. Pues el Señor habría de ayudarme para que no fuese insultado, por eso puse mi cara como el pedernal, a sabiendas de que no quedaría avergonzado*» (Is 50, 5-7).

La Virgen María, Nuestra Señora del Val, confiando en las promesas de Dios le respondió al ángel, en el momento de la Encarnación de su Hijo: «*He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu Palabra*» (Lc 1, 38). Ahora, viendo a su Hijo Jesús crucificado y reproduciendo en sí misma los sentimientos y la entrega de su Hijo, del mismo modo que había dado su sí al Padre en la Encarnación, repite al pie de la cruz su ofrecimiento y acepta la propuesta de Jesús de ser nuestra Madre. ¡Acojámosla como tal!

7. Desde el cielo la Virgen del Val cuida de todos nosotros con maternal solicitud; y al contemplarla hallamos un signo y una esperanza cierta de lo que también esperamos alcanzar por gracia de Dios.

Por eso María es nuestra verdadera Madre, que desde aquel momento del Calvario hasta hoy, y hasta el final de todos los tiempos, continúa intercediendo por nosotros ante Dios, para que alcancemos la salvación eterna, cuidándonos con amor, velando por nosotros sin descanso, amándonos con verdadera ternura y amor de Madre, mirándonos como hermanos de su Hijo Jesucristo, procurando sacarnos de los peligros y oscuridades, que tantas veces nos acechan a lo largo de nuestra vida, y deseando que alcancemos el cielo, para abrirnos de par en par las puertas que conducen a la contemplación eternamente feliz del rostro del Salvador.

8. Ahora pues, estimados hermanos y fieles devotos de la Virgen del Val, al igual que María, nuestra Madre, al igual que los Santos Niños Justo y Pastor, al igual que tantos cristianos de todos los tiempos antes que nosotros, ofrezcámonos con Cristo al Padre, para que encuentre en nosotros instrumentos dóciles al Espíritu Santo, que continúa actualizando hoy la redención en el mundo.

Este es nuestro culto espiritual, como dice San Pablo: «*Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual*» (cf. Rm 12, 1). ¡Ofrezcámonos a Dios, hermanos, como un sacrificio agradable a Él, por la salvación del mundo!

Pidamos hoy a nuestra Madre, la Virgen del Val, que nos ayude a ofrecernos con Ella y con Cristo al Padre por la salvación del mundo, pues Cristo nos llama a ser sal y luz (cf. Mt 5, 13-14), en medio de los que nos rodean, en nuestros hogares, en nuestro trabajo y en nuestros ambientes sociales.

Así, los hombres, al ver nuestras buenas obras, darán gloria al Padre que está en los cielos (cf. *Mt* 5, 16). ¡Encomendémonos hoy a la Virgen del Val, para que, como Ella, vivamos la fe y la obediencia oblativa a Dios! ¡Seamos agradecidos a Cristo, que ha derramado su sangre por amor a nosotros! ¡Seamos verdaderos hijos de la Virgen del Val! ¡Que Ella nos proteja y nos acompañe siempre en nuestro caminar! Amén.

INAUGURACIÓN DE CURSO

(Seminario-Alcalá, 25 Septiembre 2006)

Lecturas: *Prov* 3, 27-34; *Sal* 14; *Lc* 8, 16-18.

1. Aunque la inauguración del Curso Académico 2006-2007 tendrá lugar próximamente en la Facultad de Teología “San Dámaso” (Madrid), nosotros inauguramos hoy el nuevo Curso en el Seminario.

Habéis realizado ya algunas actividades “agónicas”, en el sentido etimológico de la palabra, entre ellas los Ejercicios Espirituales, que no son días de vacaciones y relax, sino de trabajo y esfuerzo. En la lucha con el ángel Jacob sale vencedor, pero queda herido en el muslo (cf. *Gn* 32, 25-33); quién sabe si alguno de vosotros ha salido también herido en la lucha que ha mantenido durante esos días.

El Señor nos pide que estemos en jaque, escuchándole y respondiéndole. A veces los Ejercicios pueden resultar duros; pero no hay que asustarse, porque el Señor nos ama y quiere lo mejor para nosotros. Nuestra confianza en Él ha de estar por encima de todo.

2. Celebramos hoy la misa votiva del Espíritu Santo, para pedirle que nos ilumine en este nuevo curso, que hemos comenzado. El libro de los Proverbios nos presenta dos formas de actuar: la del perverso y la del honrado. El Señor aborrece a los que llevan una conducta, que no está de acuerdo con sus mandatos: el perverso-

so, el malvado, el burlón, el necio. Pero el Señor bendice, colma de honores y está cerca del recto, del honrado, del humilde, del sensato.

Dios, como un buen padre, aconseja a su hijo que sea caritativo y bueno, que ayude al necesitado y no trame mal contra nadie (*Prov* 3, 27-31); que no pleitee contra nadie, ni envidie a nadie. Son consejos prácticos y útiles.

El libro de los Proverbios expone la situación del hombre recto, justo y sabio (cf. *Prov* 3, 32-35), que está en consonancia con el Salmo 1: «Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos (...) cuyo gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche. Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón, y no se marchitan sus hojas» (cf. *Sal* 1, 1-6).

También este Salmo nos habla de las dos maneras de estar en la vida: la del que vive cerca del Señor, como árbol frondoso que da buenos frutos, y la de quien vive lejos del Señor, que no produce nada y cuya vida es estéril. ¡Que nosotros seamos como el árbol que, junto al Señor, demos buenos y abundantes frutos!

3. Quisiera plantearos en este inicio de Curso estos dos caminos y animaros a que viváis como el sensato, el recto, el bueno, el prudente, el humilde, el honrado. ¡Sed como esos árboles frondosos junto a las aguas, que dan fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas! Deseo que empecéis el curso muy con buenos ánimos.

¡Sed hombres de fe, justos, honrados y sabios, que viven junto al Señor, se alimentan de su Palabra y dan buenos frutos! Los frutos son de conversión, de caridad, de estudio, de convivencia armónica y de muchas más cosas buenas. ¡Que el Espíritu Santo nos ayude a vivir este nuevo Curso de esta manera! ¡Que Él nos llene con su fuerza y con su luz, como hemos rezado en la oración colecta, y que nos haga descubrir la Verdad! Objetivo de nuestro estudio teológico es la comprensión cada día más clara de la luz inmarcesible de la Revelación de Dios.

4. Quisiera relacionar el texto de los Proverbios con las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino, cuando habla de “las potencias del alma”. Entre los adjetivos que aparecen en Proverbios hay algunos que se refieren a la inteligencia (sabio, sensato, prudente); y otros se refieren más bien a la voluntad (recto, honrado, justo).

El hombre tiene memoria, inteligencia y voluntad; esto le caracteriza respecto a los demás los seres creados. Esas tres dimensiones, facultades o potencias son las que tenemos que potenciar, porque no son facultades plenamente en acto sino en desarrollo. ¡Pidamos al Espíritu que nos ayude a desarrollarnos integralmente en estas tres grandes dimensiones!

5. Respecto a la memoria no podemos olvidar las acciones de Dios: la creación y todas las hazañas salvíficas, que ha realizado en favor del Pueblo de Israel, en favor del nuevo Pueblo de Dios, que es la Iglesia, y en favor de cada uno de nosotros. Hemos de recordar, agradecidos, todas las acciones salvíficas que el Señor ha hecho por nosotros y por nuestra iglesia particular, a la que nos pide servir.

Es necesario dar gracias a Dios por todos los dones que nos ha regalado: nuestra propia vida, nuestros seres queridos, la fe y la llamada personal que nos ha dirigido a cada uno. No hay que olvidarse de todo ello, sino dar gracias a Dios y glorificarlo, porque estamos en sus manos.

6. La inteligencia hay que desarrollarla; por eso hay unos requisitos académicos, y unos trabajos intelectuales, que hay que hacer. Hay que cultivar no solamente la *scientia*, sino sobre todo la *sapientia*. El Señor nos invita a penetrar en la *sapientia*, esto es, en la sabiduría de Dios.

El estudio de la Teología para un seminarista no puede ser igual que el estudio de la Medicina, de la Biología, del Derecho o de la Historia para cualquier otro estudiante. Puede haber una gran distancia entre la vida de un estudiante de ciencias humanas y las materias, objeto de su estudio. El estudiante de este tipo de ciencia no queda vitalmente implicado en los temas que estudia; pero el estudiante de Teología queda muy implicado con el objeto de su estudio.

Conocer a Jesucristo no puede dejar indiferente a nadie. Saberse redimido del pecado, salvado de la muerte eterna y asociado a la resurrección de Cristo no puede dejar indiferente. Un estudiante de Teología queda muy implicado cuando estudia la Ecclesiológia, porque es miembro de la Iglesia; queda muy implicado cuando percibe quién es el Espíritu Santo, o quién es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo; queda implicado cuando conoce la Moral cristiana o cuando escudriña la Palabra de Dios. En todo ello encontramos el sentido de nuestra vida. El estudio de las verdades reveladas nos hace penetrar en el misterio divino.

En nosotros se requiere una memoria agradecida, una inteligencia que penetra el Misterio e intenta percibir mejor la fe, el amor y la esperanza cristianas y una voluntad que, con la gracia del Espíritu, quiere aceptar lo que Dios nos pide. A esto es a lo que el Señor os invita esta tarde; y yo deseo también para todos vosotros.

7. Santo Tomás, hablando de estas tres facultades (memoria, inteligencia y voluntad), dice que cada una de las tres está vinculada a las otras. La voluntad comprende y capta toda la inteligencia y toda la memoria, y viceversa; la memoria capta todo el intelecto y toda la voluntad; la inteligencia también capta las otras dos, ya que no pueden ir separadas.

Solemos decir que “nadie ama lo que no conoce”. Si queremos amar más a Jesucristo, al Padre, al Espíritu Santo, a la Iglesia que Jesús instituyó y al hombre, cuanto más los conozcamos mejor podremos amarlos. El hombre, dañado por el pecado, puede lógicamente utilizar mal sus conocimientos para hacer daño a otra persona; pero realizar esto sería ir contra lo que Dios espera de nosotros.

8. Santo Tomás (cf. *Distinctio* 15, *quaestio* 4, *artículo* 2) expone que la inteligencia está en relación con la misión del Hijo, que es la Verdad, y el afecto y la voluntad con la misión del Espíritu Santo. Ésta es una forma de explicar las cosas analizando y dividiendo los términos; pero en un intento de integración, podemos decir que tanto la inteligencia como la voluntad y la memoria están todas entramadas y conjuntadas.

Nos hemos de ir acostumbrando a percibir a la Trinidad como una comunidad de amor íntima, integrada y armónica, en la que las tres Personas lo hacen todo sinérgicamente, conjuntamente. El Hijo no hace la Redención separado del Padre y sin el Espíritu; y éste, a su vez, no actualiza la salvación sin el Verbo Encarnado y Resucitado. Hay una integración plena.

Hemos de integrar armónicamente la actividad de las Tres Personas divinas y la conjunción de las tres facultades del hombre: la memoria agradecida de la acción salvífica, la inteligencia del Misterio Trinitario y la voluntad de aceptar los planes de Dios. Aceptamos la voluntad del Padre siguiendo a Jesucristo y gracias al don del Espíritu Santo.

9. Teniendo en cuenta lo que hemos reflexionado, cabe hacer discernimiento sobre algunos casos concretos de vocación. Puede haber un candidato al

sacerdocio que sea muy inteligente y a quien el Señor le haya dado una penetración muy profunda de la *scientia* y de la *sapientia*; y en cambio tener voluntad débil para el seguimiento de Jesús. Otro candidato puede tener más voluntad, pero menos capacidad intelectual.

Ha habido grandes santos a lo largo de la historia, que ejemplifican lo que acabamos de decir: Santo Tomás fue un ejemplo de inteligencia preclara y de un amor profundísimo al Señor. Juan-María Vianney, el Santo cura de Ars, aprobaba justito los estudios, pero tenía una gran voluntad y una entrega pastoral generosa (llegaba a dedicar diecisiete o veinte horas diarias de confesionario) y el Señor convirtió a miles de penitentes, gracias a su ministerio sacerdotal. San Pascual Bailón fue un enamorado de la Eucaristía, aunque no tuviera apenas estudios teológicos.

10. Como cada persona tiene sus propias cualidades, no hay que envidiar a nadie. Os pido, queridos seminaristas, que os ayudéis mutuamente a crecer, sin envidiar a nadie. A cada uno el Señor le ha dado unas facultades, unos dones y unas gracias, de las que deberá responder ante Dios. El Señor os pedirá a cada uno responsabilidad de las facultades y gracias, que os ha regalado.

Quien pueda dar en inteligencia la máxima puntuación, si no llega a la misma no está siendo fiel al Señor. Y quien pueda dar en voluntad lo mejor de sí mismo, si da menos tampoco rinde lo que el Señor quiere. Aunque la diferencia entre un rendimiento u otro sea mínima, tratándose de ofrecérselo a Dios, es muy significativa.

No sabemos qué tipos de santos saldrán de entre nosotros: si como Tomás de Aquino, como Pascual Bailón o como Cura de Ars. Lo importante es que todos lleguemos a la penetración del Misterio divino –eso significa la *sapientia* o sabiduría- y que todos vivamos conociendo y amando el Misterio de amor, es decir, obediendo a Dios.

Nadie tenemos excusa, fuera cual fuere la proporción de nuestras tres facultades. Todos hemos de responder con obediencia y amor a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Como dice San Juan de la Cruz, al final de nuestra vida seremos examinados sobre el amor.

11. Le pedimos al Espíritu Santo que nos fortalezca con su gracia y que nos ilumine con su luz, para desarrollar armónica e integralmente las tres facultades, que nos han regalado.

El ejemplo de la Virgen María es un gran estímulo y una ayuda para todos nosotros. Ella es la que mejor ha dado una respuesta plena a lo que Dios le ha pedido. Ella no era una doctora de la ley, ni hizo falta que fuera a la escuela de ningún rabino; sencillamente fue un ama de casa y una buena Madre; pero dio la máxima respuesta en la comprensión del Misterio, en la que estaba envuelta y ofreció su afecto y voluntad para aceptar lo que se le pedía. Entendió el Misterio por fe y por amor, fiándose de Dios.

¡Que Ella nos ayude a vivir en esa actitud de apertura al Misterio, que se nos revela, que nos llena, que nos hace crecer y que dinamiza todas nuestras facultades!

¡Ojalá al final del presente Curso podamos todos decir que hemos crecido en el amor, en la fe, en la esperanza y en la inteligencia del Misterio! Que así sea.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

01/09/2006, Vivanco Galindo (SDB), Jesús, Párroco de San José, en Alcalá de Henares.

01/09/2006, De La Cruz Toledano, Jesús, Juez Diocesano.

01/09/2006, Candela Davó, María Isabel, Defensora del Vínculo.

01/09/2006, Miguel Izquierdo (SCJ), José Luis, Vicario parroquial, San Isidro, Torrejón de Ardoz.

01/09/2006, Bravo Durán, Jesús Antonio, OFM, Vicario Parroquial, San Francisco de Asís, *Alcalá de Henares*.

01/09/2006, Pérez Pablo, José María, Párroco de San Andrés Apóstol, Villarejo de Salvanés.

01/09/2006, Fuertes Corral, José Manuel, Párroco de S. Gabriel Arcángel., en Arganda del Rey.

14/09/2006, Morano Cabello, Juan Pablo, Notario del Tribunal Diocesano.

14/09/2009, Barco López, Miguel ángel, Párroco, Purificación de Nuestra Señora, *San Fernando de Henares*.

14/09/2006, Gutiérrez González, Victor Manuel, Párroco de San Vicente Mártir, *Paracuellos del Jarama*.

14/09/2006, POZAS RUIZ, Juan Antonio, Párroco de San Andrés Apóstol, Fuentidueña de Tajo, Párroco de Ntra. Sra. de Arbuel, Villamanrique.

14/09/2006, Altologuirre Orbe, Fernando Ignacio, Párroco de la Asunción de Nuestra Señora, *Torres de la Alameda*.

14/09/2006, MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, Fco. Javier, Vicario Parroquial, Santos Juan y Pablo, Capellán Residencia para Mayores San Fernando de Henares.

14/09/2006, VILLEGAS MARTÍNEZ, Luis Miguel, Párroco de Virgen de Belén, Alcalá de Henares.

14/09/2006, CUADRADO ALVARADO, Rufino, Párroco de Santa María de los Ángeles, Coslada.

14/09/2006, Maloba Nyandwe, Godofredo, Capellán MM. Agustinas Ntra. Sra. de la Consola, *Alcalá de Henares*.

14/09/2006, MORENO SANTAMARÍA, José Antonio, Coadjutor de Santiago Apóstol, en Alcalá de Henares.

18/09/2006, PATALLO SANZ. José Antonio, Párroco de San Marcos, de Rivas-Vaciamadrid.

18/09/2006, MARTÍNEZ RACIONERO, Jesús, Párroco de San Martín Obispo, Valdilecha.

18/09/2006, RAYA HERNÁNDEZ, Gerardo, Administrado Parroquial de Ntra Sra de la Asunción, *Ambite*.

18/09/2006, SANTALICES MARTÍNEZ, ALBERTO, Coadjutor, San Juan Bautista, Arganda del Rey.

18/09/2006, MARTÍNEZ MILLAN, Juan Ramón, Adscrito Ntra.Sra. del Templo, *San Fernando de Henares*.

DEFUNCIONES

- El día 6 de septiembre de 2006, en el Monasterio de las Madres Carmelitas del Corpus Christi, en Alcalá de Henares, falleció la Madre María Ángeles Santana Rodríguez, natural de Lérida, a la edad de 84 años y 10 de vida religiosa.

- El día 17 de septiembre de 2006, en el Monasterio de las Madres Clarisas de San Juan de la Penitencia, en Alcalá de Henares, falleció la Madre María José Villalba Salcedo, natural de Sigüenza (Guadalajara), a la edad de 95 años y 60 de vida religiosa. Desempeño los cargos de responsable de la ropería. Era muy fervorosa y formó siempre parte del coro de la comunidad.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

CESES

PÁRROCOS

Rvdo. Sr. D. Alumbremos Merchén Andrés María. San Andrés Apóstol, Villarejo de Salvanés.

Rvdo. Sr. D. Villegas Martín, Porfirio, SDB. San José, Alcalá de Henares.

Rvdo. Sr. D. José María Pérez Pablo, San Gabriel Arcángel, Arganda del Rey.

Rvdo. Sr. D. José Manuel Fuertes Corral. Asunción de Nuestra Señora, Meco.

Rvdo. Sr. D. Miguel Ángel Barco López. San Marcos, Rivas-Vaciamadrid.

Rvdo. Sr. D. Fernando Ignacio Altolaguirre Orbe. San Andrés Apóstol en Fuentidueña de Tajo y Ntra.Sra. de Arbuel en Villamarique.

Rvdo. Sr. D. Luis Miguel Villegas Martínez. San Martín Obispo, Valdilecha.

Rvdo. Sr. D. Rufino Cuadrado Alvarado. Virgen de Belén, Alcalá de Henares.

Rvdo. Sr. D. José Antonio Moreno Santamaría, Purificación de Ntra. Sra. San Fernando de Henares.

Rvdo. Sr. D. José Antonio Patallo Sanz. Santa María de los Ángeles, Coslada.

COADJUTORES

Rvdo. P. José Carlos Rayo Ramírez, SCJ. San Isidro en Torrejón de Ardoz.

Rvdo. P. Severino Cerveró Vicente, OM. San Francisco de Asís, Alcalá de Henares.

Rvdo. Sr. D. Víctor Manuel Gutiérrez González. San Juan Bautista, Arganda del Rey.

Rvdo. Sr. D. Alberto Santalices Martínez, Santos Juan y Pablo, San Fernando de Henares.

Rvdo. Sr. D. Juan Ramón Martínez Millán. Virgen de Belén, Alcalá de Henares.

OTROS

Rvdo. P. de la Cruz Toledano, Jesús, Defensor del Vínculo, Tribunales de Alcalá de Henares.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO SEPTIEMBRE 2006

Días 2-3. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Días 4-6. Audiencias.

Día 7. Por la mañana, reunión del Consejo episcopal.

Por la tarde, Bendición de la Ermita de San José y procesión de la Virgen (Valdilecha).

Día 8. Preside la Eucaristía, con motivo de la restauración del templo en la parroquia de N^{ra} S^a Asunción (Algete).

Día 9. Consagración del templo parroquial de Santiago Apóstol (Torrejón).

Día 10. Concelebra en la Ordenación episcopal y Toma de posesión de Mons. José-Ignacio Munilla Aguirre como Obispo de Palencia.

Día 11. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 12. Audiencias.

Día 14. Reunión del Consejo episcopal y Audiencias.

Día 15. Reunión de la Provincia Eclesiástica.

Día 16. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, visita el Monasterio Clarisas de San Juan de la Penitencia (Alcalá), con motivo de la defunción de una monja.

Día 17. Preside la celebración eucarística con motivo de la Fiesta de la Virgen del Val (Ermita - Alcalá).

Día 18. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, preside la procesión de la Virgen del Val, desde la Ermita a la Catedral.

Día 19. Jornada sacerdotal diocesana (Ekumene).

Día 20. Visita a los seminaristas en “Ejercicios Espirituales” (Becerril de la Sierra-Madrid).

Día 22. Audiencias.

Día 23. Asiste a la Toma de posesión de Mons. José Vilaplana como Obispo de Huelva.

Día 25. Preside la celebración eucarística en el Seminario Mayor (Alcalá).

Días 26-27. Participa en la reunión de la Comisión permanente de la Conferencia episcopal española (Madrid).

Día 28. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, asiste a la Conferencia de S.Em.Card. Antonio-M^a Rouco “España y la Iglesia católica” (Parroquia de la Concepción de N^aS^a-Madrid).

Día 29. Audiencias.

Día 30. Por la mañana, Inauguración y Bendición del Centro de re-educación y inserción de Menores” y Visita de la Sra. Esperanza Aguirre, Presidenta de la Comunidad de Madrid, al Templo parroquial restaurado (Brea de Tajo).

Por la tarde, administra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de la Natividad de N^aS^a (Valdetorres).

OTROS ACTOS

Jornada sacerdotal diocesana (Ekumene)

El pasado 19 de septiembre, martes, tuvo lugar el primer encuentro del Curso 2006-07, al que asistieron la mayoría de los sacerdotes de la Diócesis. La Jornada comenzó con la oración de la Hora Tercia. A continuación el Sr. Obispo presentó a los sacerdotes la Carta Pastoral «Testigos de Jesucristo», publicada con motivo de la clausura del Año Jubilar de los Santos Niños Justo y Pastor.

La segunda parte de la mañana se centró en el trabajo en grupos y la puesta en común sobre el *Instrumentum Laboris* que el Consejo de Arciprestes había elaborado, de cara a la confección de los Objetivos y Líneas de Acción Pastoral para el Curso 2006-07.

El encuentro concluyó, tras informaciones de las diversas Delegaciones y Secretariados Diocesanos, con la habitual comida fraterna.



Jornada diocesana de Envío de Profesores de Religión

El pasado día 23 de septiembre, convocada por el Secretariado Diocesano de Enseñanza, tuvo lugar la Jornada de Envío de Profesores de Religión, a la que asistieron una buena cantidad de profesores de ERE tanto de centros Estatales, como de centros de la Iglesia.

Se les recordó que el profesorado de religión es y debe seguir siendo no sólo un cuerpo de personas que enseñan los contenidos de la fe católica, sino que también y sobre todo son enviados por la Iglesia a anunciar la Buena Noticia de Jesucristo en el ámbito escolar.

Diócesis de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARIO PARROQUIAL

José Ignacio Ciordia Berrueta, en San Pio V, en Leganés, el 1 de septiembre de 2006.

Herminio Majeda Esteban, en San Nicasio, en Leganés, el 1 de septiembre de 2006.

DEFUNCIONES

D. Mauricio Andrés Rojo, padre de 5 hijos, entre ellos el sacerdote diocesano, D. Jerónimo Andrés de la Red, vicario parroquial de San Saturnino, en Alcorcón, falleció el 27 de junio de 2006, en Bilbao, a los 95 años de edad.

Dña. Resurrección Raposo Calvo, madre del sacerdote diocesano D. Hermenegildo Centeno Raposo, Capellán del Hospital de Getafe, falleció el 27 de septiembre de 2006, en Getafe, a los 82 años de edad.

D. Rubén Arévalo García, Párroco de Asunción de Nuestra Señora, de Arroyomolinos, falleció el 2 de octubre, Fiesta de los Santos Ángeles Custodios, en Leganés, a los 75 años de edad.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

OTROS CARGOS

Francisco Javier Mairata Anduiza, Arcipreste de Getafe, el 13 de septiembre.

Víctor Pidal Menéndez, Adscrito a la Parroquia San Isidro Labrador, en Leganés, el 1 de septiembre de 2006.

DELEGACIÓN DE ASOCIACIONES DE FIELES

Junta Directiva de la Cofradía del Señor San Juan Bautista. Parroquia Santa María la Mayor, en Colmenar de Oreja.

Presidenta: Esther Caballero Afuera.

Vicepresidenta: Consuelo López Velázquez.

Secretario: Emilio García Hidalgo.

Vocales:

Mariano Carpio Alvar.

Félix Maqueda Pavón.

Juan Olivas Mingo.

Angelines Hidalgo Pérez.

Estrella González de Blas.

Paloma Ocaña García.

Mercedes Domínguez Alférez.

Pilar González Díaz.

Purificación Fernández Hita.

Juani García Adsuar.

Teresa Caballero Afuera.

**Junta de Gobierno de la Hermandad de Nuestra Señora María Santísima
de las Veredas, de la Parroquia Virgen del Alba, en Alcorcón.**

Presidente: Leoncio Villafranca Moreno.

Secretario: Eusebio López Dios.

Tesorero: Juan Molina Campos.

Vocal:

Avelino Pastor Sánchez.

Inés Alamillo Germán.

Feliciano Andújar Márquez.

Purificación Alarcón Andújar.

DELEGACIÓN DE ASOCIACIONES DE FIELES

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

D. Antonio Jiménez Rodríguez, Presidente de la Hermandad de Nuestra Señora del Rocío Madrid-Sur de Getafe (Madrid), y en nombre de dicha Asociación, mediante escrito de fecha 14 de junio de 2005, solicita la modificación de los Estatutos que fue aprobada por unanimidad en la Asamblea General Ordinaria del 6 de marzo de 2005.

Visto el Acuerdo de la Asamblea General Ordinaria y que los Estatutos están conformes con los cc. 298 a 311 del Código de Derecho Canónico y los cc 312 a 320 sobre las Asociaciones públicas del citado Código,

Por el presente,

APRUEBO LOS NUEVOS ESTATUTOS

que constan, en su redacción actual de 76 artículos, disposición adicional única, disposición transitoria única y disposición final única.

La Asociación se regirá por los presentes Estatutos y por las disposiciones del Derecho Canónico vigente y la legislación civil que le sean aplicables.

Consérvese un ejemplar de este Decreto en el Archivo de la Curia Diocesana y otro en el Archivo de la Asociación.

Dado en Getafe a quince de agosto de dos mil seis, en la Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora.

† Joaquín María
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
F. Armenteros

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

D. EDELMIRO GARCÍA HERRERO, Presidente de la Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad de Parla (Madrid), y en nombre de dicha Asociación, mediante escrito de fecha 25 de abril de 2006, solicita la modificación de los Estatutos que fue aprobada por unanimidad en la Asamblea General Ordinaria del 23 de abril de 2006.

Visto el Acuerdo de la Asamblea General Ordinaria y que los Estatutos están conformes con los cc. 298 a 311 del Código de Derecho Canónico y los cc 312 a 320 sobre las Asociaciones públicas del citado Código,

Por el presente,

**APRUEBO LOS NUEVOS ESTATUTOS
DE LA HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD
(PARLA)**

que constan, en su redacción actual, de 39 Artículos; el Artículo 37 es la disposición transitoria única y los Artículos 38 y 39 las disposiciones finales.

La Asociación se registrará por los presentes Estatutos y por las disposiciones del Derecho Canónico vigente y la legislación civil que le sean aplicables.

Consérvese un ejemplar de este Decreto en el Archivo de la Curia Diocesana y otro en el Archivo de la Asociación.

Dado en Getafe a veintidós de agosto de dos mil seis, en la Fiesta de Santa María Reina.

† Joaquín María
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
F. Armenteros

INFORMACIONES

CONVIVENCIA DE ARCIPRESTES.

Seminario de Corbán, Santander.
18-21 de septiembre de 2006

Asisten: el Obispo diocesano, D. Joaquín María López de Andújar; el Vicario General, D. José María Avendaño; el Canciller Secretario, D. Francisco Armenteros y los trece arciprestes: D. Antonio Lucero, D. Guillermo Corral, D. Javier Mairata, D. José M^a Bueno, D. Alberto Velasco, D. Tomás Julián Sanz, D. Julio Rodrigo Peral, D. Jesús Torrecuadrada, D. José Antonio Luengo, D. Gregorio Romero, D. Ignacio Torres, D. Enrique Santayana y D. Rafael del Rosal.

El Sr. Obispo presenta y saluda a los nuevos arciprestes y define la convivencia como un momento de encuentro, de oración, de comunión y de intercambio sereno y tranquilo: somos instrumentos en las manos del Señor, “pobres obreros de su viña” (Benedicto XVI).

D. Guillermo Corral, Arcipreste de Alcorcón, dirige la plática para el retiro sobre la Caridad Pastoral.

El trabajo del segundo día comienza con una ponencia de D. José María Avendaño, sobre el Arcipreste y el Arciprestazgo, centrándose en tres aspectos

fundamentales: Anuncio, celebración y servicio a la caridad. También subraya la idea de “Diócesis en misión” y la oportunidad de la Misión Juvenil. Anima a programar los objetivos y evaluar. En cuanto a la espiritualidad cristiana del Arcipreste, se refiere a: oración, Eucaristía, Penitencia y escucha de la Palabra. Termina explicando el sentido de la “incardinación” y la frase de U. Von Balthasar: “la verdad es sinfónica” y el Arcipreste es el que aglutina.

El Sr. Obispo interviene para recordar que es un buen momento para revalorizar el Arciprestazgo y aconseja: a) la constancia, que sea quincenal al menos; b) la necesidad de una buena preparación; c) la importancia de introducir momentos de oración, convivencia y distracción; d) y tener en cuenta el apoyo del Obispo y del Vicario General. También aclara que el Arciprestazgo no sustituye a la Parroquia, ni en la Catequesis ni en Caritas, en cuanto a la autonomía y poder de decisión, y recuerda la idea de que el Arcipreste prolonga el ministerio del Obispo en cuanto a la paternidad.

D. Antonio Lucero, Arcipreste de Chinchón, expone las Prioridades Pastorales, a las que compara con 5 rayos de luz: todo sale y llega a la Eucaristía (cf. n. 21 Plan pastoral de la CEE), remarcando que las Prioridades deben llevar a que el hombre se encuentre con la Gracia y con Jesucristo: llevar luz y vida nueva a los hombres. Hay que despertar a los hermanos de la rutina ya que la santidad de la parroquia depende de la santidad del sacerdote. Todas las prioridades son igualmente necesarias y posibles. Recuerda algunos textos de los documentos EN, VS, NMI, PDV, DCE.

El Sr. Obispo añade que el Arcipreste debe procurar que se vivan las Prioridades y que haya encuentros de Arciprestes en torno a las Prioridades Pastorales.

A continuación D. Joaquín M^a relata su experiencia reciente en Honduras detallando la importancia de la piedad, las confesiones, las catequesis de niños, etc... y plantea la conveniencia de que las “misas de niños” sean “de las familias”, animando al trato personal, porque la homilía no basta y da razones para conservar y aumentar la esperanza ya que cuando la gente se encuentra con Cristo “resucita”.

El último día se dedica a la Ponencia del Obispo sobre la Visita Pastoral según el Directorio para el Ministerio de los Obispos. La experiencia indica que todo lo que se ha subrayado es verdad y ayuda a tener un conocimiento real de la

Diócesis y estrechar vínculos. Pide que los Arciprestes le informen, aconsejen..., sobre las personas y qué decir en cada caso.

a) Sacerdotes: el sacrosanto deber de conocer a los sacerdotes individualmente; insistir más en los encuentros personales.

b) Celebraciones litúrgicas: en la S. I. Catedral la Misa dominical y los grandes momentos y en las otras iglesias de la Diócesis; así se refuerza la necesaria comunión de la Iglesia con la cabeza. La Iglesia orante.

c) Desarrollo. Momentos de desarrollo de la Visita. Conocimiento de la Diócesis directo, real, más que las encuestas.

- Carácter: ¿por qué se hace la Visita? Para reanimar a las personas, felicitar a los que trabajan, renovación de la vida cristiana; relación con las autoridades locales (terrenos, ayudas); determinar mejor las prioridades y medios para la pastoral orgánica. En resumen: es una acción apostólica animada por la caridad pastoral, “sacramental” y “apostólica”.

- Forma: según las disponibilidades de tiempo y lugar. Misa y predicación y, antes, confesiones. Confirmación solemne según las circunstancias. Reunión con el Consejo Pastoral, con el Consejo de Economía, y con personas más comprometidas. Reunión con las Asociaciones de Fieles. Reuniones con los niños, jóvenes, visitar las escuelas; enfermos; visita al cementerio. Reuniones con otros grupos y personas en particular que quieran hablar con el Obispo. Con los religiosos y ofrecer también la posibilidad de hablar con el Obispo privadamente.

- Momentos:

a) preparación.

b) desarrollo.

c) conclusiones

Después del diálogo entre los arciprestes, se lee la respuesta de la Congregación de los Obispos, firmada por el Cardenal Re, sobre el informe quinquenal de la Diócesis de Getafe enviado para la visita *ad limina*.

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

**VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
A MUNICH, ALTÖTTING Y RATISBONA
(9-14 DE SEPTIEMBRE DE 2006)**

**VÍSPERAS MARIANAS CON RELIGIOSOS Y
SEMINARISTAS**

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

**Basílica de Santa Ana de Altötting
Lunes 11 de septiembre de 2006**

Queridos amigos:

En Altötting, en este lugar de gracia, nos hemos reunido -seminaristas que se preparan para el sacerdocio, sacerdotes, religiosas y religiosos, y miembros de la Obra pontificia para las vocaciones de especial consagración- en la basílica de Santa Ana, ante el santuario de su hija, la Madre del Señor. Nos hemos reunido aquí para considerar nuestra vocación al servicio de Jesucristo y comprenderla mejor bajo la mirada de santa Ana, en cuyo hogar maduró la vocación más grande de la historia de la salvación. María recibió su vocación a través del anuncio del ángel.

El ángel no entra de modo visible en nuestra habitación, pero el Señor tiene un plan para cada uno de nosotros, nos llama por nuestro nombre. Por tanto, a nosotros nos toca escuchar, percibir su llamada, ser valientes y fieles para seguirlo, de modo que, al final, nos considere siervos fieles que han aprovechado bien los dones que se nos han concedido.

Sabemos que el Señor busca obreros para su mies. Él mismo lo ha dicho: «La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 37-38). Por eso nos hemos reunido aquí: para dirigir esta petición al Dueño de la mies. Sí, la mies de Dios es grande y espera obreros: en el llamado tercer mundo —América Latina, África y Asia— la gente espera heraldos que les lleven el Evangelio de la paz, la buena nueva de Dios que se hizo hombre.

Pero también en el llamado Occidente, aquí en Alemania, al igual que en las vastas regiones de Rusia, es verdad que la mies podría ser mucha. Sin embargo, hacen falta personas dispuestas a trabajar en la mies de Dios.

Hoy sucede lo mismo que aconteció cuando el Señor se compadeció de las multitudes que parecían ovejas sin pastor, personas que probablemente sabían muchas cosas, pero no sabían cómo orientar bien su vida. ¡Señor, mira la tribulación de nuestro tiempo, que necesita mensajeros del Evangelio, testigos tuyos, personas que señalen el camino que lleva a la «vida en abundancia»! ¡Mira al mundo y compadécete también ahora! ¡Mira al mundo y envía obreros! Con esta petición llamamos a la puerta de Dios; pero con esta misma petición el Señor llama a la puerta de nuestro corazón.

¿Señor, me quieres? ¿No es tal vez demasiado grande para mí? ¿No soy yo demasiado pequeño para esto? «No temas», le dijo el ángel a María. «No temas: (...) te he llamado por tu nombre», nos dice Dios mediante el profeta Isaías (Is 43, 1) a nosotros, a cada uno de nosotros.

¿A dónde vamos, si respondemos «sí» a la llamada del Señor? La descripción más concisa de la misión sacerdotal, que vale análogamente también para las religiosas y los religiosos, nos la ha dado el evangelista san Marcos, que, en el relato de la llamada de los Doce, dice: «Instituyó Doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3, 14). Estar con él y, como enviados, salir al encuentro de la gente: estas dos cosas van juntas y, a la vez, constituyen la esencia de la

vocación espiritual, del sacerdocio. Estar con él y ser enviados son dos cosas inseparables. Sólo quienes están «con él» aprenden a conocerlo y pueden anunciarlo de verdad. Y quienes están con él no pueden retener para sí lo que han encontrado, sino que deben comunicarlo. Es lo que sucedió a Andrés, que le dijo a su hermano Simón: «Hemos encontrado al Mesías» (Jn 1, 41). «Y lo llevó a Jesús», añade el evangelista (Jn 1, 42).

El Papa san Gregorio Magno, en una de sus homilías, dijo una vez que los ángeles de Dios, independientemente de la distancia que recorran en sus misiones, siempre se mueven en Dios. Siempre permanecen con él. Y al hablar de los ángeles, san Gregorio pensaba también en los obispos y los sacerdotes: a dondequiera que vayan, siempre deberían «estar con él». La experiencia confirma que cuando los sacerdotes, debido a sus múltiples deberes, dedican cada vez menos tiempo para estar con el Señor, a pesar de su actividad tal vez heroica, acaban por perder la fuerza interior que los sostiene. Su actividad se convierte en un activismo vacío.

¿Cómo se puede realizar el «estar con él»? Lo primero y lo más importante para el sacerdote es la misa diaria, celebrada siempre con una profunda participación interior. Si la celebramos como verdaderos hombres de oración, si unimos nuestras palabras y nuestras acciones a la Palabra que nos precede y al rito de la celebración eucarística, si en la Comunión de verdad nos dejamos abrazar por él y lo acogemos, entonces estamos con él.

La liturgia de las Horas es otra manera fundamental de estar con él. En ella oramos como personas que necesitan hablar con Dios, pero implicando también a todos los demás que no tienen ni el tiempo ni la posibilidad de hacer esa oración. Para que nuestra celebración eucarística y la liturgia de las Horas estén llenas de significado, debemos dedicarnos siempre de nuevo a la lectura espiritual de la sagrada Escritura; no sólo descifrar y explicar palabras del pasado, sino también buscar la palabra de consuelo que el Señor me está diciendo a mí aquí y ahora. El Señor me interpela hoy por medio de esta palabra. Sólo de esta forma seremos capaces de llevar la Palabra sagrada a los hombres de nuestro tiempo como palabra de Dios actual y viva.

La adoración eucarística es un modo esencial de estar con el Señor. Gracias a mons. Schraml, Altötting ha obtenido una nueva «cámara del tesoro». Donde antes se guardaban tesoros del pasado, objetos preciosos de la historia y de la

piEDAD, se encuentra ahora el lugar para el verdadero tesoro de la Iglesia: la presencia permanente del Señor en el santísimo Sacramento.

En una de sus parábolas el Señor habla del tesoro escondido en el campo. Quien lo encuentra -nos dice- vende todo lo que tiene para poder comprar ese campo, porque el tesoro escondido es más valioso que cualquier otra cosa. El tesoro escondido, el bien superior a cualquier otro bien, es el reino de Dios, es Jesús mismo, el Reino en persona. En la sagrada Hostia está presente él, el verdadero tesoro, siempre accesible para nosotros. Sólo adorando su presencia aprendemos a recibirlo adecuadamente, aprendemos a comulgar, aprendemos desde dentro la celebración de la Eucaristía.

En este contexto, quiero citar unas hermosas palabras de Edith Stein, la santa copatrona de Europa. En una de sus cartas escribe: «El Señor está presente en el sagrario con su divinidad y su humanidad. No está allí por él mismo, sino por nosotros, porque su alegría es estar con los hombres. Y porque sabe que nosotros, tal como somos, necesitamos su cercanía personal. En consecuencia, cualquier persona que tenga pensamientos y sentimientos normales, se sentirá atraída y pasará tiempo con él siempre que le sea posible y todo el tiempo que le sea posible» (Gesammelte Werke VII, 136 f).

Busquemos estar con el Señor. Allí podemos hablar de todo con él. Podemos presentarle nuestras peticiones, nuestras preocupaciones, nuestros problemas, nuestras alegrías, nuestra gratitud, nuestras decepciones, nuestras necesidades y nuestras esperanzas. Allí podemos repetirle constantemente: «Señor, envía obreros a tu mies. Ayúdame a ser un buen obrero en tu viña».

Aquí, en esta basílica, nuestro pensamiento se dirige a María, que vivió su vida completamente «con Jesús» y por consiguiente estuvo y sigue estando totalmente a disposición de los hombres: los exvotos que hay aquí lo demuestran en concreto. Pensamos también en su madre, santa Ana, y con ella en la importancia de las madres y los padres, las abuelas y los abuelos; pensamos en la importancia de la familia como ambiente de vida y oración, en donde se aprende a rezar y donde pueden madurar las vocaciones.

Aquí, en Altötting, pensamos naturalmente, de modo especial, en el hermano Konrad, que renunció a una gran herencia porque quería seguir a Jesucristo sin reservas y estar totalmente con él. Como el Señor recomienda en una de sus pará-

bolas, él escogió el último lugar, el de un humilde fraile portero. En su portería realizó precisamente lo que san Marcos nos dice de los Apóstoles: «estar con él» y «ser enviado» a los hombres. Desde su celda siempre podía mirar hacia el sagrario, «estar con Cristo» siempre. Así, mirando al sagrario, aprendió la bondad ilimitada con la que trataba a la gente, que casi sin cesar llamaba a su puerta, a veces incluso de forma maliciosa, para molestarlo, y a veces de forma impaciente o ruidosa. A todos ellos, por su gran bondad y humanidad, sin grandes palabras, les dio siempre un mensaje más valioso que las mismas palabras. Pidamos al santo hermano Konrad que nos ayude a mantener nuestra mirada fija en el Señor, para llevar el amor de Dios a los hombres. Amén.

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
A MUNICH, ALTÖTTING Y RATISBONA
(9-14 DE SEPTIEMBRE DE 2006)

CEREMONIA DE BIENVENIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Aeropuerto Internacional Franz Joseph Strauss, Munich
Sábado 9 de septiembre de 2006

Señor presidente de la República;
señora cancillera y señor ministro presidente;
señores cardenales;
venerados hermanos en el episcopado;
ilustres señores; amables señoras; queridos compatriotas:

Con profunda emoción piso, por primera vez después de mi elevación a la cátedra de Pedro, tierra alemana bávara. Vuelvo a mi patria, a mi gente, con el programa de visitar algunos lugares que han tenido una importancia fundamental en mi vida. Le doy las gracias, señor presidente de la República, por la cordial bienvenida que me ha brindado. En sus palabras he percibido el eco fiel

de los sentimientos de todo nuestro pueblo. Agradezco a la señora cancillera, doctora Angela Merkel, y al señor ministro presidente, doctor Edmund Stoiber, la amabilidad con que han querido honrar mi llegada a la tierra alemana y bávara. Mi agradecimiento se extiende, además, a los miembros del Gobierno, a las personalidades eclesíásticas, civiles y militares aquí reunidas, así como a todos los que han querido estar presentes para acogerme en esta visita, tan importante para mí.

En mi espíritu se agolpan en este momento muchos recuerdos de los años pasados en Munich y en Ratisbona: son recuerdos de personas y vicisitudes que han dejado en mí una huella profunda. Consciente de lo que he recibido, he venido aquí ante todo para expresar la profunda gratitud que siento hacia todos los que han contribuido a formar mi personalidad en las décadas de mi vida.

Pero estoy aquí también como sucesor del apóstol san Pedro para reafirmar y confirmar los profundos vínculos que existen entre la Sede de Roma y la Iglesia en nuestra patria.

Son vínculos que tienen una historia de siglos, alimentada por la firme adhesión a los valores de la fe cristiana, una adhesión de la que pueden enorgullecerse en especial las regiones bávaras. Lo testimonian monumentos famosos, majestuosas catedrales, estatuas y cuadros de gran valor artístico, obras literarias, iniciativas culturales y sobre todo muchas vicisitudes de personas y comunidades en las que se reflejan las convicciones cristianas de las generaciones que se han sucedido en esta tierra, que yo tanto quiero.

Las relaciones de Baviera con la Santa Sede, aunque ha habido momentos de tensión, siempre se han caracterizado por una respetuosa cordialidad. Además, en las horas decisivas de su historia, el pueblo bávaro siempre ha confirmado su profunda devoción a la Cátedra de Pedro y la firme adhesión a la fe católica. La Columna de María —Mariensäule—, que se eleva en la plaza central de nuestra capital, Munich, es un testimonio elocuente de esa devoción.

El contexto social actual, en muchos aspectos, es diferente del pasado. Sin embargo, creo que todos estamos unidos por la esperanza de que las nuevas generaciones permanezcan fieles al patrimonio espiritual que ha resistido a través de todas las crisis de la historia. Mi visita a la tierra que me vio nacer quiere ser también un aliento en este sentido: Baviera es una parte de Alemania, ha pertenecido a la

historia de Alemania con sus altibajos, y tiene razones para estar orgullosa de las tradiciones que ha heredado del pasado.

Deseo que todos mis compatriotas de Baviera y de toda Alemania participen activamente en la transmisión a los ciudadanos del mañana de los valores fundamentales de la fe cristiana, que nos sostiene a todos y que no divide, sino que abre y acerca a las personas pertenecientes a pueblos, culturas y religiones diferentes.

De buen grado habría ampliado mi visita también a otras partes de Alemania para llegar a todas las Iglesias locales, en particular a aquellas a las que me unen recuerdos personales. En este inicio de pontificado y en el transcurso de todos estos años son muchos los signos de afecto que he recibido de todas partes y especialmente de las diócesis bávaras. Esto me da fuerza día tras día.

Por eso, deseo aprovechar esta ocasión para expresar a todos mi profunda gratitud. También he podido leer y seguir lo que se ha hecho en estas semanas y en estos meses: numerosas personas han contribuido con todas sus fuerzas para que esta visita sea hermosa. Y ahora agradecemos al Señor que nos da también un hermoso cielo bávaro, pues esto nosotros no lo podíamos ordenar.

¡Gracias! Que Dios os recompense por todo lo que se ha hecho en las diversas partes -tendré oportunidad de repetirlo en otras ocasiones- para garantizar un desarrollo sereno de esta visita y de estos días.

Además de saludaros a vosotros, queridos compatriotas -veo aquí ante mí las etapas de mi camino, desde Marktl y Tittmoning hasta Aschau, Traunstein, Ratisbona y Munich-, quiero saludar con gran afecto a los habitantes de Baviera y de toda Alemania: no sólo pienso en los fieles católicos, a quienes se dirige en primer lugar mi visita, sino también a los miembros de otras Iglesias y comunidades eclesiales, en particular a los cristianos evangélicos y ortodoxos. Usted, querido señor presidente de la República, con sus palabras, ha interpretado los pensamientos de mi corazón: aunque quinientos años no se pueden eliminar simplemente con intervenciones burocráticas o con discursos inteligentes, nos comprometeremos con el corazón y con la razón a converger los unos hacia los otros.

Saludo, por último, a los seguidores de otras religiones y a todas las personas de buena voluntad que se interesan por la paz y la tranquilidad del país y del

mundo. Que el Señor bendiga los esfuerzos de todos por la edificación de un futuro de auténtico bienestar y basado en la justicia que crea la paz. Encomiendo estos deseos a la Virgen María, venerada en nuestra tierra con el título de Patrona Bavariae. Lo hago con las palabras clásicas de Jakob Balde, escritas a los pies de la Mariensäule: «Rem regem regimen regionem religionem conserva Bavaris, Virgo Patrona, tuis!», «Conserva a tus bávaros, Virgen patrona, los bienes, la autoridad política, la tierra y la religión».

A todos los presentes un cordial «¡Que Dios os bendiga!».

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
A MUNICH, ALTÖTTING Y RATISBONA
(9-14 DE SEPTIEMBRE DE 2006)

SALUDO DEL SANTO PADRE
ANTE LA MARIENSÄULE - COLUMNA DE MARÍA

Marienplatz, Munich
Sábado 9 de septiembre de 2006

Señora cancillera y señor ministro presidente;
queridos señores cardenales;
queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;
ilustres señores; amables señoras;
queridos hermanos y hermanas:

Para mí es motivo de particular emoción encontrarme de nuevo en esta bellísima plaza a los pies de la Mariensäule, lugar que, como se ha dicho, en otras dos ocasiones ya ha sido testigo de cambios decisivos en mi vida. Aquí, como se ha mencionado, hace treinta años los fieles me acogieron con gran cordialidad y yo puse en manos de la Virgen el camino que debía recorrer, pues el paso de la cátedra universitaria al servicio de arzobispo de Munich y Freising era un salto enorme, y

sólo con esa protección y con el amor perceptible de los habitantes de Munich y de Baviera podía atreverme a asumir ese ministerio sucediendo al cardenal Döpfner.

Después, en 1982, de nuevo me despedí aquí; estuvo presente en esa ocasión el arzobispo de la Congregación para la doctrina de la fe, Hamer, que después sería cardenal, y dijo: «Los habitantes de Munich son como los napolitanos, quieren tocar al arzobispo y lo aman». Le sorprendió ver aquí, en Munich, tanta cordialidad; pudo conocer el corazón bávaro en este lugar, en el que yo, una vez más, me encomendé a la Virgen.

Le agradezco, ilustre y querido señor ministro presidente, las cordiales palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre del Gobierno y del pueblo bávaro. También doy gracias de todo corazón al señor cardenal Friedrich Wetter, mi querido sucesor como pastor de la archidiócesis de Munich y Freising, por las afectuosas palabras con las que me ha saludado. Saludo a la señora cancillera, doctora Angela Merkel, y a todas las personalidades políticas, civiles y militares que han querido participar en este encuentro de bienvenida y oración.

Deseo dirigir un saludo particular a los sacerdotes, en especial a aquellos con los que, como sacerdote y como obispo, pude colaborar en mi diócesis de origen, Munich y Freising. Y quiero saludaros con gran cordialidad y gratitud a todos vosotros, queridos compatriotas reunidos en esta plaza. Os agradezco vuestra cordial acogida bávara y, como ya hice en el aeropuerto, doy las gracias a todos los que han colaborado en la preparación de la visita y que ahora se esmeran para que todo se desarrolle tan bien.

Permitidme evocar en esta ocasión un pensamiento que, en mis breves memorias, desarrollé en el contexto de mi nombramiento como arzobispo de Munich y Freising. Tenía que llegar a ser sucesor de san Corbiniano y así fue. Desde mi infancia me ha fascinado su leyenda, según la cual un oso habría despedazado al caballo del santo durante su viaje por los Alpes. Corbiniano lo reprendió duramente y, como castigo, lo cargó con todo su equipaje para que lo llevase hasta Roma. Así, el oso, cargado con el fardo del santo, tuvo que caminar hasta Roma y sólo allí Corbiniano lo dejó en libertad.

Cuando, en 1977, me encontré ante la difícil opción de aceptar o rechazar el nombramiento de arzobispo de Munich y Freising, que me sacaría de mi acostumbrada actividad universitaria llevándome hacia nuevas tareas y nuevas respon-

sabilidades, reflexioné mucho. Entonces me acordé de este oso y de la interpretación de los versículos 22 y 23 del salmo 73 que desarrolló san Agustín, en una situación muy parecida a la mía, en el contexto de su ordenación sacerdotal y episcopal, y que después expresaría en sus sermones sobre los Salmos.

En este salmo, el salmista se pregunta por qué con frecuencia les va bien a los impíos de este mundo y por qué, en cambio, les va tan mal a muchas personas buenas. Entonces, el salmista dice: era un tonto cuando pensaba así; estaba ante ti como un asno, pero después entré en el santuario y comprendí que precisamente en mis dificultades estaba muy cerca de ti y que tú estabas siempre conmigo.

San Agustín, con amor, retomó con frecuencia este Salmo y, viendo en la expresión «estaba ante ti como un asno» (*iumentum* en latín) una referencia al animal de tiro que entonces se utilizaba en el norte de África para arar la tierra, se reconoció a sí mismo en este «*iumentum*» como animal de tiro de Dios, se vio como alguien que está bajo el peso de su cargo, la «*sarcina episcopalis*». Había escogido la vida del hombre dedicado al estudio y, como dice después, Dios lo había llamado a ser un «animal de tiro», un buen buey que tira del arado en el campo de Dios, que realiza el trabajo duro que se le encomienda. Pero luego reconoce: del mismo modo que el animal de tiro está muy cerca del campesino, al trabajar bajo su guía, así también yo estoy muy cerca de Dios, pues de este modo le sirvo directamente para la edificación de su reino, para la construcción de la Iglesia.

Con el telón de fondo de este pensamiento del obispo de Hipona, el oso de san Corbiniano me sigue estimulando siempre a realizar mi servicio con alegría y confianza —hace treinta años y también ahora en mi nuevo encargo—, pronunciando día tras día mi «sí» a Dios: Me he convertido para ti como en un animal de tiro, pero así «yo estoy siempre contigo» (Sal 73, 23). El oso de san Corbiniano, en Roma, quedó en libertad. En mi caso, el «Amo» ha dispuesto de otro modo. Por tanto, me encuentro de nuevo al pie de la Mariensäule para implorar la intercesión y la bendición de la Madre de Dios, no sólo para la ciudad de Munich y para la amada Baviera, sino para la Iglesia universal y para todos los hombres de buena voluntad.

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
A MUNICH, ALTÖTTING Y RATISBONA
(9-14 DE SEPTIEMBRE DE 2006)

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Explanada de la Nueva Feria de Munich
Domingo 10 de septiembre de 2006

Queridos hermanos y hermanas:

Ante todo quisiera saludaros una vez más a todos con afecto: como ya he dicho, me alegra poder encontrarme de nuevo entre vosotros y celebrar juntamente con vosotros la santa misa. Me alegra poder visitar una vez más los lugares que me son familiares y que han ejercido un influjo decisivo en mi vida, formando mi pensamiento y mis sentimientos, los lugares en los que aprendí a creer y a vivir. Es una ocasión para expresar mi gratitud a todas las personas -vivas y muertas- que me han guiado y acompañado. Doy gracias a Dios por esta hermosa patria y por las personas que me la han hecho patria.

Acabamos de escuchar las tres lecturas bíblicas que la liturgia de la Iglesia ha elegido para este domingo. Todas ellas desarrollan un tema doble, que en el fondo es un único tema, acentuando un aspecto u otro según las circunstancias. Las

tres lecturas hablan de Dios como centro de la realidad y centro de nuestra vida personal. «Mirad a vuestro Dios», dice el profeta Isaías en la primera lectura (Is 35, 4). La carta de Santiago y el pasaje del Evangelio dicen a su modo lo mismo. Quieren guiarnos hacia Dios, llevándonos por el camino recto de la vida.

Sin embargo, al tema de Dios va unido el tema social: nuestra responsabilidad recíproca, nuestra responsabilidad para que reine la justicia y el amor en el mundo. Esto se expresa de modo dramático en la segunda lectura, en la que nos habla Santiago, un pariente cercano de Jesús. Se dirige a una comunidad en la que algunos comienzan a ser soberbios, porque en ella se encuentran también personas acomodadas y distinguidas, mientras existe el peligro de que disminuya la preocupación por el derecho de los pobres.

Santiago, en sus palabras, deja intuir la imagen de Jesús, del Dios que se hizo hombre y, a pesar de ser descendiente de David, es decir, de linaje real, se hizo un hombre como los demás; no se sentó en un trono, sino que al final murió en la pobreza extrema de la cruz. El amor al prójimo, que es en primer lugar preocupación por la justicia, es el metro para medir la fe y el amor a Dios. Santiago lo llama «ley regia» (St 2, 8), dejando vislumbrar la palabra preferida de Jesús: la realeza de Dios, la soberanía de Dios.

Esto no indica un reino cualquiera, que llegará más tarde o más temprano; significa que Dios debe llegar a ser ahora la fuerza decisiva para nuestra vida y nuestro obrar. Esto es lo que pedimos cuando oramos: «Venga a nosotros tu reino». No pedimos algo lejano, que en el fondo nosotros mismos ni siquiera deseamos experimentar. Por el contrario, pedimos que la voluntad de Dios determine ahora nuestra voluntad y así Dios reine en el mundo; pedimos, por consiguiente, que la justicia y el amor se transformen en las fuerzas decisivas en el orden del mundo.

Esa oración, como es natural, se dirige en primer lugar a Dios, pero también toca nuestro corazón. En el fondo, ¿lo deseamos de verdad? ¿Estamos orientando nuestra vida en esa dirección? A la «ley regia», la ley de la realeza de Dios, Santiago la llama también «ley de la libertad»: si todos pensamos y vivimos según Dios, entonces somos todos iguales, somos libres, y así nace la verdadera fraternidad. Isaías, en la primera lectura, al hablar de Dios —«Mirad a vuestro Dios»— habla al mismo tiempo de la salvación para los que sufren, y Santiago, hablando del orden social como expresión irrenunciable de nuestra fe, lógicamente también habla de Dios, del que somos hijos.

Pero ahora vamos a centrar nuestra atención en el evangelio, que narra la curación de un sordomudo por obra de Jesús. También aquí encontramos de nuevo dos aspectos del único tema. Jesús se dedica a los que sufren, a los marginados de la sociedad. Los cura y, abriéndoles así la posibilidad de vivir y decidir juntamente con los demás, los introduce en la igualdad y en la fraternidad.

Esto, como es obvio, nos atañe también a todos nosotros: Jesús nos señala a todos la dirección de nuestro obrar, nos dice cómo debemos actuar. Sin embargo, todo el episodio presenta también otra dimensión, que los Padres de la Iglesia pusieron de relieve con insistencia y que también nos concierne de modo especial a nosotros hoy. Los Padres hablan de los hombres y para los hombres de su tiempo. Pero lo que dicen nos atañe de modo nuevo también a los hombres modernos.

No sólo existe la sordera física, que en gran medida aparta al hombre de la vida social. Existe un defecto de oído con respecto a Dios, y lo sufrimos especialmente en nuestro tiempo. Nosotros, simplemente, ya no logramos escucharlo; son demasiadas las frecuencias diversas que ocupan nuestros oídos. Lo que se dice de él nos parece pre-científico, ya no parece adecuado a nuestro tiempo. Con el defecto de oído, o incluso la sordera, con respecto a Dios, naturalmente perdemos también nuestra capacidad de hablar con él o a él. Sin embargo, de este modo nos falta una percepción decisiva. Nuestros sentidos interiores corren el peligro de atrofiarse. Al faltar esa percepción, queda limitado, de un modo drástico y peligroso, el radio de nuestra relación con la realidad en general. El horizonte de nuestra vida se reduce de modo preocupante.

El evangelio nos narra que Jesús metió sus dedos en los oídos del sordomudo, puso un poco de su saliva en la lengua del enfermo y dijo: «Effetá», «Ábrete». El evangelista nos conservó la palabra aramea original que pronunció Jesús en esa ocasión, remontándonos así directamente a ese momento. Lo que allí se nos relata es algo excepcional y, sin embargo, no pertenece a un pasado lejano: eso mismo lo realiza Jesús a menudo, de modo nuevo, también hoy.

En nuestro bautismo él realizó sobre nosotros ese gesto de tocar y dijo: «Effetá», «Ábrete», para hacernos capaces de escuchar a Dios y para devolvernos la posibilidad de hablarle a él. Pero este acontecimiento, el sacramento del bautismo, no tiene nada de mágico. El bautismo abre un camino.

Nos introduce en la comunidad de los que son capaces de escuchar y de hablar; nos introduce en la comunión con Jesús mismo, el único que ha visto a Dios y que, por consiguiente, ha podido hablar de él (cf. Jn 1, 18): mediante la fe, Jesús quiere compartir con nosotros su ver a Dios, su escuchar al Padre y hablar con él. El camino de los bautizados debe ser un proceso de desarrollo progresivo, en el que crecemos en la vida de comunión con Dios, adquiriendo así también una mirada diversa sobre el hombre y sobre la creación.

El evangelio nos invita a caer en la cuenta de que tenemos un defecto en nuestra capacidad de percepción, una carencia que al principio no reconocemos como tal, porque precisamente todo lo demás se nos impone con su urgencia y racionalidad; porque, aunque ya no tengamos oídos para escuchar a Dios ni ojos para verlo, aunque vivamos sin él, aparentemente todo se desarrolla de un modo normal. Pero, ¿es verdad que todo se desarrolla de un modo normal cuando Dios falta en nuestra vida y en nuestro mundo?

Antes de plantear más preguntas, quisiera referir algunas de mis experiencias en los encuentros con los obispos de todo el mundo. La Iglesia católica en Alemania es excelente en sus actividades sociales, en su disponibilidad a ayudar en todos los lugares donde existan necesidades. Durante sus visitas ad limina, los obispos, recientemente los de África, me hablan siempre con gratitud de la generosidad de los católicos alemanes y me piden que me haga intérprete de esta gratitud; y es lo que quisiera hacer ahora públicamente.

También los obispos de los países bálticos, que vinieron antes de las vacaciones, me explicaron que los católicos alemanes les han ayudado con gran generosidad para la reconstrucción de sus iglesias, muy deterioradas a causa de las décadas de dominio comunista. De vez en cuando, sin embargo, algún obispo africano me decía: «Si presento a Alemania proyectos sociales, encuentro inmediatamente las puertas abiertas. Pero si voy con un proyecto de evangelización, más bien encuentro reservas».

Como es obvio, algunos piensan que los proyectos sociales se han de promover con la máxima urgencia, mientras que las cosas que conciernen a Dios, o incluso la fe católica, son más bien particulares y menos prioritarias. Sin embargo, la experiencia de esos obispos es precisamente que la evangelización debe tener la precedencia; que es necesario hacer que se conozca, se ame y se crea en el Dios de Jesucristo; que hay que convertir los corazones, para que exista también progreso

en el campo social, para que se inicie la reconciliación, para que se pueda combatir por ejemplo el sida afrontando de verdad sus causas profundas y curando a los enfermos con la debida atención y con amor.

La cuestión social y el Evangelio son realmente inseparables. Si damos a los hombres sólo conocimientos, habilidades, capacidades técnicas e instrumentos, les damos demasiado poco. En ese caso, sobrevienen pronto los mecanismos de la violencia, y prevalece la capacidad de destruir y matar, el afán de conseguir el poder, un poder que debería llevar más tarde o más temprano al establecimiento del derecho, pero que en realidad nunca será capaz de lograrlo.

De este modo se aleja cada vez más la posibilidad de la reconciliación, del compromiso común en favor de la justicia y del amor. Entonces se pierden los criterios según los cuales la técnica se pone al servicio del derecho y del amor. Pero precisamente todo depende de estos criterios, que no son sólo teorías, sino que iluminan el corazón, haciendo así que la razón y la acción avancen por el camino recto.

Las poblaciones de África y de Asia ciertamente admiran las realizaciones técnicas de Occidente y nuestra ciencia, pero se asustan ante un tipo de razón que excluye totalmente a Dios de la visión del hombre, considerando que esta es la forma más sublime de la razón, la que conviene enseñar también a sus culturas. La verdadera amenaza para su identidad no la ven en la fe cristiana, sino en el desprecio de Dios y en el cinismo que considera la mofa de lo sagrado un derecho de la libertad y eleva la utilidad a criterio supremo para los futuros éxitos de la investigación.

Queridos amigos, este cinismo no es el tipo de tolerancia y apertura cultural que los pueblos esperan y que todos deseamos. La tolerancia que necesitamos con urgencia incluye el temor de Dios, el respeto de lo que es sagrado para el otro. Pero este respeto de lo que los demás consideran sagrado exige que nosotros mismos aprendamos de nuevo el temor de Dios. Este sentido de respeto sólo puede renovarse en el mundo occidental si crece de nuevo la fe en Dios, si Dios está de nuevo presente para nosotros y en nosotros.

Nuestra fe no la imponemos a nadie. Este tipo de proselitismo es contrario al cristianismo. La fe sólo puede desarrollarse en la libertad. Pero a la libertad de los hombres pedimos que se abra a Dios, que lo busque, que lo escuche. Nosotros,

aquí reunidos, pedimos al Señor con todo nuestro corazón que pronuncie de nuevo su «Effetá», que cure nuestro defecto de oído con respecto a Dios, a su acción y a su palabra, y que nos haga capaces de ver y de escuchar. Le pedimos que nos ayude a volver a encontrar la palabra de la oración, a la que nos invita en la liturgia y cuya fórmula esencial nos enseñó en el padrenuestro.

El mundo necesita a Dios. Nosotros necesitamos a Dios. ¿Qué Dios necesitamos? En la primera lectura, el profeta se dirige a un pueblo oprimido, diciendo: «Llegará la venganza de Dios» (Is 35, 4). Nosotros podemos fácilmente intuir cómo se imaginaba la gente esa venganza. Pero el profeta mismo revela luego en qué consiste: en la bondad de Dios, que vendrá a sanarlos. Y la explicación definitiva de las palabras del profeta la encontramos en Aquel que murió por nosotros en la cruz: en Jesús, el Hijo de Dios encarnado, que aquí nos contempla con tanta insistencia. Su «venganza» es la cruz: el «no» a la violencia, el «amor hasta el extremo».

Este es el Dios que necesitamos. No faltamos al respeto a las demás religiones y culturas, no faltamos al respeto a su fe, si confesamos en voz alta y sin medios términos a aquel Dios que opuso su sufrimiento a la violencia, que ante el mal y su poder eleva su misericordia como límite y superación. A él dirigimos nuestra súplica, para que esté en medio de nosotros y nos ayude a ser sus testigos creíbles. Amén.

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
A MUNICH, ALTÖTTING Y RATISBONA
(9-14 DE SEPTIEMBRE DE 2006)

CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Catedral de Munich
Domingo 10 de septiembre de 2006

Queridos niños de primera Comunión;
queridos padres y educadores;
queridos hermanos y hermanas:

La lectura que acabamos de escuchar es un pasaje del último libro de los escritos del Nuevo Testamento, el llamado Apocalipsis. Al vidente se le concede una mirada hacia lo alto, al cielo, y hacia adelante, al futuro. Pero precisamente así habla también de la tierra y del presente, de nuestra vida. En efecto, durante nuestra vida todos estamos en camino, avanzando hacia el futuro. Y queremos encontrar el camino recto: descubrir la vida verdadera, no acabar en un callejón sin salida o en el desierto. No queremos vernos obligados a decir al final: tomé un camino equivo-

cado, mi vida ha sido un fracaso, me salió mal. Queremos gozar de la vida. Como dijo Jesús en cierta ocasión, queremos «tener vida en abundancia».

Pero escuchemos ahora al vidente del Apocalipsis. ¿Qué nos ha dicho en el pasaje que se acaba de leer? Habla de un mundo reconciliado, de un mundo en el que se encuentran reunidos con alegría hombres «de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas» (Ap 7, 9). Entonces nos preguntamos: «¿Cómo puede suceder esto? ¿Cuál es el camino que lleva a esto?».

Pues bien, lo primero, lo más importante, es: esas personas viven con Dios; como dice nuestra lectura, Dios ha extendido «su tienda sobre ellos» (Ap 7, 15). Entonces nos preguntamos: «¿Cuál es esta «tienda de Dios»? ¿Dónde se encuentra? ¿Cómo podemos llegar a ella?». El vidente, tal vez, alude al primer capítulo del evangelio según san Juan, donde se lee: «Y el Verbo se hizo carne y puso su tienda entre nosotros» (Jn 1, 14).

Dios no está lejos de nosotros, en algún lugar muy distante del universo, a donde nadie puede llegar. Él ha puesto su tienda entre nosotros: en Jesús se ha hecho uno de nosotros, con carne y sangre como nosotros. Esta es su tienda. Y en la Ascensión no se fue a algún lugar lejos de nosotros. Su tienda, él mismo con su cuerpo, permanece entre nosotros como uno de nosotros.

Podemos hablarle de tú y dialogar con él. Él nos escucha y, si estamos atentos, percibiremos también que nos responde.

Repito: en Jesús es Dios quien pone su tienda entre nosotros. Pero también pregunto de nuevo: ¿Dónde acontece eso? A esta pregunta nuestra lectura da dos respuestas. Dice que los hombres reconciliados «han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero» (Ap 7, 14). Esto nos suena muy raro a nosotros. En el lenguaje cifrado del vidente eso constituye una alusión al bautismo. La referencia a «la sangre del Cordero» alude al amor de Jesús que él conservó hasta su muerte cruenta. Este amor divino y a la vez humano es el baño en el que nos sumerge en el bautismo, el baño con el que nos lava, dejándonos así tan limpios que somos aptos para Dios, que podemos vivir en su compañía.

Ahora bien, el acto del bautismo es sólo un inicio. Caminando con Jesús, en la fe y en la vida con él, su amor nos toca para purificarnos y hacernos luminosos. Hemos escuchado que en el baño del amor las vestiduras se han blanqueado. Se-

gún la idea del mundo antiguo, el blanco era el color de la luz. Las vestiduras blancas significan que en la fe nos transformamos en luz, abandonamos las tinieblas, la mentira, el engaño, el mal en general, y nos transformamos en personas luminosas, adecuadas para Dios. El vestido bautismal, como el de la primera Comunión que lleváis, nos lo recuerda, diciéndonos: mediante la convivencia con Jesús y con la comunidad de los creyentes, con la Iglesia, tú mismo transfórmate en una persona luminosa, en una persona de verdad y bondad, una persona en la que se refleje el esplendor del bien, de la bondad de Dios mismo.

El vidente nos da, también con lenguaje cifrado, una segunda respuesta a la pregunta «¿Dónde encontramos a Jesús?». Dice que el Cordero guía a la muchedumbre de personas de toda cultura y nación a las fuentes de agua viva. Sin agua no hay vida. Lo sabían bien esas personas cuya patria confinaba con el desierto. Así el agua de las fuentes se convertía para ellas en el símbolo por excelencia de la vida.

El Cordero, es decir, Jesús guía a los hombres a las fuentes de la vida. De estas fuentes forma parte la sagrada Escritura, en la que Dios nos habla y nos enseña cómo debemos vivir. Pero a estas fuentes pertenece mucho más: en verdad, la auténtica fuente es Jesús mismo, en el que Dios se nos da. Y esto lo hace sobre todo en la sagrada Comunión, en la que, por decirlo así, podemos beber directamente de la fuente de la vida: viene a nosotros y se une a cada uno de nosotros.

Como podemos constatar, mediante la Eucaristía, el sacramento de la Comunión, se forma una comunidad que rebasa todos los confines y abraza todas las lenguas -lo vemos aquí: están presentes obispos de todas las lenguas y de todas las partes del mundo-; mediante la comunión se forma la Iglesia universal, en la que Dios habla y vive con nosotros. De este modo debemos recibir la sagrada Comunión: como encuentro con Jesús, con Dios mismo, que nos guía a las fuentes de la verdadera vida.

Queridos padres, quisiera exhortaros encarecidamente a ayudar a vuestros hijos a creer, a acompañarlos en su camino hacia la primera Comunión, un camino que sigue también después, a acompañarlos en su camino hacia Jesús y con Jesús. Os pido que vayáis con vuestros hijos a la iglesia para participar en la celebración eucarística del domingo. Veréis que no es perder el tiempo; al contrario, es lo que mantiene verdaderamente unida a la familia, dándole su centro. Si participáis juntos en la liturgia dominical, el domingo resulta más hermoso, toda la semana resulta más hermosa.

Y, por favor, rezad juntos también en casa: a la mesa y antes de acostarse. La oración no sólo nos lleva hacia Dios; también nos lleva los unos a los otros. Es una fuerza de paz y de alegría. Si Dios está presente en ella y se experimenta su cercanía en la oración, la vida en la familia se hace más feliz y adquiere una dimensión mayor.

Queridos profesores de religión y queridos educadores, os pido de corazón que tengáis presente en la escuela la búsqueda de Dios, del Dios que en Jesucristo se nos hizo visible. Sé que en nuestro mundo pluralista es difícil afrontar en la escuela el discurso sobre la fe. Pero no basta que los niños y los jóvenes adquieran en la escuela únicamente conocimientos y habilidades técnicas, sin recibir los criterios que dan orientación y sentido a los conocimientos y a las habilidades. Estimulad a los alumnos a hacer preguntas no sólo sobre esto o aquello —aunque esto sea ciertamente bueno—, sino principalmente sobre «de dónde» viene y «a dónde» va nuestra vida. Ayudadles a darse cuenta de que todas las respuestas que no llegan a Dios son demasiado cortas.

Queridos pastores de almas y todos vosotros que colaboráis en la parroquia, os pido que hagáis todo lo posible para que la parroquia sea una patria interior para la gente, una gran familia, en la que experimenten a la vez esta familia aún más amplia que es la Iglesia universal, aprendiendo mediante la liturgia, mediante la catequesis y mediante todas las manifestaciones de la vida parroquial, a caminar juntos por la senda de la vida verdadera.

Los tres lugares de formación -la familia, la escuela y la parroquia- van juntos y nos ayudan a encontrar el camino hacia las fuentes de la vida y, queridos niños, queridos padres, queridos educadores, todos deseamos de verdad «la vida en abundancia». Amén.

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
A MUNICH, ALTÖTTING Y RATISBONA
(9-14 DE SEPTIEMBRE DE 2006)

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Plaza del santuario mariano de Altötting
Lunes 11 de septiembre de 2006

Queridos hermanos en el ministerio episcopal y sacerdotal;
queridos hermanos y hermanas:

En la primera lectura, en el salmo responsorial y en el pasaje evangélico de hoy, se nos presenta tres veces y en forma siempre diferente a María, la Madre del Señor, como una mujer que ora. En el libro de los Hechos de los Apóstoles la encontramos en medio de la comunidad de los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, invocando al Señor, que ascendió al Padre, para que cumpla su promesa: «Seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días» (Hch 1, 5). María guía a la Iglesia naciente en la oración; es casi la Iglesia orante en persona. Y así, juntamente con la gran comunidad de los santos y como su centro, está también hoy ante Dios intercediendo por nosotros, pidiendo a su Hijo que envíe su Espíritu una vez más a la Iglesia y al mundo, y que renueve la faz de la tierra.

Hemos respondido a esta lectura cantando con María el gran himno de alabanza que ella entonó cuando Isabel la llamó bienaventurada a causa de su fe. Es una oración de acción de gracias, de alegría en Dios, de bendición por sus grandes hazañas. El tenor de este himno es claro desde sus primeras palabras: «Proclama mi alma la grandeza del Señor». Proclamar la grandeza del Señor significa darle espacio en el mundo, en nuestra vida, permitirle entrar en nuestro tiempo y en nuestro obrar: esta es la esencia más profunda de la verdadera oración. Donde se proclama la grandeza de Dios, el hombre no queda empequeñecido: allí también el hombre queda engrandecido y el mundo resulta luminoso.

Por último, en el pasaje evangélico, María pide a su Hijo un favor para unos amigos que pasan dificultades. A primera vista, esto puede parecer una conversación enteramente humana entre la Madre y su Hijo; y, en efecto, también es un diálogo lleno de profunda humanidad. Pero María no se dirige a Jesús simplemente como a un hombre, contando con su habilidad y disponibilidad a ayudar. Ella confía una necesidad humana a su poder, a un poder que supera la habilidad y la capacidad humanas.

En este diálogo con Jesús la vemos realmente como Madre que pide, que intercede. Conviene profundizar un poco en este pasaje del evangelio, para entender mejor a Jesús y a María, y también para aprender de María el modo correcto de orar. María propiamente no hace una petición a Jesús; simplemente le dice: «No tienen vino» (Jn 2, 3). Las bodas en Tierra Santa se celebraban durante una semana entera; todo el pueblo participaba y, por consiguiente, se consumía mucho vino. Los esposos se encuentran en dificultades y María simplemente se lo dice a Jesús. No le pide nada en particular, y mucho menos, que Jesús utilice su poder, que realice un milagro produciendo vino. Simplemente informa a Jesús y le deja decidir lo que conviene hacer.

Así pues, en las sencillas palabras de la Madre de Jesús podemos apreciar dos cosas: por una parte, su afectuosa solicitud por los hombres, la atención maternal que la lleva a percibir los problemas de los demás. Vemos su cordial bondad y su disponibilidad a ayudar. Esta es la Madre a la que tantas personas, desde hace muchas generaciones, han venido aquí a Altötting en peregrinación. A ella confiamos nuestras preocupaciones, nuestras necesidades y nuestras dificultades. Aquí aparece, por primera vez en la sagrada Escritura, la bondad y disponibilidad a ayudar de la Madre, en la que confiamos. Pero además de este primer aspecto, que a todos nos resulta muy familiar, hay otro, que podría pasarnos fácilmente desaper-

cibido: María lo deja todo al juicio de Dios. En Nazaret, entregó su voluntad, sumergiéndola en la de Dios: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Esta sigue siendo su actitud fundamental. Así nos enseña a rezar: no querer afirmar ante Dios nuestra voluntad y nuestros deseos, por muy importantes o razonables que nos parezcan, sino presentárselos a él y dejar que él decida lo que quiera hacer. De María aprendemos la bondad y la disposición a ayudar, pero también la humildad y la generosidad para aceptar la voluntad de Dios, confiando en él, convencidos de que su respuesta, sea cual sea, será lo mejor para nosotros.

Podemos comprender muy bien la actitud y las palabras de María, pero nos resulta difícil entender la respuesta de Jesús. Para comenzar, no nos gusta la palabra con que se dirige a ella: «Mujer».

¿Por qué no le dice «Madre»? En realidad, este título expresa el lugar que ocupa María en la historia de la salvación. Remite al futuro, a la hora de la crucifixión, cuando Jesús le dirá: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», «Hijo, ahí tienes a tu madre» (cf. Jn 19, 26-27). Por tanto, indica anticipadamente la hora en que él convertirá a la mujer, a su Madre, en Madre de todos sus discípulos. Por otra parte, ese título evoca el relato de la creación de Eva: Adán, en medio de la creación, con toda su magnificencia, como ser humano se siente solo. Entonces Dios crea a Eva, y en ella Adán encuentra la compañera que buscaba y le da el nombre de «mujer». Así, en el evangelio según san Juan, María representa la mujer nueva, la mujer definitiva, la compañera del Redentor, nuestra Madre: ese título, en apariencia poco afectuoso, expresa realmente la grandeza de su misión perenne.

Nos gusta menos aún lo que Jesús dice luego a María en Caná: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora» (Jn 2, 4). Quisiéramos objetar: ¡tienes mucho con ella! Fue ella quien te dio la carne y la sangre, tu cuerpo; y no sólo tu cuerpo: con su «sí», que pronunció desde lo más hondo de su corazón, ella te engendró en su vientre; con amor maternal te dio la vida y te introdujo en la comunidad del pueblo de Israel.

Si así le hablamos a Jesús, ya vamos por buen camino para entender su respuesta. Porque todo esto debe hacernos recordar que en el contexto de la encarnación de Jesús hay dos diálogos que van juntos y se funden, se hacen uno. Está ante todo el diálogo de María con el arcángel Gabriel, en el que ella dice: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Pero existe un texto paralelo a este, podríamos

decir un diálogo dentro de Dios, que se encuentra recogido en la carta a los Hebreos, cuando dice que las palabras del salmo 40 son como un diálogo entre el Padre y el Hijo, un diálogo con el que se inicia la Encarnación. El Hijo eterno dice al Padre: «Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. (...) He aquí que vengo (...) para hacer, oh Dios, tu voluntad» (Hb 10, 5-7; cf. Sal 40, 6-8).

El «sí» del Hijo —«He aquí que vengo para hacer tu voluntad»— y el «sí» de María —«Hágase en mí según tu palabra»— se convierten en un único «sí». De esta manera el Verbo se hace carne en María. En este doble «sí» la obediencia del Hijo se hace cuerpo, María con su «sí» le da el cuerpo. «¿Qué tengo yo contigo, mujer?». La relación más profunda que tienen Jesús y María es este doble «sí», gracias a cuya coincidencia se realizó la encarnación. Con su respuesta nuestro Señor alude a este punto de su profundísima unidad. A él remite a su Madre. Ahí, en este común «sí» a la voluntad del Padre, se encuentra la solución. También nosotros debemos aprender a encaminarnos hacia este punto; ahí encontraremos la respuesta a nuestras preguntas.

Partiendo de ahí comprendemos ahora también la segunda frase de la respuesta de Jesús: «Todavía no ha llegado mi hora». Jesús nunca actúa solamente por sí mismo; nunca actúa para agradar a los otros. Actúa siempre partiendo del Padre, y esto es precisamente lo que lo une a María, porque ahí, en esa unidad de voluntad con el Padre, ha querido poner también ella su petición. Por eso, después de la respuesta de Jesús, que parece rechazar la petición, ella sorprendentemente puede decir a los servidores con sencillez: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5).

Jesús no hace un prodigio, no juega con su poder en un asunto que, en el fondo, es totalmente privado. No; él realiza un signo, con el que anuncia su hora, la hora de las bodas, la hora de la unión entre Dios y el hombre. Él no se limita a «producir» vino, sino que transforma las bodas humanas en una imagen de las bodas divinas, a las que el Padre invita mediante el Hijo y en las que da la plenitud del bien, representada por la abundancia del vino. Las bodas se convierten en imagen del momento en que Jesús lleva su amor hasta el extremo, permite que le desgarran el cuerpo, y así se entrega a nosotros para siempre, se hace uno con nosotros: bodas entre Dios y el hombre.

La hora de la cruz, la hora de la que brota el Sacramento, en el que él se nos da realmente en carne y sangre, pone su cuerpo en nuestras manos y en nuestro corazón; esta es la hora de las bodas.

Así, de un modo verdaderamente divino, se resuelve la necesidad del momento y se rebasa ampliamente la petición inicial. La hora de Jesús no ha llegado aún, pero en el signo de la conversión del agua en vino, en el signo del don festivo, anticipa su hora ya en este momento.

Su «hora» es la cruz; su hora definitiva será su vuelta al final de los tiempos. Él anticipa continuamente esta hora definitiva precisamente en la Eucaristía, en la cual ya ahora viene siempre. Y lo sigue haciendo siempre por intercesión de su Madre, por intercesión de la Iglesia, que lo invoca en las plegarias eucarísticas: «¡Ven, Señor Jesús!». En el canon, la Iglesia implora siempre nuevamente esta anticipación de la «hora», pide que venga ya ahora y se entregue a nosotros.

Así queremos dejarnos guiar por María, por la Madre de las gracias de Altötting, por la Madre de todos los fieles, hacia la «hora» de Jesús. Pidámosle a él el don de reconocerlo y comprenderlo cada vez más. Y no nos limitemos a recibirlo sólo en el momento de la Comunión. Él permanece presente en la Hostia santa y nos espera continuamente. En Altötting la adoración del Señor en la Eucaristía ha encontrado un lugar nuevo en la antigua capilla del tesoro. María y Jesús siempre van juntos. Mediante ella queremos permanecer en diálogo con el Señor, aprendiendo así a recibirlo mejor.

¡Santa Madre de Dios, ruega por nosotros, como rogaste en Caná por los esposos! Guíanos siempre hacia Jesús. Amén.

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
A MUNICH, ALTÖTTING Y RATISBONA
(9-14 DE SEPTIEMBRE DE 2006)

SANTA MISA EN LA EXPLANADA DE ISLING

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Ratisbona, martes 12 de septiembre de 2006

Queridos hermanos en el ministerio episcopal y sacerdotal;
queridos hermanos y hermanas:

«El que cree nunca está solo». Permitidme repetir una vez más el lema de estos días y expresar mi alegría porque podemos verlo realizado aquí: la fe nos reúne y nos regala una fiesta. Nos da la alegría en Dios, la alegría por la creación y por estar juntos. Sé que esta fiesta ha requerido mucho empeño y mucho trabajo previo. Por las noticias de los periódicos he podido conocer un poco cuántas personas han dedicado su tiempo y sus fuerzas para preparar esta explanada de un modo tan digno; gracias a ellos está la cruz aquí, sobre la colina, como signo de Dios para la paz del mundo; los caminos de entrada y de salida están libres; la seguridad y el orden están garantizados; se han preparado alojamientos, etc.

No podía imaginar -e incluso ahora lo sé sólo sucintamente- cuánto trabajo, hasta los mínimos detalles, ha sido necesario para que pudiéramos reunirnos todos hoy aquí. Por todo ello quiero decir sencillamente: «¡Gracias de todo corazón!». Que el Señor os lo pague todo y que la alegría que ahora podemos experimentar gracias a vuestra preparación vuelva centuplicada a cada uno de vosotros.

Me conmovió conocer cuántas personas, especialmente de las escuelas profesionales de Weiden y Amberg, así como empresas y particulares, hombres y mujeres, han colaborado para embellecer mi casa y mi jardín. Me emociona tanta bondad, y también en este caso quiero decir solamente un humilde «¡gracias!» por este esfuerzo. No habéis hecho todo esto por un hombre, por mi pobre persona; en definitiva, lo habéis hecho por la solidaridad de la fe, impulsados por el amor a Cristo y a la Iglesia. Todo esto es un signo de verdadera humanidad, que brota de haber sido tocados por Jesucristo.

Nos hemos reunido para una fiesta de la fe. Ahora, sin embargo, surge la pregunta: ¿Pero qué es lo que creemos en realidad? ¿Qué significa creer? ¿Puede existir todavía, de hecho, algo así en el mundo moderno? Viendo las grandes «Sumas» de teología redactadas en la Edad Media o pensando en la cantidad de libros escritos cada día a favor o contra la fe, podemos sentir la tentación de desalentarnos y pensar que todo esto es demasiado complicado. Al final, por ver los árboles, ya no se ve el bosque.

Es verdad: la visión de la fe abarca el cielo y la tierra; el pasado, el presente, el futuro, la eternidad; por ello no se puede agotar jamás. Ahora bien, en su núcleo es muy sencilla. El Señor mismo habló de ella con el Padre diciendo: «Has revelado estas cosas a los pequeños, a los que son capaces de ver con el corazón» (cf. Mt 11, 25). La Iglesia, por su parte, nos ofrece una pequeña «Suma», en la cual se expresa todo lo esencial: es el así llamado «Credo de los Apóstoles». Se divide normalmente en doce artículos, como el número de los Apóstoles, y habla de Dios, creador y principio de todas las cosas; de Cristo y de su obra de la salvación, hasta la resurrección de los muertos y la vida eterna. Pero en su concepción de fondo, el Credo sólo se compone de tres partes principales y, según su historia, no es sino una amplificación de la fórmula bautismal, que el Señor resucitado entregó a los discípulos para todos los tiempos cuando les dijo: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19).

Esta visión demuestra dos cosas: en primer lugar, que la fe es sencilla. Creemos en Dios, principio y fin de la vida humana. En el Dios que entra en relación con nosotros, los seres humanos; que es nuestro origen y nuestro futuro. Así, la fe es al mismo tiempo esperanza, es la certeza de que tenemos un futuro y de que no caeremos en el vacío. Y la fe es amor, porque el amor de Dios quiere «contagiarnos». Esto es lo primero: nosotros simplemente creemos en Dios, y esto lleva consigo también la esperanza y el amor.

La segunda constatación es la siguiente: el Credo no es un conjunto de afirmaciones, no es una teoría. Está, precisamente, anclado en el acontecimiento del bautismo, un acontecimiento de encuentro entre Dios y el hombre. Dios, en el misterio del bautismo, se inclina hacia el hombre; sale a nuestro encuentro y así también nos acerca los unos a los otros. Porque el bautismo significa que Jesucristo, por decirlo así, nos adopta como hermanos y hermanas suyos, acogiéndonos así como hijos en la familia de Dios. Por consiguiente, de este modo hace de todos nosotros una gran familia en la comunidad universal de la Iglesia. Sí, el que cree nunca está solo. Dios nos sale al encuentro.

Encaminémonos también nosotros hacia Dios, pues así nos acercaremos los unos a los otros. En la medida de nuestras posibilidades, no dejemos solo a ninguno de los hijos de Dios.

Creemos en Dios. Esta es nuestra opción fundamental. Pero, nos preguntamos de nuevo: ¿es posible esto aún hoy? ¿Es algo razonable? Desde la Ilustración, al menos una parte de la ciencia se dedica con empeño a buscar una explicación del mundo en la que Dios sería superfluo. Y si eso fuera así, Dios sería inútil también para nuestra vida. Pero cada vez que parecía que este intento había tenido éxito, inevitablemente resultaba evidente que las cuentas no cuadran. Las cuentas sobre el hombre, sin Dios, no cuadran; y las cuentas sobre el mundo, sobre todo el universo, sin él no cuadran. En resumidas cuentas, quedan dos alternativas: ¿Qué hay en el origen? La Razón creadora, el Espíritu creador que obra todo y suscita el desarrollo, o la Irracionalidad que, carente de toda razón, produce extrañamente un cosmos ordenado de modo matemático, así como el hombre y su razón. Esta, sin embargo, no sería más que un resultado casual de la evolución y, por tanto, en el fondo, también algo irracional.

Los cristianos decimos: «Creo en Dios Padre, Creador del cielo y de la tierra», creo en el Espíritu Creador. Creemos que en el origen está el Verbo eterno,

la Razón y no la Irracionalidad. Con esta fe no tenemos necesidad de escondernos, no debemos tener miedo de encontrarnos con ella en un callejón sin salida. Nos alegra poder conocer a Dios. Y tratamos de hacer ver también a los demás la racionalidad de la fe, como san Pedro exhortaba explícitamente, en su primera carta (cf. 1 P 3, 15), a los cristianos de su tiempo, y también a nosotros.

Creemos en Dios. Lo afirman las partes principales del Credo y lo subraya sobre todo su primera parte. Pero ahora surge inmediatamente la segunda pregunta: ¿en qué Dios? Pues bien, creemos precisamente en el Dios que es Espíritu Creador, Razón creadora, del que proviene todo y del que provenimos también nosotros.

La segunda parte del Credo nos dice algo más. Esta Razón creadora es Bondad. Es Amor. Tiene un rostro. Dios no nos deja andar a tientas en la oscuridad. Se ha manifestado como hombre. Es tan grande que se puede permitir hacerse muy pequeño. «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre», dice Jesús (Jn 14, 9). Dios ha asumido un rostro humano. Nos ama hasta el punto de dejarse clavar por nosotros en la cruz, para llevar los sufrimientos de la humanidad hasta el corazón de Dios. Hoy, que conocemos las patologías y las enfermedades mortales de la religión y de la razón, las destrucciones de la imagen de Dios a causa del odio y del fanatismo, es importante decir con claridad en qué Dios creemos y profesar con convicción este rostro humano de Dios. Sólo esto nos impide tener miedo a Dios, un sentimiento que en definitiva es la raíz del ateísmo moderno. Sólo este Dios nos salva del miedo del mundo y de la ansiedad ante el vacío de la propia vida. Sólo mirando a Jesucristo, nuestro gozo en Dios alcanza su plenitud, se hace gozo redimido. Durante esta solemne celebración de la Eucaristía dirijamos nuestra mirada al Señor, que está aquí ante nosotros clavado en la cruz, y pidámosle el gran gozo que él prometió a sus discípulos en el momento de su despedida (cf. Jn 16, 24).

La segunda parte del Credo concluye con la perspectiva del Juicio final, y la tercera parte con la de la resurrección de los muertos. Juicio: ¿se nos quiere infundir de nuevo el miedo con esta palabra? Pero, ¿acaso no deseamos todos que un día se haga justicia a todos los condenados injustamente, a cuantos han sufrido a lo largo de la vida y han muerto después de una vida llena de dolor? ¿Acaso no queremos todos que el exceso de injusticia y sufrimiento, que vemos en la historia, al final desaparezca; que todos en definitiva puedan gozar, que todo cobre sentido?

Este triunfo de la justicia, esta unión de tantos fragmentos de historia que parecen carecer de sentido, integrándose en un todo en el que dominen la verdad y

el amor, es lo que se entiende con el concepto de Juicio del mundo. La fe no quiere infundirnos miedo; pero quiere llamarnos a la responsabilidad. No debemos desperdiciar nuestra vida, ni abusar de ella; tampoco debemos conservarla sólo para nosotros mismos. Ante la injusticia no debemos permanecer indiferentes, siendo conniventes o incluso cómplices. Debemos percibir nuestra misión en la historia y tratar de corresponder a ella. No se trata de miedo, sino de responsabilidad; se necesita responsabilidad y preocupación por nuestra salvación y por la salvación de todo el mundo. Cada uno debe contribuir a esto. Pero cuando la responsabilidad y la preocupación tiendan a convertirse en miedo, recordemos las palabras de san Juan: «Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo» (1 Jn 2, 1). «En caso de que nos condene nuestra conciencia, Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo» (1 Jn 3, 20).

Celebramos hoy la fiesta del «Nombre de María». A quienes llevan este nombre —mi mamá y mi hermana lo llevaban, como ha recordado el Obispo— quisiera expresarles mi más cordial felicitación por su onomástico. María, la Madre del Señor, recibió del pueblo fiel el título de «Abogada», pues es nuestra abogada ante Dios. Desde las bodas de Caná la conocemos como la mujer benigna, llena de solicitud materna y de amor, la mujer que percibe las necesidades ajenas y, para ayudar, las lleva ante el Señor.

Hoy hemos escuchado en el evangelio cómo el Señor la entrega como Madre al discípulo predilecto y, en él, a todos nosotros. En todas las épocas los cristianos han acogido con gratitud este testamento de Jesús, y junto a la Madre han encontrado siempre la seguridad y la confiada esperanza que nos llenan de gozo en Dios y en nuestra fe en él.

Acojamos también nosotros a María como la estrella de nuestra vida, que nos introduce en la gran familia de Dios. Sí, el que cree nunca está solo. Amén.

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
A MUNICH, ALTÖTTING Y RATISBONA
(9-14 DE SEPTIEMBRE DE 2006)

ENCUENTRO CON EL MUNDO DE LA CULTURA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Universidad de Ratisbona
Martes 12 de septiembre de 2006

Fe, razón y universidad.
Recuerdos y reflexiones

Eminencias;
rectores magníficos;
excelencias;
ilustres señores; amables señoras:

Para mí es un momento emocionante encontrarme de nuevo en esta universidad y poder impartir una vez más una lección magistral. A la vez, mi pensamiento vuelve a aquellos años en los que, tras un hermoso período en el Instituto superior

de Freising, inicié mi actividad de profesor académico en la universidad de Bonn. Era el año 1959, cuando la antigua universidad todavía tenía profesores ordinarios. Para las cátedras no existían ni asistentes ni dactilógrafos, pero en compensación había un contacto muy directo con los alumnos y sobre todo entre los profesores. Nos reuníamos antes y después de las clases en las salas de los profesores. Los contactos con los historiadores, los filósofos, los filólogos y naturalmente también entre las dos facultades teológicas eran muy estrechos. Una vez cada semestre había un *dies academicus*, en el que los profesores de todas las facultades se presentaban ante los estudiantes de toda la universidad, haciendo así posible una experiencia de *universitas* —algo a lo que hace poco también ha aludido usted, señor rector—; es decir, la experiencia de que nosotros, a pesar de todas las especializaciones, que a veces nos impiden comunicarnos entre nosotros, formamos un todo y trabajamos en el todo de la única razón con sus diferentes dimensiones, colaborando así también en la responsabilidad común por el recto uso de la razón. Se trataba de una experiencia viva.

Sin duda, la universidad también se sentía orgullosa de sus dos facultades teológicas. Estaba claro que también ellas, interrogándose sobre la racionalidad de la fe, realizan un trabajo que necesariamente forma parte del «todo» de la *universitas scientiarum*, aunque no todos podían compartir la fe, por cuya correlación con la razón común se esfuerzan los teólogos. Esta cohesión interior en el cosmos de la razón no se alteró ni siquiera cuando, en cierta ocasión, se supo que uno de los profesores había dicho que en nuestra universidad había algo extraño: dos facultades que se ocupaban de algo que no existía, de Dios. En el conjunto de la universidad existía la convicción, que nadie ponía en discusión, de que incluso frente a un escepticismo tan radical seguía siendo necesario y razonable interrogarse sobre Dios por medio de la razón y que se debía hacer en el contexto de la tradición de la fe cristiana.

Recordé todo esto recientemente cuando leí la parte editada por el profesor Theodore Khoury (Münster) del diálogo que el docto emperador bizantino Manuel II Paleólogo, tal vez en los cuarteles de invierno del año 1391 en Ankara, mantuvo con un persa culto sobre el cristianismo y el islam, y sobre la verdad de ambos. Probablemente fue el mismo emperador quien anotó, durante el asedio de Constantinopla entre 1394 y 1402, ese diálogo. Así se explica que sus razonamientos se recojan mucho más detalladamente que las respuestas de su interlocutor persa. El diálogo se extiende a todo el ámbito de las estructuras de la fe contenidas en la Biblia y en el Corán, y se detiene sobre todo en la imagen de Dios y del

hombre, pero necesariamente también en la relación entre las «tres Leyes», como se decía, o tres «órdenes de vida»: Antiguo Testamento, Nuevo Testamento y Corán. No quiero hablar ahora de eso en este discurso; sólo quisiera aludir a un aspecto —más bien marginal en la estructura de todo el diálogo— que, en el contexto del tema «fe y razón» me ha fascinado y que servirá como punto de partida para mis reflexiones sobre este tema.

En el séptimo coloquio (ἑβδόμη, controversia) editado por el profesor Khoury, el emperador toca el tema de la «yihad», la guerra santa. Seguramente el emperador sabía que en la sura 2, 256 está escrito: «Ninguna constricción en las cosas de fe». Según dicen los expertos, es una de las suras del período inicial, en el que Mahoma mismo aún no tenía poder y estaba amenazado. Pero, naturalmente, el emperador conocía también las disposiciones, desarrolladas sucesivamente y fijadas en el Corán, acerca de la guerra santa.

Sin detenerse en detalles, como la diferencia de trato entre los que poseen el «Libro» y los «incrédulos», con una brusquedad que nos sorprende, se dirige a su interlocutor simplemente con la pregunta central sobre la relación entre religión y violencia en general, diciendo: «Muéstrame también lo que Mahoma ha traído de nuevo, y encontrarás solamente cosas malas e inhumanas, como su directriz de difundir por medio de la espada la fe que predicaba».

El emperador, después de pronunciarse de un modo tan duro, explica luego minuciosamente las razones por las cuales la difusión de la fe mediante la violencia es algo irracional. La violencia está en contraste con la naturaleza de Dios y la naturaleza del alma. «Dios no se complace con la sangre —dice—; no actuar según la razón (λόγος) es contrario a la naturaleza de Dios. La fe es fruto del alma, no del cuerpo. Por tanto, quien quiere llevar a otra persona a la fe necesita la capacidad de hablar bien y de razonar correctamente, y no recurrir a la violencia ni a las amenazas. (...) Para convencer a un alma razonable no hay que recurrir al propio brazo ni a instrumentos contundentes ni a ningún otro medio con el que se pueda amenazar de muerte a una persona».

En esta argumentación contra la conversión mediante la violencia, la afirmación decisiva es: no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios. El editor, Theodore Khoury, comenta: para el emperador, como bizantino educado en la filosofía griega, esta afirmación es evidente. En cambio, para la doctrina musulmana, Dios es absolutamente trascendente. Su voluntad no está vinculada a nin-

guna de nuestras categorías, ni siquiera a la de la racionalidad. En este contexto Khoury cita una obra del conocido islamista francés R. Arnaldez, quien observa que Ibn Hazm llega a decir que Dios no estaría vinculado ni siquiera por su misma palabra y que nada le obligaría a revelarnos la verdad. Si fuese su voluntad, el hombre debería practicar incluso la idolatría.

Aquí se abre, en la comprensión de Dios y por tanto en la realización concreta de la religión, un dilema que hoy nos plantea un desafío muy directo. La convicción de que actuar contra la razón está en contradicción con la naturaleza de Dios, ¿es solamente un pensamiento griego o vale siempre y por sí mismo? Pienso que en este punto se manifiesta la profunda concordancia entre lo que es griego en el mejor sentido y lo que es fe en Dios según la Biblia.

Modificando el primer versículo del libro del Génesis, el primer versículo de toda la sagrada Escritura, san Juan comenzó el prólogo de su Evangelio con las palabras: «En el principio existía el $\epsilon\tilde{\upsilon}\tilde{\nu}\tilde{\alpha}\tilde{\nu}$ ». Esta es exactamente la palabra que usa el emperador: Dios actúa $\acute{\omicron}\tilde{\omicron}\tilde{\iota}\tilde{\nu}$, con logos. Logos significa tanto razón como palabra, una razón que es creadora y capaz de comunicarse, pero precisamente como razón. Así san Juan nos dio la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios, la palabra en la que todos los caminos a menudo arduos y tortuosos de la fe bíblica alcanzan su meta, encuentran su síntesis.

En el principio existía el logos, y el logos es Dios, nos dice el evangelista. El encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no era una simple casualidad. La visión de san Pablo, ante quien se habían cerrado los caminos de Asia y que en sueños vio un macedonio que le suplicaba: «Pasa a Macedonia y ayúdanos» (cf. Hch 16, 6-10), puede interpretarse como una «condensación» de la necesidad intrínseca de un acercamiento entre la fe bíblica y la filosofía griega.

En realidad, este acercamiento ya había comenzado desde hacía mucho tiempo. Ya el nombre misterioso de Dios, pronunciado desde la zarza ardiente, que distingue a este Dios del conjunto de las divinidades con múltiples nombres afirmando sólo su «Yo soy», su ser, en comparación con el mito es una respuesta con la que está en íntima analogía el intento de Sócrates de vencer y superar al mito mismo. El proceso iniciado junto a la zarza alcanza, dentro del Antiguo Testamento, una nueva madurez durante el destierro, donde el Dios de Israel, entonces privado de la tierra y del culto, se anuncia como el Dios del cielo y de la tierra, presentándose con una simple fórmula que prolonga las palabras de la zarza: «Yo soy».

Juntamente con este nuevo conocimiento de Dios se da una especie de ilustración, que se expresa drásticamente con la burla de las divinidades que no son sino obra de las manos del hombre (cf. Sal 115). De este modo, a pesar de toda la dureza del desacuerdo con los soberanos helenísticos, que querían obtener con la fuerza la adecuación al estilo de vida griego y a su culto idolátrico, la fe bíblica, durante la época helenística, salía interiormente al encuentro de lo mejor del pensamiento griego, hasta llegar a un contacto recíproco que después se dio especialmente en la literatura sapiencial tardía.

Hoy sabemos que la traducción griega del Antiguo Testamento, realizada en Alejandría —la Biblia de los «Setenta»—, es algo más que una simple traducción del texto hebreo (sobre la cual habría que dar quizá un juicio poco positivo): en efecto, es un testimonio textual en sí mismo y un importante paso específico de la historia de la Revelación, en el cual se realizó este encuentro de un modo que tuvo un significado decisivo para el nacimiento del cristianismo y su divulgación. En el fondo, se trata del encuentro entre fe y razón, entre auténtica ilustración y religión. Partiendo verdaderamente de la íntima naturaleza de la fe cristiana y, al mismo tiempo, de la naturaleza del pensamiento griego ya fundido con la fe, Manuel II podía decir: No actuar «con el logos» es contrario a la naturaleza de Dios.

Por honradez, en este punto es preciso anotar que, en la tardía Edad Media, en la teología se desarrollaron tendencias que rompen esta síntesis entre espíritu griego y espíritu cristiano. En contraposición al así llamado intelectualismo agustiniano y tomista, con Juan Duns Escoto comenzó un planteamiento voluntarista que, tras sucesivos desarrollos, llevó al final a la afirmación de que sólo conoceríamos de Dios la voluntas ordinata. Más allá de esta existiría la libertad de Dios, en virtud de la cual él habría podido crear y hacer también lo contrario de todo lo que efectivamente ha hecho.

Aquí se perfilan posiciones que, sin lugar a dudas, pueden acercarse a las de Ibn Hazm y podrían llevar incluso a la imagen de un Dios arbitrario, que no está vinculado ni siquiera a la verdad y al bien. La trascendencia y la diversidad de Dios se acentúan de una manera tan exagerada, que incluso nuestra razón, nuestro sentido de la verdad y del bien dejan de ser un auténtico espejo de Dios, cuyas posibilidades abismales permanecen para nosotros eternamente inalcanzables y escondidas tras sus decisiones efectivas.

En contraposición a esa visión, la fe de la Iglesia se ha atenido siempre a la convicción de que entre Dios y nosotros, entre su eterno Espíritu creador y nuestra

razón creada, existe una verdadera analogía, en la que ciertamente —como dice el IV concilio de Letrán, en el año 1215— las diferencias son infinitamente más grandes que las semejanzas, pero a pesar de ello no llegan a abolir la analogía y su lenguaje. Dios no se hace más divino por el hecho de que lo alejemos de nosotros con un voluntarismo puro e impenetrable; el Dios verdaderamente divino es el Dios que se ha manifestado como logos y ha actuado y actúa como logos lleno de amor por nosotros. Ciertamente el amor, como dice san Pablo, «rebasa» el conocimiento y por eso es capaz de percibir más que el simple pensamiento (cf. Ef 3, 19); sin embargo, sigue siendo el amor del Dios-Logos, por lo cual el culto cristiano, como dice también san Pablo, es *ἡ ἀληθεύσα λατρεία*, un culto que concuerda con el Verbo eterno y con nuestra razón (cf. Rm 12, 1).

Este acercamiento interior recíproco, que se ha dado entre la fe bíblica y el planteamiento filosófico del pensamiento griego, es un dato de importancia decisiva no sólo desde el punto de vista de la historia de las religiones, sino también desde el de la historia universal, un dato que se nos impone también hoy. Teniendo en cuenta este encuentro, no es sorprendente que el cristianismo, a pesar de su origen y de cierto importante desarrollo en Oriente, haya encontrado por fin su huella históricamente decisiva en Europa. Podemos expresarlo también al contrario: este encuentro, al que se une sucesivamente el patrimonio de Roma, creó a Europa y permanece como fundamento de lo que, con razón, se puede llamar Europa.

A la tesis según la cual el patrimonio griego, críticamente purificado, forma parte integrante de la fe cristiana se opone la pretensión de la deshelenización del cristianismo, pretensión que desde el inicio de la época moderna domina cada vez más la investigación teológica. Si se analiza con esmero, se pueden observar tres oleadas en el programa de la deshelenización: aunque están vinculadas entre sí, son claramente distintas la una de la otra en sus motivaciones y en sus objetivos.

La deshelenización surge al inicio en conexión con los postulados de la Reforma del siglo XVI. Considerando la tradición de las escuelas teológicas, los reformadores se veían ante una sistematización de la fe condicionada totalmente por la filosofía, es decir, ante una determinación de la fe desde el exterior en virtud de una manera de pensar que no derivaba de ella. Así la fe ya no aparecía como palabra histórica viva, sino como un elemento insertado en la estructura de un sistema filosófico.

La sola Scriptura, en cambio, busca la forma pura primordial de la fe, tal como está presente originariamente en la Palabra bíblica. La metafísica se presenta como un presupuesto que deriva de otra fuente, de la que es preciso liberar la fe para que vuelva a ser totalmente lo que era. Con su afirmación de que había tenido que renunciar a pensar para dejar espacio a la fe, Kant actuó según este programa con un radicalismo que los reformadores no pudieron prever. De este modo, ancló la fe exclusivamente en la razón práctica, negándole el acceso a toda la realidad.

La teología liberal de los siglos XIX y XX aportó una segunda oleada en el programa de la deshelenización; su representante más destacado es Adolf von Harnack. En mis años de estudio y en los primeros años de mi actividad académica, este programa ejercía un gran influjo también en la teología católica. Como punto de partida se utilizaba la distinción que Pascal hizo entre el Dios de los filósofos y el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. En mi discurso inaugural en Bonn, en 1959, traté de afrontar este asunto y no quiero repetir aquí todo lo que dije en aquella ocasión, pero me gustaría tratar de poner de relieve, al menos brevemente, la novedad que caracterizaba esta segunda oleada de deshelenización con respecto a la primera.

La idea central de Harnack era sencillamente volver al hombre Jesús y a su mensaje fundamental, anterior a todas las elucubraciones de la teología y, precisamente, también antes de las helenizaciones: este mensaje fundamental constituiría la verdadera culminación del desarrollo religioso de la humanidad. Jesús habría acabado con el culto sustituyéndolo con la moral. En definitiva, se presentaba a Jesús como padre de un mensaje moral humanitario.

El objetivo de Harnack, en el fondo, era hacer que el cristianismo estuviera en armonía con la razón moderna, precisamente librándolo de elementos aparentemente filosóficos y teológicos, como por ejemplo la fe en la divinidad de Cristo y en la trinidad de Dios. En este sentido, la exégesis histórico-crítica del Nuevo Testamento, en su visión, volvió a situar la teología en el cosmos de la universidad: para Harnack, la teología es algo esencialmente histórico y, por tanto, estrictamente científico. Lo que investiga sobre Jesús mediante la crítica es, por decirlo así, expresión de la razón práctica y en consecuencia también se puede sostener en el conjunto de la universidad.

En el trasfondo subyace la autolimitación moderna de la razón, expresada de un modo clásico en las «críticas» de Kant, pero mientras tanto radicalizada ulteriormente por el pensamiento de las ciencias naturales. Este concepto moderno de

la razón se basa, por decirlo brevemente, en una síntesis entre platonismo (cartesianismo) y empirismo, confirmada por el éxito de la técnica.

Por una parte, se presupone la estructura matemática de la materia, por decirlo así, su racionalidad intrínseca, que hace posible comprenderla y utilizarla en su eficacia práctica: este presupuesto de fondo es, por decirlo así, el elemento platónico en el concepto moderno de la naturaleza. Por otra, se trata de la posibilidad de explotar la naturaleza para nuestros propósitos, y en este caso sólo la posibilidad de controlar la verdad o la falsedad a través de la experimentación puede llevar a la certeza decisiva. El peso entre los dos polos, dependiendo de las circunstancias, puede estar más en uno que en otro. Un pensador tan fuertemente positivista como J. Monod se declaró platónico convencido.

Esto implica dos orientaciones fundamentales para nuestra cuestión. Sólo el tipo de certeza que deriva de la sinergia de matemática y método empírico puede considerarse científica. Lo que pretenda ser ciencia tiene que confrontarse con este criterio. De este modo, también las ciencias referidas al hombre, como la historia, la psicología, la sociología y la filosofía, trataban de acercarse a este canon de valor científico. Por lo demás, para nuestras reflexiones es importante constatar que el método como tal excluye el problema de Dios, presentándolo como un problema a-científico o pre-científico. Pero así nos encontramos ante una reducción del ámbito de la ciencia y de la razón que es preciso poner en discusión.

Volveré más tarde sobre este asunto. Por el momento basta tener presente que en un intento, a la luz de esta perspectiva, de conservar a la teología el carácter de disciplina «científica», del cristianismo no quedaría más que un miserable fragmento. Pero debemos decir más: si la ciencia en su conjunto es sólo esto, entonces el hombre mismo sufriría una reducción, pues los interrogantes propiamente humanos, es decir, «de dónde» viene y «a dónde» va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la «ciencia» entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo. El sujeto, basándose en su experiencia, decide lo que considera sostenible en el ámbito religioso, y la «conciencia» subjetiva se convierte, en definitiva, en la única instancia ética.

Sin embargo, de este modo la ética y la religión pierden su poder de crear una comunidad y se convierten en un asunto totalmente personal. La situación que se crea es peligrosa para la humanidad, como se puede constatar en las patologías

que amenazan a la religión y la razón, patologías que necesariamente deben explotar cuando la razón se reduce hasta tal punto que las cuestiones de la religión y la ética ya no le interesan. Lo que queda de esos intentos de construir una ética partiendo de las reglas de la evolución, de la psicología o de la sociología, es simplemente insuficiente.

Antes de llegar a las conclusiones a las que lleva todo este razonamiento, quiero referirme brevemente a la tercera oleada de la deshelenización, que se está difundiendo actualmente. Teniendo en cuenta el encuentro entre múltiples culturas, se suele decir hoy que la síntesis con el helenismo, realizada en la Iglesia antigua, fue una primera inculturación, que no debería ser vinculante para las demás culturas. Estas deberían tener derecho a volver atrás hasta el punto anterior a esa inculturación, para descubrir el mensaje fundamental del Nuevo Testamento e inculturarlo de nuevo en sus ambientes particulares.

Esta tesis no está totalmente equivocada, pero es torpe e imprecisa. En efecto, el Nuevo Testamento fue escrito en griego e implica el contacto con el espíritu griego, un contacto que había madurado en el desarrollo precedente del Antiguo Testamento. Ciertamente, en el proceso de formación de la Iglesia antigua hay elementos que no deben integrarse en todas las culturas. Sin embargo, las decisiones fundamentales que atañen precisamente a la relación de la fe con la búsqueda de la razón humana forman parte de la fe misma y son sus desarrollos, acordes con su naturaleza.

Así llego a la conclusión. Este intento, realizado sólo a grandes rasgos, de crítica de la razón moderna desde su interior, de ninguna manera incluye la opinión de que hay que regresar al período anterior a la Ilustración, rechazando las convicciones de la época moderna. Se debe reconocer sin reservas lo que tiene de positivo el desarrollo moderno del espíritu: todos nos sentimos agradecidos por las maravillosas posibilidades que ha abierto al hombre y por los progresos que se han logrado en el campo humano.

Por lo demás, la ética de la investigación científica —como ha aludido usted, rector magnífico—, debe implicar una voluntad de obediencia a la verdad y, por tanto, debe ser expresión de una actitud que forma parte de las decisiones esenciales del espíritu cristiano. Por consiguiente, nuestra intención no es retirarnos o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso. Porque, mientras nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humani-

dad, también vemos los peligros que emergen de estas posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos. Sólo lo lograremos si la razón y la fe se vuelven a encontrar unidas de un modo nuevo, si superamos la limitación, autodecretada, de la razón a lo que se puede verificar con la experimentación, y le abrimos nuevamente toda su amplitud. En este sentido, la teología, no sólo como disciplina histórica y ciencia humana, sino como teología auténtica, es decir, como ciencia que se interroga sobre la razón de la fe, debe encontrar espacio en la universidad y en el amplio diálogo de las ciencias.

Sólo así se puede entablar un auténtico diálogo entre las culturas y las religiones, un diálogo que necesitamos con urgencia. En el mundo occidental está muy difundida la opinión según la cual sólo la razón positivista y las formas de la filosofía derivadas de ella son universales. Pero las culturas profundamente religiosas del mundo consideran que precisamente esta exclusión de lo divino de la universalidad de la razón constituye un ataque a sus convicciones más íntimas. Una razón que sea sorda a lo divino y que relegue la religión al ámbito de las subculturas, es incapaz de entrar en el diálogo de las culturas. Con todo, como he tratado de demostrar, la razón moderna propia de las ciencias naturales, con su elemento platónico intrínseco, conlleva un interrogante que la trasciende, como trasciende las posibilidades de su método.

La razón moderna tiene que aceptar sencillamente la estructura racional de la materia y la correspondencia entre nuestro espíritu y las estructuras racionales que actúan en la naturaleza como un dato de hecho, en el que se basa su método. Pero de hecho se plantea la pregunta sobre el porqué de este dato, y las ciencias naturales deben dejar que respondan a ella otros niveles y otros modos de pensar, es decir, la filosofía y la teología.

Para la filosofía y, de modo diferente, para la teología, escuchar las grandes experiencias y convicciones de las tradiciones religiosas de la humanidad, especialmente las de la fe cristiana, constituye una fuente de conocimiento; no aceptar esta fuente de conocimiento sería una grave limitación de nuestra escucha y nuestra respuesta.

Aquí me vienen a la mente unas palabras que Sócrates dijo a Fedón. En los diálogos anteriores se habían referido muchas opiniones filosóficas erróneas; y entonces Sócrates dice: «Sería fácilmente comprensible que alguien, a quien le molestaran todas estas opiniones erróneas, desdeñara durante el resto de su vida y se

burlara de toda conversación sobre el ser; pero de esta forma renunciaría a la verdad de la existencia y sufriría una gran pérdida».

Occidente, desde hace mucho, está amenazado por esta aversión contra los interrogantes fundamentales de su razón, y así sólo puede sufrir una gran pérdida. La valentía para abrirse a la amplitud de la razón, y no la negación de su grandeza, es el programa con el que una teología comprometida en la reflexión sobre la fe bíblica entra en el debate de nuestro tiempo. «No actuar según la razón, no actuar con el logos, es contrario a la naturaleza de Dios», dijo Manuel II, partiendo de su imagen cristiana de Dios, respondiendo a su interlocutor persa. En el diálogo de las culturas invitamos a nuestros interlocutores a este gran logos, a esta amplitud de la razón. Redescubrirla constantemente nosotros mismos es la gran tarea de la universidad.

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
A MUNICH, ALTÖTTING Y RATISBONA
(9-14 DE SEPTIEMBRE DE 2006)

ENCUENTRO CON LOS SACERDOTES Y DIÁCONOS
PERMANENTES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Catedral de Santa María y San Corbiniano, Freising
Jueves 14 de septiembre de 2006

Queridos hermanos en el ministerio episcopal y sacerdotal;
queridos hermanos y hermanas:

Para mí este es un momento de alegría y de viva gratitud por todo lo que he podido experimentar y recibir durante esta visita pastoral. Tanta cordialidad, tanta fe, tanta alegría en Dios, ha sido una experiencia que me ha conmovido profundamente y será para mí fuente de nueva energía. Gratitud en particular porque ahora, al final, he podido volver una vez más a la catedral de Freising, viéndola en su nuevo esplendor. Expreso mi agradecimiento al cardenal Wetter, a los otros dos obispos bávaros y a todos los que han colaborado. Doy gracias a la Providencia por haber

hecho posible la restauración de la catedral, que se presenta ahora con esta nueva belleza.

Ahora que me encuentro en esta catedral, me vienen a la memoria muchos recuerdos al ver a antiguos compañeros y a jóvenes sacerdotes que transmiten el mensaje, la antorcha de la fe. Me vienen recuerdos de mi ordenación, a la que ha aludido el cardenal Wetter: cuando estaba yo postrado en tierra y en cierto modo envuelto por las letanías de todos los santos, por la intercesión de todos los santos, caí en la cuenta de que en este camino no estamos solos, sino que el gran ejército de los santos camina con nosotros, y los santos aún vivos, los fieles de hoy y de mañana, nos sostienen y nos acompañan.

Luego vino el momento de la imposición de las manos... y, por último, cuando el cardenal Faulhaber nos dijo: «Iam non dico vos servos, sed amicos», «Ya no os llamo siervos, sino amigos», experimenté la ordenación sacerdotal como inserción en la comunidad de los amigos de Jesús, llamados a estar con él y a anunciar su mensaje. Luego, el recuerdo de que yo mismo aquí ordené a sacerdotes y diáconos, que ahora trabajan al servicio del Evangelio y durante muchos años —ya son decenios— han transmitido el mensaje y lo siguen haciendo.

Y pienso naturalmente en las procesiones de san Corbiniano. Entonces existía la costumbre de abrir el relicario. Y dado que el obispo tenía su sede detrás de la urna, yo podía mirar directamente el cráneo de san Corbiniano y así me veía en la procesión de los siglos que recorre el itinerario de la fe: podía ver que, en la procesión de los tiempos, también nosotros podemos caminar haciendo que avance hacia el futuro, algo que resultaba claro cuando el cortejo pasaba por el claustro cercano, donde se hallaban reunidos muchos niños, a los que yo bendecía haciéndoles en la frente la señal de la cruz.

En este momento volvemos a hacer esa experiencia: estamos en procesión, en la peregrinación del Evangelio; juntos podemos ser peregrinos y guías de esta peregrinación y, siguiendo a los que han seguido a Cristo, juntamente con ellos lo seguimos a él y así entramos en la luz.

Pasando ya propiamente a la homilía, quisiera tratar sólo dos puntos. El primero está tomado del evangelio que se acaba de proclamar, un pasaje que todos ya hemos escuchado, interpretado y meditado en nuestro corazón muchas veces. «La mies es mucha», dice el Señor. Y cuando dice «es mucha» no se refiere sólo a

aquel momento y a aquellos caminos de Palestina por los que peregrinaba durante su vida terrena; sus palabras valen también para nuestro tiempo. Eso significa: en el corazón de los hombres crece una mies. Eso significa, una vez más: en lo más profundo de su ser esperan a Dios; esperan una orientación que sea luz, que indique el camino. Esperan una palabra que sea más que una simple palabra. Se trata de una esperanza, una espera del amor que, más allá del instante presente, nos sostenga y acoja eternamente. La mies es mucha y necesita obreros en todas las generaciones. Y para todas las generaciones, aunque de modo diferente, valen siempre también las otras palabras: «Los obreros son pocos».

«Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande obreros». Eso significa: la mies existe, pero Dios quiere servirse de los hombres, para que la lleven a los graneros. Dios necesita hombres. Necesita personas que digan: «Sí, estoy dispuesto a ser tu obrero en esta mies, estoy dispuesto a ayudar para que esta mies que ya está madurando en el corazón de los hombres pueda entrar realmente en los graneros de la eternidad y se transforme en perenne comunión divina de alegría y amor».

«Rogad, pues, al Dueño de la mies» quiere decir también: no podemos «producir» vocaciones; deben venir de Dios. No podemos reclutar personas, como sucede tal vez en otras profesiones, por medio de una propaganda bien pensada, por decirlo así, mediante estrategias adecuadas. La llamada, que parte del corazón de Dios, siempre debe encontrar la senda que lleva al corazón del hombre.

Con todo, precisamente para que llegue al corazón de los hombres, también hace falta nuestra colaboración. Ciertamente, pedir eso al Dueño de la mies significa ante todo orar por ello, sacudir su corazón, diciéndole: «Hazlo, por favor. Despierta a los hombres. Enciende en ellos el entusiasmo y la alegría por el Evangelio. Haz que comprendan que este es el tesoro más valioso que cualquier otro, y que quien lo descubre debe transmitirlo».

Nosotros sacudimos el corazón de Dios. Pero no sólo se ora a Dios mediante las palabras de la oración; también es preciso que las palabras se transformen en acción, a fin de que de nuestro corazón brote luego la chispa de la alegría en Dios, de la alegría por el Evangelio, y suscite en otros corazones la disponibilidad a dar su «sí». Como personas de oración, llenas de su luz, llegamos a los demás e, implicándolos en nuestra oración, los hacemos entrar en el radio de la presencia de Dios, el cual hará después su parte.

En este sentido queremos seguir orando siempre al Dueño de la mies, sacudir su corazón y, juntamente con Dios, tocar mediante nuestra oración también el corazón de los hombres, para que él, según su voluntad, suscite en ellos el «sí», la disponibilidad; la constancia, a través de todas las confusiones del tiempo, a través del calor de la jornada y también a través de la oscuridad de la noche, de perseverar fielmente en el servicio, precisamente sacando sin cesar de él la conciencia de que este esfuerzo, aunque sea costoso, es hermoso, es útil, porque lleva a lo esencial, es decir, a lograr que los hombres reciban lo que esperan: la luz de Dios y el amor de Dios.

El segundo punto que quisiera tratar es una cuestión práctica. El número de sacerdotes ha disminuido, aunque en este momento podemos constatar que todavía nos mantenemos, que también hoy hay sacerdotes jóvenes y ancianos, y que hay jóvenes que se encaminan hacia el sacerdocio. Pero las tareas resultan cada vez más pesadas: llevar dos, tres o cuatro parroquias a la vez —y esto con todas las nuevas obligaciones que se han añadido— es algo que puede resultar desalentador. Con frecuencia me plantean la pregunta —y cada sacerdote se la suele plantear a sí mismo y a sus hermanos en el sacerdocio—: ¿Cómo podemos hacerlo? ¿No se trata de una profesión que nos consume, en la que al final no podemos sentir alegría, pues vemos que, por más que hagamos, no es suficiente? Todo esto nos agobia.

¿Qué se puede responder? Naturalmente no puedo dar recetas infalibles; pero quisiera ofrecer algunas indicaciones fundamentales. La primera la tomo de la carta a los Filipenses (cf. Flp 2, 5-8), donde san Pablo dice a todos —y naturalmente de modo especial a los que trabajan en el campo de Dios— que debemos «tener en nosotros los sentimientos de Jesucristo». Tenía tales sentimientos ante el destino del hombre que, por decirlo así, no soportó ya su existencia en la gloria, sino que se vio impulsado a descender y asumir algo increíble: toda la miseria de la vida humana hasta la hora del sufrimiento en la cruz. Este es el sentimiento de Jesucristo: sentirse impulsado a llevar a los hombres la luz del Padre, a ayudarlos para que con ellos y en ellos se forme el reino de Dios.

Y el sentimiento de Jesucristo consiste a la vez en que permanece profundamente arraigado en la comunión con el Padre, inmerso en ella. Lo vemos, por decirlo así, desde fuera en el hecho que los evangelistas nos refieren: con frecuencia se retira al monte, él solo, a orar. Su actividad nace de su inmersión en el Padre. Precisamente por esta inmersión en el Padre se siente impulsado a salir a recorrer todas las aldeas y las ciudades para anunciar el reino de Dios, es decir, su presen-

cia, su «estar» en medio de nosotros; para que el Reino se haga presente en nosotros y, por medio de nosotros, transforme el mundo; para que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo; para que el cielo llegue a la tierra.

Estos dos aspectos forman parte de los sentimientos de Jesucristo. Por una parte, conocer a Dios desde dentro, conocer a Cristo desde dentro, estar con él; sólo si realizamos esto descubriremos de verdad el «tesoro». Por otra, también debemos ir a los hombres. No podemos guardar el «tesoro» para nosotros mismos; debemos transmitirlo.

Quisiera traducir esta indicación fundamental, con sus dos aspectos, a nuestra realidad concreta: necesitamos a la vez celo y humildad, es decir, reconocer nuestros límites. Por una parte, celo: si realmente nos encontramos continuamente con Cristo, no podemos guardarlo para nosotros mismos. Nos sentiremos impulsados a ir a los pobres, a los ancianos, a los débiles, a los niños, a los jóvenes, a las personas que están en la plenitud de su vida; nos sentiremos impulsados a ser «heraldos», apóstoles de Cristo.

Pero para que este celo no quede estéril y no nos desgaste, debe ir acompañado de la humildad, de la moderación, de la aceptación de nuestros límites. Yo veo que no soy capaz de hacer todo lo que habría que hacer. Lo que vale para los párrocos —al menos así me lo imagino—, vale también para el Papa, aunque en diferente medida. El Papa debería hacer muchísimas cosas. Y realmente mis fuerzas no bastan. Así debo aprender a hacer lo que me sea posible y dejar el resto a Dios —y a mis colaboradores—, diciéndole: «En definitiva, tú eres quien debes hacerlo, pues la Iglesia es tuya.

Y tú me das sólo las fuerzas que tengo. Te las entrego a ti, pues provienen de ti; lo demás, precisamente, te lo dejo a ti».

Creo que la humildad de aceptar esto —«hasta aquí llegan mis fuerzas; el resto te lo dejo a ti, Señor»— es decisiva. Pero también hay que tener confianza: él me dará también colaboradores que me ayuden y hagan lo que yo no logro hacer.

Más aún, este conjunto de celo y de humildad, «traducido» a un tercer nivel, significa también el conjunto de servicio en todas sus dimensiones y de interioridad. Sólo podemos servir a los demás, sólo podemos dar, si personalmente también recibimos, si nosotros mismos no quedamos vacíos. Por eso la Iglesia nos

propone espacios abiertos que, por una parte, son espacios para «respirar de nuevo»; y, por otra, son centro y fuente del servicio.

Ante todo está la celebración diaria de la santa misa. No la celebremos con rutina, como algo que de todos modos «debemos hacer»; celebremosla «desde dentro». Sumerjámonos en las palabras, en las acciones, en el acontecimiento que allí se realiza. Si celebramos la misa orando; si, al decir «Esto es mi cuerpo», brota realmente la comunión con Jesucristo que nos impuso las manos y nos autorizó a hablar con su mismo «yo»; si realizamos la Eucaristía con íntima participación en la fe y en la oración, entonces no se reducirá a un deber exterior, entonces el ars celebrandi vendrá por sí mismo, pues consiste precisamente en celebrar partiendo del Señor y en comunión con él, y por tanto como es preciso también para los hombres. Entonces nosotros mismos recibimos como fruto un gran enriquecimiento y, a la vez, transmitimos a los hombres más de lo que tenemos, es decir, la presencia del Señor.

El otro espacio abierto que la Iglesia, por decirlo así, nos impone —también nos libera al dárselo— es la liturgia de las Horas. Tratemos de rezarla como auténtica oración, como oración en comunión con el Israel de la Antigua y de la Nueva Alianza, como oración en comunión con los orantes de todos los siglos, como oración en comunión con Jesucristo, como oración que brota de lo más profundo de nuestro ser, del contenido más profundo de estas plegarias.

Al orar así, involucramos en esta oración también a los demás hombres, que no tienen tiempo o fuerzas o capacidad para hacer esta oración. Nosotros mismos, como personas orantes, oramos en representación de los demás, realizando así un ministerio pastoral de primer grado. Esto no significa retirarse a realizar una actividad privada, se trata de una prioridad pastoral, una actividad pastoral, en la que nosotros mismos nos hacemos nuevamente sacerdotes, en la que somos colmados nuevamente de Cristo, mediante la cual incluimos a los demás en la comunión de la Iglesia orante y, al mismo tiempo, dejamos que brote la fuerza de la oración, la presencia de Jesucristo, en este mundo.

El lema de estos días ha sido: «El que cree nunca está solo». Estas palabras son válidas y deben ser válidas precisamente también para los sacerdotes, para cada uno de nosotros. Y son válidas de nuevo en dos aspectos: el que es sacerdote nunca está solo, porque Jesucristo siempre está con él. Cristo está con nosotros; y nosotros también estamos con él.

Pero deben valer también en el otro sentido: el que se hace sacerdote es insertado en un presbiterio, en una comunidad de sacerdotes con el obispo. Es sacerdote estando en comunión con sus hermanos en el sacerdocio. Esforcémonos por lograr que esto no se quede sólo como un precepto teológico o jurídico, sino que se convierta en experiencia concreta para cada uno de nosotros.

Donémonos mutuamente esta comunión; donémosla especialmente a los que sepamos que sufren soledad, a los que se ven agobiados por dificultades y problemas, tal vez por dudas e incertidumbres. Si nos donamos mutuamente esta comunión, estando en comunión con los otros experimentaremos mucho más y de modo más gozoso también la comunión con Jesucristo. Amén.

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
A MUNICH, ALTÖTTING Y RATISBONA
(9-14 DE SEPTIEMBRE DE 2006)

CEREMONIA DE DESPEDIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Aeropuerto internacional de Munich
Jueves 14 de septiembre de 2006

Señor ministro presidente;
ilustres miembros del Gobierno;
señores cardenales y venerados hermanos en el episcopado;
ilustres señores; amables señoras:

En el momento de dejar Baviera para volver a Roma, deseo dirigiros a vosotros, aquí presentes, y a través de vosotros a todos los ciudadanos de mi patria, un cordial saludo y a la vez una palabra de agradecimiento que brota verdaderamente de lo más profundo del corazón. Llevo grabadas indeleblemente en el alma las emociones suscitadas en mí por el entusiasmo y la intensa religiosidad de vastas multitudes de fieles, que se han reunido devotamente para escuchar la palabra de Dios y para orar, y que me han saludado por las calles y en las plazas.

He podido darme cuenta de cuántas personas, en Baviera, también hoy se esfuerzan por caminar por las sendas de Dios en comunión con sus pastores, comprometiéndose a dar testimonio de su fe en el actual mundo secularizado y a hacerla presente en él como fuerza transformadora. Gracias al incansable empeño de los organizadores, todo se ha desarrollado con orden y tranquilidad, en comunión y con alegría. Por tanto, en esta despedida, quiero ante todo expresar mi gratitud a todos los que han colaborado para lograr este resultado. Sólo deseo decir de todo corazón: «Que Dios os lo pague».

Naturalmente, mi pensamiento va ante todo a usted, señor ministro presidente, al que agradezco las palabras que me ha dirigido, con las que ha dado un gran testimonio en favor de nuestra fe cristiana como fuerza transformadora de nuestra vida pública. ¡Gracias de corazón por esto!

Doy las gracias a las demás personalidades civiles y eclesiásticas aquí reunidas, en particular a las que han contribuido al pleno éxito de esta visita, durante la cual me he podido encontrar por doquier con personas de esta tierra que me testimoniaban su afecto gozoso y a las que también mi corazón permanece siempre profundamente unido. Han sido días intensos, y en el recuerdo he podido revivir muchos acontecimientos del pasado que han marcado mi existencia. En todas partes he recibido una acogida afectuosa y llena de atenciones, más aún, ha sido una acogida caracterizada por la mayor cordialidad. Esto me ha conmovido. Puedo imaginar en cierto modo las dificultades, las preocupaciones, los esfuerzos que la organización de mi visita a Baviera ha implicado: han colaborado muchas personas pertenecientes a los organismos eclesiales y a las estructuras públicas, tanto de la región como del Estado y, sobre todo, también un gran número de voluntarios. A todos digo, desde lo más hondo del corazón: «Dios os lo pague» y lo acompaño con la seguridad de mi oración por todos vosotros.

He venido a Alemania, a Baviera, para volver a proponer a mis conciudadanos las verdades eternas del Evangelio como verdades y fuerzas actuales, y para confirmar a los creyentes en la adhesión a Cristo, Hijo de Dios hecho hombre por nuestra salvación. En la fe, estoy convencido de que en él, en su palabra, se encuentra el camino no sólo para alcanzar la felicidad eterna, sino también para construir un futuro digno del hombre ya en esta tierra.

La Iglesia, animada por esta conciencia, bajo la guía del Espíritu, ha encontrado siempre en la palabra de Dios las respuestas a los desafíos que han ido sur-

giendo a lo largo de la historia. Esto ha tratado de hacer, en particular, también con respecto a los problemas que se manifestaron en el contexto de la así llamada «cuestión obrera», sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

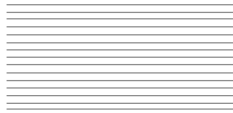
Lo subrayo en esta circunstancia, porque precisamente hoy, 14 de septiembre, se celebra el 25° aniversario de la publicación de la encíclica *Laborem exercens*, con la que el gran Papa Juan Pablo II indicó que el trabajo es «una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra» (n. 4) y recordó a todos que «el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo» (n. 6).

Por tanto, el trabajo —aseguró— es «un bien del hombre», porque con él «el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a sus propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en cierto sentido se hace más hombre» (n. 9).

Sobre la base de esta intuición de fondo, el Papa indicó en la encíclica algunas orientaciones que siguen siendo actuales. A ese texto, que tiene valor profético, quisiera remitir también a los ciudadanos de mi patria, con la certeza de que de su aplicación concreta podrán derivarse grandes beneficios también para la actual situación social en Alemania.

Y ahora, al despedirme de mi amada patria, encomiendo el presente y el futuro de Baviera y de Alemania a la intercesión de todos los santos que han vivido en territorio alemán sirviendo fielmente a Cristo y experimentando en su existencia la verdad de las palabras que han acompañado como lema las distintas fases de mi visita: «El que cree nunca está solo». Seguramente también hizo esta experiencia el autor de nuestro himno bávaro. Con sus palabras, con las palabras de nuestro himno, que son también una oración, me complace dejar una vez más un deseo a mi patria: «Dios esté contigo, país de los bávaros, tierra alemana, patria. Sobre tus vastos territorios se derrame su bendición. ¡Que él proteja tus campos y los edificios de tus ciudades, y que te conserve los colores de su cielo blanco y azul!».

A todos un cordial «Que Dios os bendiga» y «hasta la vista», si Dios quiere.



Conferencia Episcopal Española

EL NUEVO SISTEMA DE ASIGNACIÓN TRIBUTARIA EN FAVOR DE LA IGLESIA CATÓLICA

Vicesecretaría para Asuntos Económicos

Madrid, 22 de junio de 2006

Los obispos españoles, reunidos en Asamblea Plenaria Extraordinaria, en clima de fraternidad y serenidad, hemos reflexionado y dialogado durante los días 21 y 22 de junio acerca de la situación religiosa, social, cultural y política de España en este momento de nuestra historia.

Hemos podido comprobar una vez más que existen muchas realidades esperanzadoras presentes en nuestra sociedad. El Espíritu de Jesucristo alienta a su Iglesia e inspira en el corazón de los hombres caminos de verdadero futuro. Sin embargo, no son pocos los aspectos de la actual situación que suscitan preocupación en muchos y también en nosotros.

Las circunstancias actuales nos aconsejan establecer unas prioridades pastorales claras en el marco del actual Plan Pastoral. Por eso, hemos decidido centrar muy especialmente nuestros esfuerzos y los de nuestros colaboradores en todo lo referente a la iniciación cristiana de niños, jóvenes y adultos; en el cuidado del domingo, como elemento clave de la identidad cristiana; en el acompañamiento

